CONTRA EL HOMO RESIGNATUS

siete ensayos para reinventar la rebeldía política
en un mundo invadido por el desencanto

lucas rubinich

siglo veintiuno
editores

Índice

Cubierta

Índice

Portada

Copyright

Epígrafe

Introducción

1. Incertidumbre en la sociedad, certeza en los dirigentes

2. La lucha democrática y la construcción de relaciones de fuerza. Seis apuntes

3. ¿La cultura del capital financiero puede incluir a la democracia?

4. Las puertas del cielo de la clase política

5. ¿Cuáles serán las derivas de un Estado sin nación? Notas sobre dos postales

6. El homo resignatus

Posfacio. La incomodidad con un orden y la acción política

Bibliografía

Lucas Rubinich

CONTRA EL HOMO RESIGNATUS

Siete ensayos para reinventar la rebeldía política en un mundo invadido por el desencanto

siglo veintiuno editores

Rubinich, Luchas
Contra el homo resignatus / Lucas Rubinich.- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2022.

Libro digital, EPUB.- (Derecho y Política)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-801-175-2

1. Sociología. 2. Política. 3. Sociología Política. I. Título.

CDD 306.2

© 2022, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

<www.sigloxxieditores.com.ar>

Diseño de portada: Ariana Jenik

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: julio de 2022

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-175-2

Quid rides? Mutato nomine, de te fabula narratur.
Horacio, *Sátiras*, I, 1, 69

Introducción

Este libro está alumbrado por una preocupación central, que es la de intentar decir algo sobre las profundas transformaciones regresivas que produjo y continúa produciendo la predominante cultura del capital financiero, y especialmente sobre el deterioro de la noción de bien común que implica distintas maneras de agujereamiento de lo público. Y si bien se trata de dar cuenta de un fenómeno de alcance internacional, y por ello se hace referencia a algunos aspectos de su presencia en otras sociedades, la preocupación surge no solo de la observación, sino también y fundamentalmente de la implicación vital en la experiencia argentina, que es singular, pero a la vez probablemente iluminadora del proceso general.

Si se consideran las características de la sociedad argentina, que durante casi un siglo vivió un proceso complejo de efectiva movilidad social ascendente que resultó en poderosas formas de integración social y en la propagación de una sensibilidad igualitaria, es particularmente relevante dar cuenta de algunos elementos relativos tanto al deterioro de viejas sensibilidades como al surgimiento de otras nuevas. La verdadera fuerza político-cultural afianzadora del individualismo pragmático, cuyas semillas estructurales fueron plantadas por las medidas económicas que se comenzaron a implementar en 1975 y se desplegaron luego durante la dictadura cívico-militar, y que bajo diversas formas y no sin conflictos sigue vigente, logró una contundente consolidación en la década de 1990. Este libro se ocupa de las maneras complejas y contradictorias en las que se presenta esta consolidación en las últimas décadas. Y la vía de entrada para que ese análisis sea más o menos productivo es atender especialmente a la relativa naturalización de ese nuevo orden, que hoy toma la forma de optimismo panglosiano en amplias franjas de la sociedad, incluidas zonas significativas del mundo cultural, del mundo universitario y del mundo político.

Para este trabajo es de particular importancia observar las formas que adopta el sentimiento de inevitabilidad que inficiona los principios

inclusivos de las grandes tradiciones políticas de la Argentina, y es solo en este sentido que se tomarán en cuenta aspectos de lo que se llama la coyuntura política. Son indicadores de un fenómeno general que veremos manifestarse, por ejemplo, en la aceptación de lo posible como una definición irremediable que inhibe imaginar otras versiones de lo posible, o cuando falta voluntad por construir espacios deliberativos y, consecuentemente, aparecen gestos de "clase política" que implican un progresivo aislamiento de los representados. Y es a partir de aquí que en estas páginas se indagará si hay una coexistencia posible entre esa cultura del capital financiero y el sistema democrático, o también, sobre las derivas de un Estado que, en el marco de la fragmentación social y cultural, del deterioro de sensibilidades colectivas en torno a una historia común, no encuentra sustento cultural en algún tipo de identidad nacional.

Cada uno de los capítulos de este libro, en los que están presentes estas cuestiones, se construyeron como ensayos sostenidos, por supuesto, en investigaciones propias y también en otras llevadas a cabo en el espacio del grupo de pares, pero centralmente están fundados en distintos aspectos de las grandes tradiciones de la teoría social. Tradiciones que reconocen las certezas logradas como provisorias, como punto más seguro de un proceso de ejercicio de la desconfianza productiva que necesita irremediablemente el trabajo con (y siendo parte de) relaciones sociales; que consideran el azar como variable significativa a atender en el proceso de construcción de conocimiento; que priorizan –como reafirmará el sociólogo Robert Nisbet molesto por la fetichización de los procedimientos técnicos– el contexto de descubrimiento por sobre el contexto de demostración; y que resultan, al fin, fuertemente empáticas con los sentidos de apuesta por la imaginación que la cultura reconoce en el ensayo.

El ensayo es un género que forma parte de una tradición vital en la sociología argentina con sensibilidad política, y está asociado de manera muy estrecha a determinado tipo de prácticas que implican formas particulares de sociabilidad. Formas de sociabilidad en las que se entrecruzan el específico mundo universitario (el aula, el espacio de investigación) con diversas zonas del campo cultural y la política. El locus de ese encuentro es el "bar de la esquina" que, en tanto símbolo de la mesa de debate más amplia, es el generador del humus sobre el que se construyen preocupaciones como las que aquí se abordan.

Tres experiencias en las que quien esto escribe participa activamente y que de distintas maneras resultan una expresión concreta del entrecruzamiento mencionado fueron y son los espacios vitalizadores desde donde se trabajaron, se perfilaron y al fin surgieron las preguntas que organizan este libro. La primera es *Malestar sociológico*, una revista creada desde la cátedra Sociología General a mi cargo en la carrera de Sociología de la UBA. En ella participamos tres docentes de distintas generaciones y estudiantes de grado que cursaron en nuestra cátedra. La apuesta es que estos estudiantes puedan relacionarse de manera flexible con la escritura abordando cuestiones que el diálogo y el debate permitan definir como relevantes en nuestra sociedad, y que a partir de ellas puedan formular preguntas que se sostengan en la teoría social. La segunda es *Grandes Alamedas*, un blog de opinión e información que se plantea como propósito contribuir a la reflexión y al debate en el seno del campo popular, y en el que participan personas de distintas generaciones y con experiencias diversas: la militancia rebelde, la práctica cultural, académica y la participación en una experiencia mítica de periodismo revolucionario durante la dictadura. Soy un activo colaborador del blog y los lazos que nos unen como grupo están tejidos por sensibilidades político-culturales comunes y afectos históricos. La tercera, *7 ensayos. Revista latinoamericana de sociología, cultura y política*, es una publicación que fundamos con parte de mi equipo de investigación en el marco del Instituto de Investigaciones Gino Germani. Es entonces una revista académica, pero con una muy clara voluntad de definir las prioridades despegándonos de los opresivos constreñimientos que resultan de la burocratización del sistema académico internacional que tanto preocupaba al científico argentino Rolando García, como leeremos en este libro. Los tres espacios, cada uno a su manera, contribuyen y contribuyeron a que la escritura se vitalice evitando oscuras posibilidades inscriptas en la época, como el encierro rutinario en una hiperespecialización que podría derivar en el abandono de la idea de totalidad para pensar lo social.

Porque en los tres casos, al fin, hay una amplia cuestión en común, que es la pelea contra el sentimiento de inevitabilidad en relación al orden dominante que tiene sus particularidades en los espacios de la academia, la cultura y la política, y que, sin lugar a dudas, es un poderoso fantasma que recorre el mundo en estos tiempos. Es cierto que esa pelea no es una pelea fácil, entre otras cosas y, sobre todo, porque hay una ausencia significativa

que trasciende las voluntades individuales y que fue extraordinariamente productiva para la entera cultura y para la sociología latinoamericana de la larga década del sesenta: la ausencia ni más ni menos que de alboradas prometedoras de nuevos órdenes sociales que alentaban tanto la imaginación diagnóstica como la propositiva.

En las *Epístolas morales a Lucilio*, Séneca dice que a quien ignora el puerto al que encaminarse, ningún viento le es propicio. Es difícil no acordar con esa afirmación, y también lo es ignorarla como recurso para pensar en los desconciertos de los tiempos que corren. No obstante, la imposibilidad de contar, como en otros momentos no tan lejanos, con sueños utópicos encarnados socialmente, y caminos más o menos trazados que nos lleven a ese destino luminoso, no debe inhibir la voluntad de construir modestos objetos de conocimiento que den cuenta de la inhumanidad constitutiva de las formas de organización política, social, cultural y económica del presente. Y al hacerlo, cae de maduro que es imprescindible recuperar las tradiciones rebeldes, pero claro, no como fetiches, sino bajo la única forma vitalizadora posible que es reinventándolas. Se dirá con justeza que esa voluntad no es un puerto material de llegada, pero, al ser una voluntad desobediente del orden inhumano imperante que se impuso con fuerza naturalizadora, es una mínima apuesta por la construcción de nuevos horizontes; y entonces, asimismo un gesto, una pequeña acción humana de interpretación del mundo, que potencialmente también puede serlo, enlazada con aires favorables, de transformación.

1. Incertidumbre en la sociedad, certeza en los dirigentes

I

¿Puede resultar extraño que en un mundo de fin de época existan incertidumbres en las poblaciones que ven el deterioro, la degradación y hasta la caída de instituciones que en otro momento habían despertado alguna relativa confianza? Claro que no. Pero como en otras épocas, como hace poco más de un siglo en el continente europeo, además de los sectores que sufren estos cambios hay otros que los celebran, promueven y/o conducen. Y si bien esto es así en términos generales, por supuesto cada proceso histórico tiene sus especificidades. Las tuvo aquel proceso, y seguramente, si se formulan preguntas sobre las formas y la encarnación social de esas incertidumbres y también sobre las certezas, quizás sea posible esbozar alguna particularidad sobre este que estamos transitando.

II

¿Había incertidumbre en las poblaciones que vivían las transformaciones económicas, sociales y culturales en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX? Sin lugar a dudas. Tanto la literatura como la nueva sociología de fines del siglo XIX y principios del siglo XX expresaron la conmoción que ocasionaban las transformaciones que ocurrían en esos momentos, y –de distintas maneras, aunque con elementos en común– dieron cuenta de los desajustes que en los seres humanos concretos y en los grupos sociales provocaban la crisis de viejas instituciones y el surgimiento de otras nuevas. Procesos que generaban en las distintas variantes de las clases oprimidas,

habituadas a las durezas de la vida, nuevas formas de sufrimiento reforzadas por la dilución de las viejas opresiones que, en tanto familiares, resultaban contenedoras. Claramente la noción de anomia de Durkheim daba cuenta de este clima, como también los angustiados diagnósticos de Simmel que describía un individuo moderno enajenado en la multitud, anonimizado; una mirada analítica que quizás pueda emparentarse con la construcción de personajes literarios, como la de los más tempranos Wakefield, de Hawthorne, Bartleby, de Melville, y probablemente también con el más contemporáneo Gregorio Samsa, de Kafka.

Pero claro, junto con estas visiones que dibujan aspectos problemáticos, alienantes, oscuros, siempre estarán las optimistas, las de los nuevos vientos, las que sin dudas se encarnan en sectores que son beneficiados por estos aires renovadores y a la vez incrementan su fuerza en tanto vanguardia de sus zonas más dinámicas. Por supuesto, allí pueden ubicarse las nuevas burguesías de los países europeos más implicados en aquel proceso de modernización, que saludaron y financiaron la ciencia y la técnica impulsoras de un desarrollo inusitado de la economía. Pero lo cierto es que de la algarabía por lo nuevo no solo participaban estos sectores económicos que se beneficiaban inmediata y directamente, sino que también, y como parte de ese clima de lo nuevo ocupando un lugar prominente, podían encontrarse sectores de los espacios cultural, científico y político que consideraban los cambios saludados por estas burguesías apenas como un momento del proceso que tendría como protagonistas a los desheredados, quienes serían los personajes centrales de llegada a una instancia superadora, a lo que sería un verdadero mundo nuevo. Porque, por cierto, este mundo nuevo no había llegado aún. Esas transformaciones eran los indicadores de un camino que llevaba hacia él. Muchos científicos, artistas, políticos, dirigentes obreros y personas del común de distintos sectores sociales, conmovidos por las llamadas al cambio, incorporaban un sentido poderoso a sus vidas en tanto se convertían en portadores de la antorcha de la razón revolucionaria, y se sentían y actuaban como profetas de ese auspicioso fantasma que recorría Europa y que se extendería por distintos lugares del planeta. Por supuesto, no quedaban dudas de que las clases desposeídas no se verían beneficiadas por esas transformaciones, ni de que padecían sufrimientos inconmensurables en la nueva situación; pero lo que hacía una gran diferencia era la presencia arrolladora de esas esperanzas redentoras infundidas por los nuevos profetas y sostenidas en

sensibilidades colectivas alentadas por hechos históricos que quebraban sentidos comunes ancestrales, como la humillación de la monarquía durante la Revolución Francesa. Los miserables –para nombrar con una palabra que se había vuelto familiar en la época debido a la popularidad de Victor Hugo–, o si se prefiere, los condenados de la tierra, los sufrientes de ese presente se habían convertido, como nunca antes había ocurrido en términos concretos, en el sujeto fundamental de un cambio trascendente para la humanidad que anunciaba, entre otras proclamas de la época, el Manifiesto Comunista.

III

Las transformaciones de la revolución neoconservadora de fines de siglo XX y primeras décadas del XXI con su poderosa moral darwiniana, ¿son productoras de incertidumbre? Por supuesto que no hay otra manera de responder que no sea afirmativamente. La respuesta, no obstante, debería hacer visible que, por supuesto, esa incertidumbre se manifiesta de distintas formas dependiendo de las sociedades y de sectores particulares. Las formas más analizadas por sociólogos de los últimos años del siglo XX y primeros del siglo XXI son las que corresponden a sociedades que generaron lo que Wolfgang Streeck llama “instituciones del compromiso de posguerra” (Streeck, 2014). Principalmente sociedades europeas desarrolladas y de desarrollo intermedio que extendieron a grandes franjas de población servicios de salud pública, de educación, de previsión social, con estados que en algún momento atendieron la cuestión del hábitat popular, y con una legislación laboral que, resultado de luchas históricas, logró dar mayor atención a los derechos de los trabajadores.

El derrumbe o la degradación de esas instituciones en el marco de la cultura contemporánea del capital financiero tiene consecuencias dramáticas para enteros sectores de la población, en tanto dificulta el desarrollo de una vida cotidiana que pueda sostener en el tiempo condiciones mínimas consideradas, en función de la experiencia anterior, derechos. Condiciones en relación con la salud, la educación, el trabajo, el hábitat, el retiro, entendidas antes como un piso mínimo por un estatus ahora agrietado. En casos extremos, estos sectores afectados pasan a

conformar esos espacios de exclusión relativa que pueden encontrarse en los llamados “cinturones de herrumbre” de ciudades de países desarrollados que fueron prósperas e industriales entre los años 1950 y 1970, y en las grandes capitales latinoamericanas. Y, por supuesto, se deshilachan elementos culturales que, aunque no tuvieran una realización plena, conformaban un horizonte de expectativas –con sentidos distintos, es verdad– e implicaban formas de integración al todo social y esparcidas por sociedades muy diferentes. Para decirlo en términos de Bauman, se va produciendo “la corrosión y la lenta desintegración” de un elemento central, no solo en las efectivas formas de integración, sino en las esperanzas colectivas, como es el “concepto de ciudadanía” (Bauman, 2000). El ciudadano de Tocqueville que imagina su bienestar a través del bienestar de su ciudad se ve progresivamente convertido en una noción de viejos libros escolares de educación cívica –que por otro lado siempre resultaban disonantes en América Latina– y en mera retórica de grupos técnicos manipuladores de la opinión pública desde la nueva derecha. Y finalmente es desplazado a un lugar decididamente secundario por la arrolladora fuerza práctica del individuo pragmático. Un individuo que se mueve en un espacio social y cultural en el que la economía ha reemplazado a la política. No hay en el presente un modelo integral de sociedad que implique alguna relativa separación entre economía y política como ocurría en el liberalismo republicano del capitalismo o en el socialismo soviético que, con sus matices, consideraban al ciudadano realizado en tanto se realizase la entera sociedad. Y eso estaba presente también en las esperanzas colectivas por otras democracias, o por otros socialismos que se oponían a las formas impuras realmente existentes. Es por eso que el cambio actual es significativo a nivel general.

No importa que en muchos países de América Latina el ciudadano con derechos sociales no tuviese una realización práctica en los momentos inmediatos posteriores a la segunda posguerra. Mucho menos en los castigados estados africanos. Pero esos derechos tenían una presencia muy fuerte como esperanzas colectivas y había momentos que podían imaginarse como realizaciones parciales. Movidos por intereses geopolíticos, los Estados Unidos –primero por pura lógica imperial y luego decididamente en el marco de la Guerra Fría– sostuvieron dictaduras sangrientas en la región (como la de la familia Somoza en Nicaragua) e implementaron planes de exterminio (como en Guatemala, El Salvador y el Cono Sur) en

los años setenta. Sin embargo, había sensibilidades extendidas por distintos sectores de las sociedades que implicaban oposiciones decididas, con banderas diferentes pero con expectativas de conformar sociedades integradas. Así pues, ocurrieron cambios significativos, como los de la Revolución Cubana, que esparcieron la esperanza de una sociedad justa por todo el Tercer Mundo y configuraron verdaderas contraélites. Esto pudo verse claramente en América Latina e incluso en algunos países africanos. En ambos continentes se emprendieron guerras anticoloniales con banderas evidentemente modernizadoras.

Quizás la última experiencia, casi extemporánea, que reflotó esas expectativas en el mundo africano fue la ocurrida en el ex Alto Volta, nombrada como Burkina Faso (país de los hombres íntegros) por el joven líder Thomas Sankara, que en pocos años (1983-1987) logró un proceso de integración económica y educativa en lo que era una sociedad excluyente. Sankara movilizó nuevamente sueños de integración y de modernización de las sociedades africanas. Sueños que revivían los de los años 1970, algunas de cuyas referencias fueron, entre otras, la figura del matemático marroquí organizador de la tricontinental de La Habana Mehdi Ben Barka, expresión clara de las nuevas y potentes expectativas en el mundo árabe y de toda África, y Patrice Lumumba, líder independentista y primer ministro del Congo independiente.

En esos lugares del Tercer Mundo no existían estados de bienestar, pero sí fuertes esperanzas depositadas en lograr sociedades modernizadoras de la economía, redistributivas, que apostaran a la creación de instituciones de salud y a brindar educación para el conjunto de la población. No es que hoy exista incertidumbre en la Nigeria sufriente y rica en petróleo, en la Ruanda del genocidio reciente, en la siempre castigada República Democrática del Congo, en Burkina Faso e incluso en la estable y desigual Senegal porque ya no existe un Estado de bienestar. Porque ese Estado nunca existió. Pero lo que sí se perdieron fueron las realizaciones parciales, los intentos y, sobre todo, las esperanzas colectivas de lograr una sociedad mejor. Con las realizaciones parciales extinguidas o deterioradas, pero además con esas esperanzas colectivas, diluidas porque no se encarnaron en cuerpos sociales concretos, lo que hoy prima es la cruda batalla de las grandes corporaciones por los ricos recursos de la región. Y esas batallas toman la forma de lo que Achille Mbembe llama la “necropolítica” (Mbembe, 2011). Es la lógica del mercado en su forma más cruel: incentivando guerras locales en las que

participan niños soldados, alentando conflictos interétnicos, mostrando la más completa indiferencia frente a situaciones de catástrofes. Innumerables ejemplos que permiten ver la actuación de jóvenes CEO, émulos del rey Leopoldo de Bélgica: sentados en oficinas corporativas o de algún organismo internacional en Washington, en Londres, Berlín o Nueva York, reafirman su condición de triunfadores apostando por negocios en una explotación petrolera o de diamantes, que derivan en hechos marcados por un desprecio total hacia la especie humana. La indiferencia cínica de las corporaciones y los organismos internacionales decididamente influyentes en el terreno quedó demostrada durante el genocidio de 1994 en Ruanda. Como informan estudiosos del genocidio,

> la Organización de Naciones Unidas envió al país la misión Minuar en 1993, con la finalidad de contener la escalada de violencia que se estaba dando, pero cuando se inició el genocidio, visiblemente preparado y cuidadosamente organizado, el organismo optó por la pasividad. Las fuerzas de Minuar no recogieron las armas que se distribuían entre los milicianos, a pesar de tener el mandato correspondiente y, en el momento inicial de las matanzas, evacuaron el terreno y dejaron desprotegidas a las víctimas (Alvarado, Godoy Lemus y Mena, 2015).

En esos casos quedan al descubierto, por supuesto, prácticas que son costumbres históricas sobre países coloniales, pero también cómo esas prácticas no están ahora subordinadas al engrandecimiento de un imperio monárquico, sino a la arbitrariedad de las corporaciones internacionales y de los organismos internacionales para derribar, al costo que sea, obstáculos que entorpezcan la lógica del libre mercado sin ningún tipo de restricciones: la cruda ley del más fuerte. Verdadero núcleo, en fin, de la cultura aventurera del capital financiero que representa la realización política de una mirada teórica sostenida en modelos matemáticos deshistorizados.[1]

Porque sin dudas, si hay un elemento trascendente en la cultura del capital financiero es el puro mercado. Quizás no haya otra manera más sintética y densa de expresarlo que recurriendo a esta afirmación que en en su último libro escribió el sociólogo argentino Sergio Bagú:

> El mercado cumple en la tesis básica del supercapitalismo las funciones que asumió un tipo muy específico de deidad en otras formas organizativas ya caducas. Es un dios matematizado, omnisciente, omnipotente, tiránico, profundamente antihumano (Bagú, 1997).

Y dos son los elementos centrales que materializan los mandatos de esta deidad. Uno, que es bien concreto, aunque pueda adquirir formas múltiples, es la corporación multinacional, una especie de Behemot pragmático, cuyo poder genera anomias productivas que facilitan su libre circulación; y el otro, simbólico, con poderosas consecuencias prácticas, que es el ícono de la deidad: el individuo. El Behemot pragmático despliega toda su fuerza y su brutalidad sobre viejas formas institucionales que intentan morigerar su arrollador avance. Su poder destructivo se atempera en tanto mantiene como subordinados serviciales a unas caricaturas de Leviatán ocupadas en reprimir la violencia social de distintas maneras y en implementar políticas no inclusivas, sino de contención de las crecientes franjas de población precarizada. El individuo conceptual, la figura icónica, es un individuo pragmático, no constreñido por otra cosa que no sean sus destrezas y sus limitaciones, lanzado a la lucha por lograr el éxito en un orden que, al decir de Bourdieu, tiene como ley exclusiva la búsqueda del interés egoísta y la pasión individual del beneficio (Bourdieu, 1999). El individuo concreto construido por esta arrolladora fuerza cultural es, como sostiene Bauman, un agente social que “tiende a la pasividad, el escepticismo y la desconfianza hacia la ‘causa común’, el ‘bien común’, la ‘sociedad buena’ o la ‘sociedad justa’”. Porque, al fin y al cabo,

> ¿Qué significa “bien común” sino dejar que cada uno se satisfaga a su modo? Toda actividad que emprendan los individuos cuando se juntan y todo beneficio que sus tareas compartidas les importen auguran una restricción de su libertad de procurarse lo que consideran conveniente para sí mismos por separado y no ayudan en nada a tales fines (Bauman, 2000).

Inscripto en la moral darwiniana de ese orden, el éxito es siempre relativamente circunstancial y la incertidumbre es, en términos positivos, el desafío por afrontar, el escenario permanente ante el cual el individuo

pragmático nombrado como “emprendedor” por la cultura dominante debe desplegar su imaginación para no trastabillar, y de hacerlo, adquirirá la identidad relativa de perdedor circunstancial, desde la cual deberá rearmarse.

Como se viene sosteniendo aquí, distintas miradas sociológicas han considerado que un elemento central en la identidad de este nuevo orden es la precariedad. La precariedad como un elemento constitutivo que se liga irremediablemente a la incertidumbre. Estas condiciones estructurales y las sensaciones que resultan de ellas pueden extenderse a los distintos lugares del planeta. Pero es verdad que los conceptos de precariedad e incertidumbre parecen insuficientes, aunque sea correcta su utilización, para referirse a la forma que adquiere la lógica predominante del capital financiero cuando se presenta de manera cruda y brutal en los espacios donde rige la necropolítica. La única atenuación allí es una esperanza débil e incierta que consiste en la salida individual, en la dramática migración hacia un lugar mejor. Y es cierto que la llegada a ese lugar mejor puede consistir apenas en poder divisar sus muros externos, o peor, vivir situaciones trágicas intentando cruzar clandestinamente. Es la incertidumbre que adopta la forma de desesperación y se encarna en las poblaciones desechadas, poblaciones que pueden recibir ahora, y nunca antes con más justicia, la calificación de “nadies” que usaban y usan para designar a los oprimidos algunos discursos de tono romántico. “Nadies” sencillamente por tratarse de los descartados por el orden predominante. Son los migrantes centroamericanos, sobre todo hondureños, que se montan en el tren de carga que se conoce como “la bestia”, o “el tren de la muerte”, y desde la frontera sur de México intentan el camino que tiene como destino el muro fronterizo que separa ese país de los Estados Unidos. Son las personas africanas que atraviesan desiertos para llegar a las vallas de alambre de Ceuta, e intentan cruzarlas desde el lado marroquí, o que en frágiles embarcaciones tratan de atravesar el ancho y peligroso mar que los romanos llamaban *mare nostrum*.

IV

Las certezas sobre la fuerza y la capacidad de imposición, acaso sobre la legitimidad de este orden mundial productor de incertidumbres, y también valorizador de la incertidumbre en tanto incentivo en la lógica de la lucha y la sobrevivencia de los mejores, ¿son patrimonio exclusivo de los reivindicadores explícitos de este orden? No necesariamente, y de allí su fuerza cultural. ¿Hay esperanzas de revivir y de reinventar situaciones perdidas en aquellos que transitan los caminos de la precariedad pero que vivieron directa o indirectamente la experiencia de sociedad integrada? Seguramente, pero la pregunta debería completarse indagando su productividad política. Es decir, evaluando si existen condiciones para crear formas organizativas que hagan que ese reclamo sea escuchado, que se transforme en objeto de atención pública.

Como ya se ha dicho, en todo proceso de cambio están aquellos afectados negativamente por los desacomodamientos, pero obviamente, aunque se trate de minorías, están también los directamente beneficiados con el nuevo orden, que lo celebran y que lo defienden ante cualquier intento de restauración; y claro, los creyentes que se ilusionan. Porque todo orden nuevo –y la reorganización del mundo generada por la cultura predominante del capital financiero lo es– produce creyentes. Pero, además, hay que contar a los sectores ligados a la política convencional provenientes de tradiciones que implementaron o reivindicaron sociedades inclusivas, cuyas banderas y sus mismas instituciones están en decadencia, producto de esa cultura predominante.

Estos últimos tienen capacidad de diagnóstico sobre la situación de las relaciones de fuerza en el mundo de la política, y por ello –considerando también la situación de fragmentación social y cultural– no creen que sea posible, o al menos efectiva, una construcción alternativa mediante acciones territoriales o la creación de espacios deliberativos. Consideran lo probable como un destino. Por lo tanto, terminan favoreciendo la naturalización del conjunto de la clase política (y de ellos mismos incluidos en ella) como sometida a los exclusivos procedimientos de una política liberal tradicional. En ella, las bases se consideran casi exclusivamente como votantes, y así se encara la comunicación con ellas, lo que permite, en el mejor de los casos, obtener un capital electoral relativamente abultado, pero que no resulta un capital político suficiente como para cambiar esas relaciones de fuerza diagnosticadas. Esta situación, además, se produce en un momento en que los campos políticos nacionales tienen un altísimo grado de dependencia de

la economía. Porque, como dice Streeck (2014), si hasta los años setenta se podía decir que el mercado estaba dentro de los estados, el presente es un momento en el que es posible afirmar que los estados están dentro del gran mercado, que cuenta, en situaciones particulares, casi con poder de veto sobre las débiles intenciones de las políticas nacionales.

Los homólogos de las amplias franjas de poblaciones oprimidas que hoy sufren la situación de incertidumbre fueron en distintos momentos de la historia reciente los que, convertidos en colectivos sociales, portando banderas más o menos comunes, lograron con sus luchas mejoras significativas para la clase trabajadora en particular, y entonces también para el conjunto de la sociedad. La especificidad del presente es que esos sectores hoy no cuentan con la posibilidad de encontrarse con las esperanzas unificadoras (y redentoras) y poderosas, que recorrían los caminos de Europa y que, desde mediados del siglo XIX, se encarnaron en sectores dinámicos de las clases oprimidas, extendiéndose con idas y vueltas por diversos lugares del planeta quizás hasta los años setenta del siglo XX. Nociones parciales y legítimas de justicia que atienden a los derechos de sectores diversos generan en la práctica del mundo contemporáneo fragmentación y contradicciones entre los oprimidos. Esperanzas acotadas en ocasiones parcialmente satisfechas pueden eventualmente confrontar con las esperanzas acotadas de otros excluidos. Y no son problemas menores una mínima identidad colectiva que le otorgue fuerza política a alguna perspectiva preocupada por impedir la destrucción del lazo social y reinventar o crear instituciones que lo refuercen. No obstante, en las sociedades con experiencias históricas de una fuerte integración, como la argentina, no es extraño suponer que sobrevivan instituciones, formas de organización, prácticas concretas, y entonces miradas sobre el mundo, deudoras de esas experiencias que de hecho son modalidades resistentes, y que además pueden llegar a transformarse productivamente al convertirse en críticas, es decir, desprendiéndose de nostalgias y empatizando con los tiempos que corren.

Porque si no quedan dudas de que el afianzamiento de los desacomodamientos de la revolución neoconservadora y sus efectos desintegradores se extienden por el mundo en el marco de la globalización, también es posible preguntarse, con algún fundamento que resulta particularmente interesante, sobre sus posibilidades en una sociedad como la argentina, que vivió con idas y vueltas, a lo largo de setenta u ochenta

años, esa fuerte experiencia de integración en –y esto es bueno subrayarlo– situaciones de inestabilidad institucional y política.

Como veremos en otros capítulos de este libro, esta sociedad integró tempranamente a amplias franjas de la población al extender los sistemas públicos de educación y de salud, al mantener persistentemente altas tasas de ocupación e instituciones modernas del mundo del trabajo, y al lograr una distribución del ingreso claramente equitativa, todo en el marco de una frágil institucionalidad política. Esa coexistencia de población integrada y debilidad institucional es una de las distintas condiciones que habilitaron el surgimiento de un sentimiento igualitario que se manifestó de distintas maneras, en ocasiones significativas, vivificando y reforzándose en distintas expresiones políticas. Y en los momentos, durante todo el siglo XX, en que esas expresiones políticas perdían fuerza, eran censuradas o directamente reprimidas, dicho sentimiento igualitario persistía. No es extraño imaginar entonces que los procesos de construcción de un nuevo orden sostenido en despojar a los ciudadanos de su condición de tales al perder los derechos sociales y transformarlos en individuos abandonados a la suerte del mercado seguramente son más problemáticos cuando amplias franjas de la población llevan incorporada esa experiencia en sus trayectorias vitales intra- e intergeneracionales, y están acostumbradas aunque no siempre a desafiar, por lo menos, a desconfiar de la autoridad.

Pero ocurre que las dificultades para imaginar un encuentro entre las fracciones de la clase política que han demostrado sensibilidad hacia lo popular en el estado actual anteriormente descripto, y la persistencia de esas experiencias de integración que podrían albergar un sentimiento igualitario, se derivan principalmente del hecho de que una amplia gama de esos sectores políticos han percibido, de una manera bastante certera, que la institucionalidad democrática “está atada con alambre”. Y probablemente para los menos inhibidos esto pueda adquirir la forma de un discurso explícito en una mesa chica de pares. Porque es verdad que no es posible transformar en discurso público la evidencia de que el tablero de posibilidades del sistema político, presionado por distintos actores nacionales e internacionales actualizadores de distintas maneras del aventurerismo de la cultura del capital financiero, ha quedado reducido a mínimos grados de libertad. Lo cierto es que, de todas maneras, como percepción implícita, como sentimiento de muchos cuadros de la dirigencia progresista, esa mesura que caricaturiza la ética de la responsabilidad

weberiana se funda quizás en un miedo legítimo, en el miedo al abismo. Porque es verdad que el sentimiento progresista moderado fue alumbrado en los renacimientos democráticos del Cono Sur por la doble pinza de la derrota de las experiencias revolucionarias de los años sesenta y setenta y la difusión de los métodos de la guerra de aniquilación llevada adelante por fuerzas armadas de la mano de las clases empresariales; tras casi cuatro décadas de intentar encontrar un mínimo lugar en un mundo thatcheriano del "no hay alternativa", llega vapuleado ante lo que efectivamente son verdaderas catástrofes institucionales.

Es cierto que, para el Cono Sur, las desgracias de Honduras, o de Haití, debidas a la impunidad imperial, pueden parecer lejanas; tanto que ni siquiera el patético golpe de 2009 en Honduras, más allá de las formalidades, llegó realmente a conmover a los espíritus republicanos democráticos. Puede que los intentos de golpe e invasión en la República Bolivariana de Venezuela sean considerados como parte de una lógica confrontativa –paradójicamente, del propio país agredido–, que se percibe como ajena. Quizás alguna preocupación, aunque con baja intensidad, llegó a agitarse con la persecución al correísmo en Ecuador. Pero fueron otros hechos los que aquietaron las voces y engordaron la mesura: la arbitrariedad jurídica en Brasil, con la expulsión de Dilma Rousseff del gobierno en 2016 y el encarcelamiento del expresidente Lula da Silva; la evidente extralimitación judicial en paralelo a la persecución mediática que afectó a funcionarios del gobierno de Cristina Kirchner, y a ella misma; y seguramente el golpe de Estado sin atenuantes en Bolivia en 2019. La habilitación de los Estados Unidos para reprimir a los manifestantes chilenos en 2019 y el acuerdo casi homogéneo, en los primeros momentos, de su entera clase política, así como la irracional deuda contraída por la Argentina por voluntad del FMI durante el gobierno de Mauricio Macri sumado a la impunidad de sus funcionarios económicos, terminaron por dibujar un mapa de la democracia posible para esa sensibilidad mesurada que entendió que su mesura debía ser mayor aún que la que se había ensayado años anteriores. Y lo más probable es que estos hechos aleccionadores que alentaron esa sensibilidad posean la fuerza suficiente para mantenerla viva aun cuando las asociaciones políticas que fueron afectadas por estos hechos logren éxitos electorales.

La convivencia armónica entre democracia liberal y mercado, tal como la concibió Fukuyama, planteada como un destino irremediable no será más

que una posibilidad mientras, por supuesto, no se alteren objetivos geopolíticos de la potencia imperial pero, sobre todo, mientras no se ponga freno a las condiciones que permiten la libre circulación de las corporaciones internacionales. Porque, efectivamente, hay un núcleo ideológico fuerte que es un estado de la economía considerado ideal, el resto son meros adornos. Y por si quedara alguna duda, el nacimiento exitoso de la economía neoliberal tuvo lugar en el Chile dictatorial del general Pinochet. Porque no hay, para esta visión del mundo de la Escuela de Chicago, instituciones fundamentales que no sean las que faciliten el juego del mercado global.

El tablero en donde se puede jugar el juego de la política democrática será, al fin, uno diseñado como modelo ideal y, quizás con variantes, como el único posible: la democracia a la chilena, por lo menos, la que transcurrió desde el fin de la dictadura hasta las elecciones de 2021. Esa democracia a la chilena continúa siendo una referencia fuerte por sus características principales: política autonomizada de sus bases y homogénea, clases oprimidas fragmentadas y sin posibilidades visibles de lograr expresión política productiva, tajante conversión de los ciudadanos en consumidores, transformación en mercancía de todos los servicios públicos y legitimación sin fisuras de la represión ante cualquier forma de protesta.

La certeza para estas sensibilidades de que es esto o el abismo dificulta el encuentro con los sentimientos igualitarios. Estos están latentes en amplias franjas de población afectadas de distintas maneras por el orden predominante y portadoras de incertidumbres permanentes en relación con sus vidas cotidianas. La apuesta por la conformación de espacios de deliberación que identifiquen problemas prioritarios para así luchar colectivamente contra ellos no será considerada como una opción por los sectores de la clase política cuyas tradiciones de integración la habilitarían a tomarla en cuenta. Básicamente porque los espacios deliberativos promueven la participación y por eso pueden generar expectativas probablemente imaginadas como desbordantes; en el mejor de los casos, entonces, cuando la lógica de la alternancia electoral le dé el lugar a estas sensibilidades, se implementarán propuestas imaginativas para contener a las poblaciones excluidas.

El tablero entonces no da casi flexibilidad a las distintas piezas y, en principio, con alguna que otra mínima disonancia, esas piezas parecen ajustarse al dibujo y a los recorridos planteados por las reglas del juego.

Pero ocurre que el mundo no es un tablero y, además, en la vida social, la suerte nunca está echada. Porque está la historia. Y en la sociedad argentina, detrás de las inseguridades e incertidumbres de una población fragmentada y con instituciones de representación agujereadas, están las experiencias de lucha y el ejercicio efectivo de derechos sociales ampliamente extendidos. Y a veces los imprevistos, que indudablemente son parte del fluir social y cultural, resultan vivificadores de esas experiencias en latencia. Porque la historia, dice Marx (1975), "tendría un carácter muy místico si las 'casualidades' no desempeñasen ningún papel". Y Borges en *Otras inquisiciones* lo reafirmará de esta manera: "El porvenir es inevitable, preciso, pero puede no acontecer. Dios acecha en los intervalos".

---

[1] En estas regiones no hay límites formales para concretar lo que Bourdieu llama un "programa científico de conocimiento" y convertirlo "en programa político de acción". Aquí los objetivos de "crear las condiciones de realización y funcionamiento de la 'teoría', implementando un programa de destrucción metódica de los colectivos (la economía neoclásica solo quería saber de los individuos…)" (Bourdieu, 1999) se lleva a cabo sin ambages. Es la implementación a como dé lugar de la lógica del puro mercado.

2. La lucha democrática y la construcción de relaciones de fuerza. Seis apuntes

I

Una muy pertinente pregunta en estos tiempos que corren es si es posible hace coincidir sistema democrático y sociedad inclusiva. Conviene aclarar que el sentido de sociedad inclusiva descarta la apuesta filantrópica de “atender mejor” a un 35% o más de la población en situación de desempleo y/o sin trabajo formal, y excluye que este dato sea pensado como un irremediable indicador de la época sin posibilidad de modificación. Por supuesto que la pregunta es generalizable a distintas sociedades atravesadas hoy por la cultura del capital financiero, que demoniza el gasto fiscal y el productivo con vocación incluyente, y está informada por la cultura de la sobrevivencia de los más aptos en la lucha económica. Pero, en ese contexto general, la sociedad argentina porta, como ya señalamos, una experiencia histórica de temprana extensión de los derechos sociales y claros procesos de movilidad social ascendente, y por eso se convierte en un caso para observar. Es un escenario privilegiado para especular sobre la posibilidad de choque entre esas tradiciones igualitarias e inclusivas extendidas y la cultura predominante del capital financiero que en los hechos las niegan. La pregunta es entonces si esas tradiciones igualitarias que podrían resultar en propuestas fuertes de sociedad inclusiva tienen expresión política. Si es así, es irremediable no preguntarse por la persistencia de una voluntad política que actualice esas tradiciones construyendo relaciones de fuerza en una sociedad fragmentada social y culturalmente, en el marco de las transformaciones ocurridas a raíz de la revolución conservadora en el mundo político.

II

En la Argentina, las tradiciones igualitarias en principio tienen expresión política: claramente porque hay banderas y rituales que remiten a experiencias históricas, como el primer peronismo, que parecen acercarse a ese ideal de integración. Pero también se cuenta con las apuestas realizadas por el primer kirchnerismo por contrarrestar los cambios que las políticas llamadas neoliberales habían promovido con la mayor crudeza durante los años noventa, aunque también desde antes, en la sociedad argentina. Efectivamente, en un contexto económico internacional de condiciones favorables y de empatías políticas regionales que las facilitaban, desde 2003 se produjeron movimientos como la reestatización del sistema de jubilaciones y de la compañía petrolera nacional y la reactivación del Astillero Río Santiago; para citar casos que acarrearon un desacomodamiento significativo al orden neoliberal. Situaciones económicas y políticas favorables que fueron aprovechadas por quien Ricardo Sidicaro calificó como líder sin partido: Néstor Kirchner. Esa calificación es también un diagnóstico. Sidicaro afirma que "los apoyos del kirchnerismo provinieron de individuos y agrupamientos cuyas trayectorias e historias, en no pocos casos, los enfrentaban" (Sidicaro, 2010) y que el resultado de esas heterogéneas adhesiones que apoyaron por distintos motivos las iniciativas del gobierno fue una confluencia política a la que metafóricamente denomina "suspensión coloidal", una "denominación usada en química para hacer referencia a un medio fluido en el que flotan partículas sólidas sin mayores contactos entre sí". Además, este autor argumenta que, a diferencia de partidos que se adaptan a propuestas ciudadanas, intentan articularlas y hacerlas compatibles entre sí, el "sistema de apoyos kirchnerista […] no buscó limar asperezas entre sus adherentes sino que retomó sus demandas sin preocuparse por los efectos centrífugos de los que eran portadoras". Y ese sistema de adhesiones resultó efectivamente exitoso. Claro que, según sostiene el sociólogo, por distintos motivos no se pudo construir un gran relato político capaz de realizar lo que Weber caracterizó como la leyenda justificatoria de las posiciones de poder, y en lugar de ello el líder sin partido reivindicó como éxito fundamental la tasa de crecimiento económico registrada entre 2003 y 2007 (Sidicaro, 2010). En fin, Kirchner reconocía la inexistencia de partido, e intentó diversas estrategias para construir sus sistemas de relaciones de fuerza,

entre ellas la llamada transversalidad, que coincidía con este manejo inteligente de diversas expectativas y de diversos grupos. En algún sentido suponía saber andar con las reglas del juego que impone la época. Solo que esos apoyos, aunque exista lo que se denomina un núcleo duro, son débiles y fluyentes. En ese contexto la situación posterior a la muerte del líder sin partido dejó un vacío significativo. Como los dirigentes pueden cambiarse de partido sin inhibirse, una porción no menor de los electores no interpelados por un relato fuerte puede pasarse a otra opción que en principio parece claramente diferente. Sin gran organización partidaria y con agrupaciones territoriales fragmentadas que no necesariamente comparten una mística común, la energía debe ponerse en la competencia electoral y en interpelar al ciudadano suelto.

La verdad es que, más allá de cuestiones retóricas, la posibilidad de implementar acciones políticas de confrontación en función del cumplimiento del ideal de un sueño moderado de sociedad relativamente inclusiva no tiene hoy adhesiones entusiastas dentro de la clase política en general, pero tampoco en sectores del kirchnerismo con experiencias reales de gobierno y que levantan aquellas banderas. En principio porque un buen diagnóstico revela que no se cuenta con organización e identidad partidaria fuerte, portadora de capacidad organizativa para confrontar con grupos de poder. Y porque si hay organizaciones aliadas, están fragmentadas y no encuentran un programa unificador más allá de la competencia electoral, que no necesariamente implica un proyecto de acumulación de fuerza política. Las acciones resultantes de esta energía están fuertemente influidas por el predominio cultural de una mirada liberal de la cuestión de la representación y de la acción política. La “filosofía liberal”, dirá Bourdieu en una relectura de Durkheim,

> identifica la acción política con una acción solitaria, hasta silenciosa y secreta, cuyo paradigma es el voto, “adquisición” de un partido en el secreto de la mampara. Haciendo esto, reduce el grupo a la serie, la opinión movilizada de un colectivo organizado o solidario a un agregado estadístico de opiniones individuales expresadas (Bourdieu, 2000).

Y la pregunta es cuál es la fuerza que se obtiene de ese agregado estadístico o bien de la sobrevivencia residual de antiguos ideales colectivos que se

manifiestan pragmáticamente desde distintos grupos fragmentados. Cómo ese agregado y esas hilachas de lo que fueron experiencias productivas pueden resignificarse para hacer escuchar y convertir en posibilidad de decisión la mirada de quienes no tienen poder económico, no poseen poder militar y no cuentan con redes internacionales fuertes que les permitan discutir mano a mano con el mundo corporativo internacional.

Así las cosas, la posibilidad de presentar batalla afectando intereses del mundo corporativo empresarial que generarían respuestas agresivas desde esos espacios resulta bastante inhibida. Lo que queda son mínimos márgenes de maniobra favorecidos por coyunturas internacionales y por algún que otro dislocamiento local de la expresión política de estos intereses. Entonces, por ejemplo, se pueden implementar mejores programas sociales para atender a los excluidos, pero lo más probable es que se tropiece con dificultades para planificar seriamente posibilidades a mediano plazo que impliquen el abandono de esa condición, o se puede achatar la pirámide de ingresos pagados por el Estado para que los menos desgraciados colaboren con los más desgraciados, lo que genera además confrontaciones con banderas igualitarias dentro del mundo de los oprimidos; por ejemplo, entre el empleado que se jubilará sin el 82% móvil y el docente que lo cobra, promoviendo que este último sea despojado de esa condición definida como un privilegio y no como una conquista a extender. Las peleas se desvían porque las relaciones de fuerza parecen no habilitar otra cosa.

III

Por supuesto que la democracia imaginada como proceso inacabado supone –y es deseable que así ocurra– luchas constantes (y, por lo tanto, problemas reinventados permanentemente) por las promesas que siempre resultarán incumplidas. Pero como dice el viejo refrán, no hay que “gastar pólvora en chimangos”. ¿Cuál es la lucha que vale la pena y cuál es la fuerza con que se cuenta para abordarla? Y si del diagnóstico resulta que tal fuerza no existe, hay que imaginar cómo se hace para construirla. Porque, al fin y al cabo, para que haya más democracia como forma de superar los problemas de la democracia, es imprescindible identificar cuestiones concretas que, en

sus formas actuales, puedan favorecer que los sectores sociales que no tienen fuerza para incidir en las decisiones fundamentales del gobierno ocupen un lugar con voz digna en esa lucha. Claro, esa es toda una definición política que debería estar anclada en una identidad política, en un "nosotros" opuesto a un "álter", que vaya más allá de la confrontación electoral y de disputas superestructurales contra algunas formas del neoliberalismo.

Es probable que la construcción de una identidad política fuerte así entendida, no en un sentido ideológico sofisticado sino de un nosotros opuesto a un álter, no resulte fácil luego de la conmoción producida por los gobiernos de Menem y De la Rúa, que dejaron desprovistos de identidad a los dos grandes partidos de la Argentina. Porque, en verdad, los movimientos que afectan la capacidad de los sectores no privilegiados económicamente de influir en las decisiones colectivas hoy no necesariamente suponen la injerencia directa de las potencias mundiales en la región valiéndose de la colaboración de los ejércitos locales, situaciones que fueron comunes a la historia latinoamericana. Sin embargo, las formas de control externo sobre las democracias nacionales pueden limitarse a producir transformaciones económicas, también jurídico-institucionales en las propias sociedades, que se convierten en poderosos constreñimientos que impiden desacomodar el statu quo con las herramientas republicanas convencionales. Esas transformaciones, que en la Argentina fueron producidas en democracia y de la mano del partido con mayor tradición popular como es el peronismo, pero además continuadas y avaladas por el siguiente gobierno del otro gran partido nacional que es el radicalismo, apuntaron a la reducción drástica de las capacidades estatales. Y constituyeron una singularidad a nivel internacional. La Argentina es, probablemente, dice Oscar Oszlak, "el país que en el transcurso de los años noventa ha experimentado las transformaciones más radicales en la configuración, tamaño y papel del estado nacional" (Oszlak, 2003). En menos de seis años se privatizaron, concesionaron o disolvieron al menos sesenta y siete empresas públicas (Elena, Pichón Rivière y Ruival, 2013). Lo que implicó que el Estado nacional se desembarazara de su

> aparato productivo (vía privatización), de sus órganos de regulación económica (vía desregulación), de muchas de sus funciones de apoyo (vía tercerización), de la prestación directa de

> la mayoría de los servicios públicos (vía descentralización), de fuertes contingentes de personal (vía retiros voluntarios y jubilaciones anticipadas) y de una porción no despreciable de su capacidad de decisión soberana (vía internacionalización) (Oszlak, 2013).

El cambio político-cultural que, en el caso argentino y como producto de la revolución neoconservadora, resultó en una mirada común sobre el mundo que se expandió como una mancha de aceite hacia los dos grandes partidos y la nueva centroizquierda generó una importante crisis de representatividad, que afectó fuertemente sus respectivas identidades. Y más allá de la vitalización política producida por el kirchnerismo, dejó sus marcas en la sociedad y en la clase política.

IV

Las tensiones entre los grupos y la representación ciudadana no son nuevas. Se podría sostener que el modelo ideal de la doctrina democrática basado en la hipótesis del individuo soberano que pacta con otros individuos soberanos sin asociaciones intermedias entre ellos y sus representantes es solamente un modelo ideal. En la práctica concreta, las democracias realmente existentes, como dice Norberto Bobbio, son un modelo totalmente opuesto, ya que distinto tipo de asociaciones, desde corporaciones económicas, hasta sindicatos y partidos, se convierten en sujetos cada vez más políticamente relevantes, mientras que los individuos lo son menos (Bobbio, 1993).

Pero es verdad que, en esa presencia de cuerpos intermedios, sobre todo algunos de ellos, los sectores sociales más desprotegidos tienen posibilidades de construir mayor capacidad para hacer escuchar su voz, en tanto esos grupos expresan de manera más real la relación de representantes-representados. Y no es aventurado imaginar que desde el primer peronismo hasta los años noventa, aun con los períodos de restricciones de las dictaduras militares, y con contradicciones que por supuesto lo alejan de un modelo ideal, algo de eso ocurría en la sociedad

argentina. Los dirigentes de esos grupos, que eventualmente podían tratarse de un sindicato o un partido político, tenían posibilidades potenciales, en tanto colectivos sociales y no mera suma de individuos desagregados, de hacerse escuchar. Colectivos con identidad construida en función de un trabajo común, de elementos culturales comunes, de sufrimientos y expectativas comunes, habilitaban una relación en la que sus dirigentes no fueran delegados formales de la ciudadanía en abstracto, sino portavoces de un colectivo que los autorizaba a desempeñarse como tales. Su autoridad y su fuerza política residen en su carácter de portavoz avalado de algún colectivo que puede tener mayor o menor cohesión cultural de acuerdo con su extensión por distintos lugares de la estructura social, pero que en ese momento histórico se reconoce a sí mismo como un colectivo, con banderas, con voz pública, con expectativas sobre la propia sociedad.

El modelo ideal de sociedad democrática, dice Norberto Bobbio, es una sociedad centrípeta (Bobbio, 1993). Las sociedades democráticas realmente existentes aparecen como centrífugas, no hay un solo centro de poder, como podía ser la voluntad general de Rousseau, sino muchos, y en ese sentido es que la sociedad real en los gobiernos democráticos es pluralista. Las complejas luchas de intereses económicos y culturales en juego en cada sociedad han incluido la participación de diversos grupos, desde una élite política con voluntad de reproducirse hasta una corporación económica con interés por encontrar las formas más favorables para desarrollar su actividades; desde un sindicato o grupos de sindicatos erigiéndose en representantes del pueblo y logrando efectiva fuerza política hasta partidos que podían cuestionar el statu quo sostenidos en su alta capacidad de representar sectores significativos de la sociedad. La relación entre gobernantes y gobernados está tensionada de manera compleja por el voto ciudadano, pero también por la capacidad de negociación permanente de estos distintos grupos. Los grupos económicos y culturales que pueden ser identificados como grupos de poder tienen bajo distintas identidades permanencia en el tiempo. Y en varios momentos de fines del siglo XIX y durante el siglo XX diversos sectores sociales desprovistos en diverso grado de esos poderes económicos y culturales encontraron formas efectivas de construir fuerza política, como se ha dicho, a través de dos instituciones relevantes de la vida democrática moderna: los sindicatos y los partidos, o, si se quiere, algunos sindicatos y algunos partidos, ya que no deberían ser

pensados como institución portadora de fuerza política per se, sino en relación con su capacidad de representación y movilización.

V

En otros momentos no tan lejanos, miles y miles de obreros industriales que realizaban trabajos similares, que habitaban barrios comunes y convivían a diario en grandes barracas, encontraban condiciones objetivas para sentirse parte de un grupo común. Aun en el caso de las primeras décadas del siglo XX argentino, cuando los hombres y las mujeres que conformaban la masa obrera tenían orígenes nacionales y culturales distintos, aunque hablasen distintas lenguas y hubieran nacido amparados por distintas religiones. Además, por cuestiones políticas y culturales de época, esos grupos generaban banderas, íconos y relatos sobre su propia experiencia que los dotaban de una identidad poderosa. No importa que la mayoría de ellos no hubiera leído el Manifiesto Comunista; la consigna "Proletarios del mundo, uníos", de algún u otro modo se hacía cuerpo en los profetas que levantaban bibliotecas obreras, sindicatos, mutuales y que portaban banderas y textos que anunciaban el papel fundamental que les cabía a los condenados de la tierra, como ya señalamos, no ya en el simple mejoramiento de sus propias condiciones de vida, sino en el de redentores de la entera humanidad. Esos movimientos le otorgaban al trabajador común, al obrero, ese rol redentor y entonces no importaba que el agente social particular estuviese motivado por un deseo individualista de progreso. Lo que había ocurrido en principio era que se había convencido por la fuerza cultural de la época de que tenía derecho a estar mejor, de que podía luchar en su trabajo y en acciones políticas para lograrlo, y de que ser parte de ese mundo sindical y político (de sus banderas, de sus instituciones) lo beneficiaba en cuestiones concretas, pero sobre todo, por esa trascendencia que flotaba en el ambiente, le otorgaba una identidad que, sin renegar de su lugar subordinado en la estructura social, era portadora de dignidad.

Esa fuerza cultural que se manifestó quizás con más rigor en la primera mitad del siglo XX en nuestro país dejó una marca significativa en la cultura obrera y, ya sea bajo culturas anarquistas, republicanas socialistas, o nacional-populares, la organización obrera como una herramienta de lucha

se incorporó como un valor de las clases populares y tuvo una influencia relevante en equilibrar las relaciones de fuerza, y entonces también en las luchas democráticas.

En una sociedad de movilidad social ascendente como la argentina, los dos grandes partidos podían construir identidades en las que los elementos de la cultura obrera que sostenía los derechos de los trabajadores como marca fuerte convivieran con los derechos al mejoramiento progresivo de las condiciones de vida, que se realizaba en la posibilidad de acceso a otros tipos de trabajos con mayor jerarquía social. Expectativa imaginada como posible, si no como parte de un proceso intrageneracional, y realizable en la generación siguiente.

Obreros, vendedores ambulantes, pequeños comerciantes de barriadas populares, empleados de baja categoría habitaban una sociedad que les permitía soñar con el mejoramiento de sus condiciones de vida. El sistema educativo tempranamente extendido por todo el territorio nacional, gratuito, laico y obligatorio en el nivel primario, elevaba esas expectativas de mejoramiento a un nivel superior. Ya no solo el migrante ultramarino pobre o el también pobre migrante interno podía soñar con acceder a niveles de confort y de consumo que lo colocaban en una posición radicalmente diferente y mejor en relación con su anterior vida campesina, sino que algo mucho menos imaginable como la educación y la cultura parecían estar a mano, si no directamente, como posibilidad concreta para la generación posterior. El mito de “M’hijo el dotor” se asienta sobre esas experiencias reales que se convertían en parte de una compleja cultura, no solo obrera, sino de movilidad social ascendente.

Con distintos estilos, con diferentes maneras de procesamiento, la Unión Cívica Radical y el Partido Justicialista, o mejor, el radicalismo y el peronismo, en tanto movimientos político-culturales más que afiliaciones partidarias, incorporaron a sus respectivas identidades elementos de esta cultura. En ambos casos los mitos fundacionales suponen la incorporación a las luchas democráticas de amplias franjas de población anteriormente relegadas. En el primer caso, un ciudadano que ejerciendo el derecho al voto posibilita el ascenso al gobierno del caudillo popular Hipólito Yrigoyen, pero que en la lucha contra el fraude puede recurrir a procedimientos como los levantamientos civiles. En el otro caso, ya no el ciudadano sino el pueblo como protagonista de otras luchas democráticas que supusieron la extensión de los llamados derechos sociales.

En el sentido estricto no son partidos ideológicos, pero sí con algunas marcas culturales compartidas que podían atravesar diferencias sociales y económicas y encarnarse en grupos sociales concretos que se reconocieron contenidos en un marco común. Con sus heterogeneidades, sin embargo, ese amplio mundo de flexibles banderas podía pensarse como aglutinante de vidas, de trayectorias sociales con expectativas parecidas, lo que otorgaba una identidad que se actualizaba en la confrontación con el otro.

Por supuesto que no se trata de imaginar instituciones o tradiciones impermeables a los cambios, cristalizadas y poderosas. Si hay algo que no puede pensarse así son los partidos políticos en la Argentina que, como corresponde a cualquier institución social, han sufrido modificaciones en el tiempo y además han carecido de continuidad de funcionamiento en el marco de tranquilidades republicanas. No obstante, hubo momentos en los que, aun con la compleja heterogeneidad de los grandes partidos y en el marco de esa inestabilidad republicana, tuvieron mayor organicidad y sus tradiciones flexibles pesaron sobre quienes estrictamente conformaban sus filas y también sobre sus adherentes.

Esto es, con sus idas y vueltas, una experiencia histórica que de distintas maneras produjo en la Argentina, en un proceso de ampliación de derechos y movilidad social ascendente, un sentimiento igualitario que bien puede ser el elemento aglutinador de grupos diversos, tanto como un elemento cultural que favorezca la diferenciación. Sobre esas experiencias se actúa políticamente. Política y culturalmente, desde distintas visiones del mundo y desde espacios que trascienden el sistema político.

VI

Por distintos motivos, fundamentalmente por los cambios económicos que resultan en transformaciones del trabajo y la producción y por el deterioro de tradiciones que reivindicaban la construcción de colectivos sociales como herramienta para luchar por mejores condiciones de vida de la humanidad, en los últimos treinta años estas instituciones relevantes de la lucha política se han dañado fuertemente. Y el desgaste ha sido estructural y político-cultural. Los sindicatos y las propias centrales sindicales entonces, con las nuevas formas de organización del trabajo, han perdido su

capacidad de movilización de masas obreras significativas en términos cuantitativos, porque han perdido la capacidad para lograr que sus representados –ahora y cada vez más, una masa heterogénea en ingresos, en condiciones de trabajo y en estilos de vida–puedan sentirse parte de un colectivo común. Los movimientos sociales pueden coincidir entre sí y con los sindicatos en circunstancias políticas particulares, pero difícilmente pueden reconocerse como parte de algo en común fuerte que los trascienda.

La democracia, así, queda en una situación de profundo desequilibrio, porque el extremo deterioro de colectivos sociales y sus formas de expresión no genera mágicamente un encuentro real entre la voluntad general y el soberano. Los grupos, las asociaciones intermedias siguen existiendo, solo que las que potencialmente podían expresar con fuerza política colectivos sociales sin capacidad económica se encuentran en situación de fragmentación y en algunos casos debilitadas en extremo. De este modo, las que cobran un papel predominante son las corporaciones económicas y financieras nacionales e internacionales.

La respuesta a cómo se construye fuerza política que permita confrontar con esas corporaciones y sus expresiones políticas no es fácil de elaborar. Lo que es verdad es que no se trata de reacomodamientos en la superestructura política. No hay fuerza política en el representante que levanta algunas banderas de los castigados por la cultura de la sobrevivencia de los más aptos si sus representados son considerados un mero agregado estadístico que con sus votos lo colocó en ese lugar institucional. La delegación, siempre sujeta a la usurpación y a la corrupción, tiene otros condicionantes cuando es el producto de un colectivo social, cuando el representante es efectivamente un portavoz. Para que se produzca esta situación, es necesario que exista un colectivo social que sea resultado de lo que Bourdieu llama “construcción colectiva de la opinión” (Bourdieu, 2000). No se trata de suma de opiniones individuales, sino de posicionamientos, de maneras de ver que pueden ser modificadas por el intercambio, por la discusión, por la confrontación. Es promover organizaciones, o vitalizar formas organizacionales preexistentes, generando no solo el encuentro, sino la voluntad de discusión sobre los problemas estructurales que hacen decir a gran parte de la clase política que no hay alternativa o, en el mejor de los casos, que hay un mínimo de espacio para maniobrar ya que el mundo ha cambiado. Es la construcción

de la voluntad general a través de un proceso de deliberación que cambia los contenidos y a las personas que comunican.

Claro que apuestas de este tipo en el marco de debilidades ideológicas y políticas quizás encuentran pocos promotores, porque el desborde puede aparecer fácilmente si no hay voluntad política de afrontar problemas que a primera vista resultan de difícil solución. La promoción de debates y discusiones como parte de un proceso de acción colectiva de base, como formas que de distintos modos aporten a la construcción de colectivos sociales atendiendo a definir problemas estructurales que afectan la capacidad de decisión de poblaciones debido a las opresivas formas económicas políticas y culturales del presente, es una posibilidad que puede depender de la voluntad política preocupada por intentar una acumulación real de relaciones de fuerza. Hay, seguramente, otras posibilidades, pero dependen más de los azares de la vida social que reconfiguran a veces radicalmente las situaciones en las que se vive que de esa voluntad encarnada en un agente o en un grupo social y/o político. Es posible imaginar, no obstante, que no es lo mismo afrontar ese imprevisto con esa voluntad previa transformada en organización, en debate, en un protocolectivo social, que verse arrojado con solo la mochila cargada de espontaneidad y acaso desconcierto a la arena de la nueva situación.

3. ¿La cultura del capital financiero puede incluir a la democracia?

I

¿Qué ocurre cuando se intenta diseñar un camino que se aparte apenas un poco de las reglas del juego impuestas por la economía internacional? Los sectores de la clase política implicados de distintas maneras (bien por convencimiento, bien por pragmatismo ante lo considerado inevitable) en la reivindicación de esas reglas del juego del capital financiero y que a través de distintas estrategias empatizan con la cultura predominante de época logran buenos resultados electorales, ¿pueden aceptar las reglas de la democracia liberal si, en ese marco, encuentran obstáculos políticos y sociales a la implementación de su proyecto?

Las experiencias en las que asociaciones políticas que fueron expresión de sectores heterogéneos subsumidos en la cultura predominante del capital financiero y empáticas con intereses geopolíticos de la potencia imperial ganaron claramente elecciones, como en la Argentina de Macri y en el Brasil de Bolsonaro, no llevaron adelante, ni mucho menos, una gestión de gobierno asentada en un republicanismo ideal. Por el contrario, diversas acciones implementadas, como el acoso jurídico hacia dirigentes políticos de la oposición, se realizaron burlando marcos institucionales de la sociedad nacional. ¿Estos acontecimientos expresan solo particularidades, son momentos surgidos al calor de la intensificación de la lucha política que producen una excepcional salida de los carriles, o pueden ser elementos constitutivos de esa cultura del capital financiero?

Es claro, no obstante, que algunos de esos valores reconocibles de la cultura del capital financiero ya mencionados no pueden ser convertidos en bandera explícita por quienes manifiestan esa visión del mundo, porque en ciertos lugares no es posible solo el uso de la fuerza para imponer las formas de organización económica y política que la realización de esa

mirada requiere. Entonces se implementan estrategias del más diverso tipo para mantener una ilusión republicana que atenúe la desconfianza de los agentes sociales de los cada vez más crecientes grupos castigados por el sistema, o para que, al menos, un sector más integrado dentro de los grupos no beneficiados de esas sociedades puedan imaginarse ciudadanos de la república.

Pero es verdad que a medida que se suceden hechos que intensifican el fin de época (debilitamiento de los estados nacionales subsumidos en mercados internacionales, pérdida de capacidad de representación de los partidos políticos, diversificación internacional de la producción y fragmentación de la fuerza de trabajo, menor peso de los sindicatos, consecuente pérdida de los derechos laborales, etc.), las acciones de esta visión del mundo con fuerte peso cultural y arrolladora fuerza política se vuelven menos opacas.

Y entonces es que irremediablemente queda habilitada esa pregunta sobre si es posible la convivencia con lo que Tilly llamaba "democracias restringidas", con formas imperfectas del ideal del reformismo liberal, con una democracia relativamente inclusiva en el marco de un capitalismo renano como imaginó Michel Albert. Un capitalismo en el que se complementan "bienes mixtos" que dependen "en parte del mercado y en parte de la iniciativa pública" y que tienen mayor importancia que los bienes comerciales de lo que llamará el modelo neoamericano, donde priman la especulación y las ganancias fáciles a corto plazo (Albert, 1993). [2] Este capítulo trata sobre la fuerte pertinencia de esta pregunta, sobre los peligros que implica para las mayorías populares el proceso de resolución de esta tensión en favor de la mirada predominante, y sobre los potenciales obstáculos societales a la realización de esta mirada en una zona de la periferia como la Argentina, sometida a las políticas formales (y también informales de poderosa eficiencia) de diversos espacios que expresan a la potencia dominante.

II

La pregunta acerca de la convivencia entre alguna forma imperfecta de organización democrática que habilite la participación popular en pos de procesos de redistribución y la poderosa fuerza político-cultural del capital

financiero, que la amenaza junto con cualquier forma igualitaria, es planteada y abordada de manera pertinente por diversos autores relevantes de la sociología contemporánea.[3] Es que la noción de democracia reformista liberal, sobre todo en los componentes que habilitaban al ciudadano a no sentirse menos que nadie, se hizo símbolo y experiencia social concreta, con aspectos contradictorios y confusos, y a la vez abrió esperanzas igualitarias que se manifestaron y concretaron a través de distintas formas culturales políticas e ideológicas que resultaron en la conquista de mayor autonomía para diversos grupos oprimidos.

Estas formas que de distinta manera contribuyeron a la participación de grupos no dominantes en la toma de decisiones que atañen al conjunto de la sociedad fueron vistas por las miradas clásicas de la teoría social como pasos progresivos de la especie humana. Es por ello que no resulta extraño, dado que forma parte la teoría social de la gran herencia iluminista, que en las últimas cuatro décadas existan preocupaciones serias –planteadas de diferente manera y según distintas miradas teóricas e ideológicas– que den cuenta tanto de la creciente concentración del poder como de la pérdida que han sufrido las mayorías populares (de distintas sociedades) en su capacidad de decidir sobre sus propios destinos.

Cuando se ocupa de los procesos de concentración de poder internacional que coartan la autonomía de la política, Samir Amin, por ejemplo, afirma que la reorganización del sistema capitalista luego de la expansión de la posguerra, que permitió transformaciones económicas, políticas y sociales en todas las regiones del mundo (transformaciones, aclara, que fueron el producto de regulaciones impuestas al capital por las clases trabajadoras y populares), se constituyó sobre la base de “cinco nuevos monopolios” en poder de los países que conforman lo que él denomina “tríada dominante” (los Estados Unidos, Europa, Japón), que son:

1. el control de la tecnología,
2. los flujos financieros globales (a través de bancos, carteles de aseguradoras y fondos de pensión),
3. el acceso a los recursos naturales del planeta,
4. los medios de comunicación, y
5. las armas de destrucción masiva (Amin, 2010).

“Tomados en conjunto”, dice Amin, “estos cinco monopolios definen el marco dentro del cual la ley del valor globalizado se expresa a sí misma. La ley del valor es escasamente la expresión de una ‘pura’ racionalidad económica que puede ser separada de su marco social y político” (Amin, 2010). O, más concretamente,

> lo económico se emancipa de la sumisión a lo político y se transforma en la instancia directamente dominante que comanda la reproducción y la evolución de la sociedad. De esta forma, la lógica de la mundialización capitalista es, ante todo, la del despliegue de esta dimensión económica a escala mundial y la sumisión de las instancias políticas e ideológicas a sus exigencias (Amin, 2010).

Son esas exigencias las que hacen que Charles Tilly se vea en la necesidad de reorganizar líneas básicas del tablero histórico para abordar el problema y su grave dimensión. A la vez que enumera elementos básicos para la existencia de una democracia, que es en verdad una democracia liberal inclusiva, reformista, hipotetiza sobre las consecuencias que traen los procesos de degradación de esos elementos básicos. Dice Tilly:

> Mi razonamiento es simple: la democracia consiste en una relativa ampliación e igualdad de la ciudadanía, proporcionándoles a los ciudadanos consultas obligatorias en lo concerniente a las políticas del Estado y el personal del Estado, así como también protección de la acción estatal arbitraria. En la medida que el Estado se disuelve, también lo hace la ciudadanía, y en consecuencia, la democracia. El control de la autonomía del poder militar es una condición para la democracia; las coaliciones entre clases que involucren a trabajadores constituyen condiciones altamente favorables; y una relativa igualdad, sumada a una redistribución, aparece como un importante estabilizador. Las grandes desigualdades del poder económico amenazan a la democracia porque otorgan incentivos y medios a minorías poderosas para subvertir los cuatro elementos de la democracia; por lo tanto, hacen que las coaliciones entre clases, y por tanto, las alianzas

> parciales entre los capitalistas y los trabajadores, sean menos esenciales para conducir los negocios públicos. En este sentido, el poder del trabajo organizado representa y fomenta las políticas democráticas (Tilly, 1997).

El escenario de la degradación extrema de formas democráticas relativamente inclusivas que tienen o tuvieron existencia real es planteado dramáticamente como una posibilidad fuerte:

> Nuestro mundo va en dirección creciente hacia la desigualdad y la proletarización, en el sentido más simple de la palabra: más y más gente depende para su supervivencia de los salarios que recibe por el trabajo que lleva a cabo con el capital de otra gente. La globalización aumenta la proletarización y el incremento de la desigualdad a escala mundial, y esto lo puede hacer también al interior de jurisdicciones de estados individuales. Si el trabajo no encuentra formas alternativas y efectivas de organización a nivel del capital internacional, uno de los grandes acontecimientos de nuestra era –la democratización incompleta– corre peligro de ser pisoteado por las nuevas oligarquías del capital (Tilly, 1997).

Tomando en cuenta distintos aspectos de este proceso mundial es que Wolfgang Streeck se pregunta cómo terminará el capitalismo (Streeck, 2014). Y sus hipótesis están muy lejos de los optimismos alternativos que, en verdad, expresaban experiencias concretas y se extendían por distintos movimientos rebeldes del planeta –e incluso por estados del Tercer Mundo– durante la larga década de 1960. Su mirada hacia el futuro es sombría: por un lado, no es optimista en cuanto a la posibilidad de que existan fuerzas que promuevan la inclusión extendiendo las ciudadanías sociales; por otro, señala cómo la fuerza predominante está hoy alerta para despejar los obstáculos que se le presenten.

> Hasta ahora, la utopía política predominante en el neoliberalismo es una “democracia adaptada al mercado”, desprovista de poder de corrección del mismo y que apoye la redistribución “compatible con los incentivos” desde abajo hacia arriba. Aunque ese proyecto está ya muy avanzado tanto en Europa Occidental como en los

> Estados Unidos, sus promotores siguen preocupándose de que las instituciones políticas heredadas del compromiso de posguerra puedan en algún momento volver a ser dominadas por mayorías populares, en un intento de última hora de bloquear el avance hacia una solución neoliberal de la crisis. Por consiguiente, no han disminuido en lo más mínimo las presiones de las élites a favor de la neutralización económica de la democracia igualitaria; en Europa, esto se lleva a cabo por medio de una reubicación permanente de la toma de decisiones político-económicas en las instituciones supranacionales como el Banco Central Europeo y las cumbres de los líderes gubernamentales (Streeck, 2014).

Señala además, con pertinencia, un elemento fundamental que, extendido como sentido común en distintos sectores de la sociedad, es habilitador de este predominio cultural. Dice Streeck:

> Un tema fundamental de la retórica antidemocrática actual es la crisis fiscal del Estado contemporáneo. […] El creciente endeudamiento público se achaca a la mayoría del electorado que vive por encima de sus posibilidades a base de aprovecharse del "fondo común" de la sociedad, y a los políticos oportunistas que compran el apoyo de los votantes miopes con dinero que no tienen (Streeck, 2014).

Una descripción reivindicadora de la noción de liberalismo político es central en la argumentación del sociólogo Immanuel Wallerstein, creador de la categoría "sistema-mundo", para formular su hipótesis sobre este fin de época. Wallerstein dice que los defensores culturales de ese liberalismo que se expresaba en las formas imperfectas del reformismo liberal, de las democracias con voluntad relativamente inclusiva,

> estaban seguros de su moderación, su sabiduría y su humanidad. Su postura iba a la vez en contra de un pasado arcaico de privilegio injustificado (que consideraban representado por la ideología conservadora) y una nivelación desenfrenada que no tomaba en cuenta la virtud ni el mérito (que según ellos era

> representada por la ideología socialista/radical) (Wallerstein, 1996).

Y reafirma que en esa perspectiva “el Estado liberal –reformista, legalista y algo libertario– era el único capaz de asegurar la libertad”. Claro que Wallerstein, como buen sociólogo, atiende a las distancias que existen entre el dicho y el hecho, y por eso aclara como corolario a la descripción anterior que “quizá eso fuera cierto para el grupo relativamente pequeño cuya libertad salvaguardaba, pero desdichadamente ese grupo nunca ha pasado de ser una minoría perpetuamente en vías de llegar a ser la totalidad”. Lo fundamental aquí es que a partir de este relativo rescate formula su hipótesis acerca de que “la caída de los comunismos no representa el éxito final del liberalismo como ideología sino la socavación definitiva de la capacidad de la ideología liberal para continuar su papel histórico”. Advierte que “una versión de esta tesis está siendo defendida por los trogloditas de la derecha mundial”, pero, no obstante, concluye, muchos otros “simplemente están aterrados ante la inminente desintegración del orden mundial que, como correctamente perciben, está ocurriendo” (Wallerstein, 1996).

Cuando Streeck se refiere a la lucha de los sectores del capital financiero por evitar que las instituciones políticas heredadas del compromiso de posguerra puedan en algún momento volver a ser dominadas por mayorías populares, y expresa de algún modo a los otros autores que aquí destacamos, está pensando básicamente en la experiencia de algunos países occidentales centrales donde el par capitalismo-democracia reformista liberal tuvo sus momentos de armonía y de brillo político-cultural luego de la Segunda Guerra Mundial. La lucha de la Guerra Fría convirtió además a esas experiencias en banderas con gran peso simbólico y, en los hechos, en esos países se consolidaron instituciones inclusivas y de participación política que beneficiaron a sectores de clases trabajadoras. Y aunque es verdad que esas instituciones comenzaron a debilitarse quizás menos visiblemente en la segunda mitad de la década de 1970, y con más contundencia a fines de los años ochenta y en los noventa, continúan teniendo peso concreto y reconocimiento. Claramente esto sucede en países de Europa occidental en los que se habían implementado formas fuertes del Estado de bienestar.

Porque las hipótesis acerca del concreto desgranamiento de las democracias reformistas liberales a manos del capital financiero suponen implícitamente el dibujo de una pendiente no pronunciada que se expresa, por supuesto, en cambios políticos y económicos estructurales, pero sobre todo, lo que es más relevante en términos culturales, en una progresiva acumulación de descreencias de la población fragmentada que no puede encontrar contención en las viejas instituciones organizadoras del mundo del trabajo y de la representación política. Esto junto con la consolidación de una burocracia política desvitalizada, una superestructura política vaciada de representación sostenida en relaciones de fuerza, en principio productoras predominantemente de violencia simbólica implícita en las políticas excluyentes de distintos sectores. No obstante, es verdad que la legitimidad de la cuestión democrática asociada a la inclusión social en esas sociedades de países centrales luego de 1945 se convirtió en una marca cultural fuerte que pudo haber tenido algún machucón, pero estuvo lejos de ser puesta al borde del abismo por la radicalización de los años sesenta, como ocurrió con los capitalismos dependientes que entre dictadura y dictadura implementaban proyectos incompletos e intermitentes de democracia en América Latina.

III

La manera en que este proceso post-1945 se vivió en América Latina tuvo sus diferencias, porque las condiciones de reacomodamiento de la economía internacional afianzaron algunas experiencias de modernización económica y social que no necesariamente se encontraban con el ideal democrático liberal impulsado por la mirada predominante. Los nuevos organismos regionales promotores de lo que se llamaba “el desarrollo” comenzaban a actuar, valiéndose de una tecnocracia moderna y modernizadora, realizando diagnósticos y haciendo propuestas a experiencias que no resultasen disonantes políticamente con las miradas sostenidas por los Estados Unidos, que claramente se había consolidado como una potencia imperial. Las promesas de esos organismos que apuntaban a adosar formas democráticas a las propuestas de “despegue” económico no se realizarían sino intermitentemente y de manera parcial. El triunfo de la Revolución Cubana

luego de sus primeros años celebrados por el *establishment* político de las tres Américas se convertiría, para los Estados Unidos, en un ejemplo negativo para combatir en sí misma y en sus influencias. Concretamente, serían las fuerzas militares de los distintos estados nacionales, travestidas en partido militar, las que actuarían como guardias pretorianas del imperio para corregir los desbordes de participación política que apuntaban a lograr cambios en esas sociedades. No ya las democracias reformistas, sino la mera institucionalidad política democrática era lo que estaba en cuestión, y directamente se cercenaba.

La nostalgia entonces por un momento armonioso entre capitalismo y reformismo democrático liberal no existe en América Latina. No hay una legitimidad fuerte que pueda seguir pesando en el presente. Sí hay memoria de experiencias modernizadoras en términos económicos, sociales y políticos que pueden ser equiparables, como fue el primer peronismo en la Argentina, pero que se implementaron en disonancia con el ideal democrático liberal. Son, incuestionablemente, experiencias de integración de las mayorías populares. Más allá de que el peronismo resultó electo por voto democrático, que implementó de manera pionera el voto femenino, que posibilitó una reforma de la Constitución mediante asamblea constituyente con propuestas claramente innovadoras, y que además produjo una modernización de la legislación laboral y del sistema previsional a “la altura de los tiempos”, también generó importantes desconfianzas de las distintas perspectivas políticas que desde muy diferentes lugares habían conformado un frente político cultural antifascista. Efectivamente, este proceso político, que ocurría en el marco de una economía con casi inexistente tasa de desempleo, con un acceso de la población obrera a formas de vida modernas con cobertura pública de salud y educación, y con ofertas de la industria cultural que crecía arrolladoramente, se presentaba de la mano de un liderazgo carismático encarnado en un militar con gestos nacionalistas, que ligaba los sindicatos al partido de gobierno, que hablaba de formas de representación corporativa, y que en sus muy heterogéneas alianzas incluía en lugares significativos de la cultura, como el mundo universitario, a algunos compañeros de ruta ligados a la derecha filofascista. La mayoría de las fuerzas políticas y culturales que se veían como herederas del racionalismo ilustrado, activadas, en principio en 1936, y claramente en 1939, a partir de la experiencia antifascista, participaban con distinta intensidad de la

oposición que definía al gobierno como antidemocrático, y sin lugar a dudas en el golpe que derrocó al segundo gobierno de Perón en 1955.

Pero luego de 1955 no llegará la democracia liberal. Habrá dos ensayos en los que la competencia electoral excluyó a la segunda fuerza política más importante del país y de todos modos cada una de esas elecciones culminó con golpe de Estado. La apertura de 1973, que abrió el juego al peronismo y permitió un triunfo contundente en ese año, culminó dramáticamente con el golpe de Estado de marzo de 1976. Y allí comenzó la experiencia dictatorial que se propuso aniquilar a los adherentes de las distintas fuerzas que con intensidades diferentes compartían una mirada cuestionadora del orden económico social y político. Esa dictadura dejó marcas significativas en la cultura política del país en tanto se produjo una derrota no solo de las fuerzas más dinámicas implicadas en las apuestas de cambio, sino que desgranó el espíritu de cambio que se había extendido por distintos espacios sociales durante la larga década del sesenta.

IV

Entonces no hay un momento ideal post-1945 en la Argentina, pero sí hay características muy particulares de la sociedad y de la democracia refundada en 1983 que convierten al país, como ya esbozamos en el capítulo anterior, en un observatorio privilegiado de la tensión entre la fuerza político-cultural predominante que expresa al capital financiero internacional y la difícil posibilidad de sobrevivencia de una democracia liberal reformista con voluntad de integración de los distintos sectores de la sociedad.

Porque por más que los partidos estén deteriorados y deshilachados en relación con sus banderas tradicionales, por más que los sindicatos estén desprestigiados y se haya reducido su poder objetivo por el achicamiento de la fuerza de trabajo obrera formal, por más que el desmembramiento del Estado argentino consumado en la década de 1990 le haya quitado capacidad de negociación, hay en la experiencia de esta sociedad una sensibilidad conformada históricamente que, entre otras maneras de actualización, puede adquirir formas que resulten en verdaderos obstáculos a la oleada internacional –que, como es sabido, posee mayor capacidad de

acción en las periferias– de destrucción de los sueños de una democracia igualitaria. Se trata, como ya mencionamos, de una memoria de integración social, de un sentimiento igualitario presente en la sociedad argentina distribuido por distintos sectores sociales seguramente de manera dispar.

Sensibilidad, sentimiento, no creencia sistemática y formal, tampoco concepción del mundo y menos ideología, sino el resultado de una experiencia práctica productora de disposiciones, de esquemas generadores a su vez de prácticas que no tienen necesidad de acceder a la conciencia para actualizarse (Bourdieu, 2013). Como efectivamente dice Bourdieu al describir aspectos de su teoría de la acción disposicional: que pueden funcionar más allá de la conciencia y la voluntad y que no están sostenidas necesariamente en intenciones explícitas, que generan conductas ordenadas sin principio explícito de ordenación (Bourdieu, 2013). Queda claro que son un producto histórico-cultural y no producto de una subjetividad etérea. No son elementos en emergencia que no se han conformado todavía en una visión sistemática producto de actuar en un momento primigenio. Son elementos que pueden permanecer relativamente en el tiempo sin convertirse en una creencia orgánica, aunque actualizándose de distintas maneras y probablemente incorporándose a distintos sistemas de creencias de acuerdo con los momentos y con determinadas circunstancias analizables solo tomando en cuenta los casos específicos.

Esos elementos bien pueden integrarse a las visiones predominantes en el mundo contemporáneo, expresadas en la cultura del capital financiero, por ejemplo, cuando las políticas económicas habilitan o generan la expectativa de la permanencia en actividades integradas a una porción significativa de sectores medios y medios bajos. O bien, si eso no sucede, cuando, como en la experiencia del gobierno de Mauricio Macri, el resultado de sus políticas supone la restricción de consumos básicos para ese mundo integrado no dominante, ese sentimiento igualitario se percibirá humillado. Es que este sentimiento igualitario es deudor tanto de la noción ilustrada de individuo liberal como de la que tensa la anterior por abstracta y deshistorizada, que es la romántica, que se manifiesta en prácticas sociales incorporadas a una mochila cultural, a un sistema de disposiciones que conformaron y habilitaron experiencias históricas concretas.

Por un lado, entonces, la noción del individuo libre e igual a los demás, propietario de sí mismo y de los frutos de su trabajo, hecho sensibilidad práctica en la convicción de que es posible el progreso personal a través del

esfuerzo y que esto supone –creencia poderosamente afianzada durante la experiencia del primer peronismo– el derecho del individuo a vivir bien, con dignidad. Lo que quiere decir vivir como esa experiencia histórica ha enseñado que pueden vivir las personas que vienen de abajo y se esfuerzan: acceso a buena vivienda y a los elementos que permitan el bienestar dentro de ella, a la salud y a la educación propia y de los hijos, al retiro que permita el recorrido autónomo y con la frente alta durante el último tramo de la vida.

Pero, por otro lado, también la reivindicación, claramente romántica, de la singularidad creativa que puede plantarse frente al mundo. En la historia de esta sociedad –y esto es fundamental–, asentada en distintos motivos, hay una desconfianza tempranamente conformada hacia las instituciones y hacia la autoridad. Hacia todo tipo de autoridad. Y hay que reafirmar el término "desconfianza" porque es un elemento que puede tener permanencia, a diferencia de la rebelión. La desconfianza no implica alzarse contra la autoridad, aunque pueda ser un elemento que bajo determinadas condiciones la habilite. Supone moverse en unos marcos institucionales, tanto del mundo público como del privado, y casi siempre considerarlos con cierta distancia, con la relativa sospecha de que "la cosa no es como la pintan". Y claro, un sentimiento de estas características no encuentra favorables condiciones de existencia en los sistemas de dominación eficientes.

Condiciones que sí, y de distintos modos, se presentaron en esta sociedad y produjeron ese sentimiento. Condiciones relativas a determinaciones sociales concretas y elementos culturales surgidos en el marco de esas determinaciones que habilitaron este sentimiento igualitario. También la inmigración y un tipo de economía agrícola-ganadera e incipientemente industrial que conformaba fuertes y nuevas clases obreras. Poderosas ofertas políticas reivindicadoras de los oprimidos que incentivaban su participación. Élites con más circulación de la que imaginaba Pareto,[4] y, por diversos motivos, incapaces de mostrarse al resto de la sociedad como claramente superiores. Extraordinaria fortaleza temprana de las instituciones educativas y en menor grado de salud pública. A la vez, gran debilidad de instituciones políticas. Además, y en un papel relevante como elemento fundante de la nación moderna, verdaderos símbolos culturales como la indiscutible obra literaria nacional contenedora de la célebre escena en la que un sargento de la policía rural "gritó que no iba a consentir el

delito de que se matara a un valiente y se puso a pelear contra sus soldados, junto al desertor Martín Fierro", puesto en los términos de un comentador ilustre. O si se quiere, murmullos sociales que sobrevivieron literalmente quizás hasta fines de los años sesenta, observables en algún exobrero peronizado y ascendido socialmente, que podía experimentar un respeto hondo, aunque mesurado en la expresión, al escuchar que se mentaba el nombre de Simón Radowitzky, el joven anarquista que en 1909 mató en un atentado al jefe de policía Ramón Falcón, y fue reconocido entonces por la extendida sensibilidad ácrata del período como el vindicador de la cruenta represión de una masiva manifestación de trabajadores en la Plaza Lorea ese mismo año. La autoridad, en fin, descalificada y confrontada, en tanto marca estampada en la historia cultural de la sociedad, como un hilo significativo en el tejido del sentimiento igualitario.

V

Sentimiento igualitario que, en tanto disposiciones que conforman un complejo sustrato de elementos culturales, se actualiza de acuerdo con los sectores sociales, de diversas maneras, articulándose a distintas miradas más estructuradas. No necesariamente se integra a una identidad colectiva y tampoco implica una fraternidad universalista. Es el que habilita al agente social para, por decirlo coloquialmente, no sentirse menos que nadie, resultado de la memoria de una sociedad integrada con movilidad social ascendente. Cuando ese proceso se quiebra, los sectores que quedan del lado de la integración pueden actualizar este sentimiento igualitario como un recurso fuertemente diferenciador ("Si el consumo eléctrico es barato, es porque es un subsidio a los que no se esfuerzan. Yo puedo pagar la luz y no quiero que subsidien a los que no se esfuerzan"). Quizás pueda justificar la arbitrariedad policial en defensa de lo conseguido con ese esfuerzo propio. Y habilitando el componente de descreencia en las instituciones se puede mirar para el costado si el integrado ganador es un "pícaro" de la llamada "patria contratista" (empresas proveedoras del Estado) cuyo grupo se ha enriquecido esquilmando al Estado, y no conmoverse demasiado con los ladrones de guante cada vez menos blanco del mundo financiero. Porque, al fin y al cabo, como piensa Don Quijote "allá se lo haya cada uno con su

pecado”. Claro que esa tolerancia para estas miradas tiene sus límites. Porque si el castigo que implementan los que gobiernan y usan esa posición para beneficio propio se dirige al otro estigmatizado –el no integrado redibujado infinitamente por estrategias planificadas y movimientos espontáneos de los medios de comunicación como sujetos sin voluntad de integración–, las cosas marchan bien. Pero adquiere otro sentido cuando se comienza a percibir que se está castigando el propio esfuerzo individual, y no solo eso, sino la entera cultura del esfuerzo propio de los que no están en el reducido podio de los ganadores.

El que estaba señalando al otro inferior percibe por experiencia práctica que él, junto con muchos y para ese reducido podio de ganadores, es el otro inferior, un sujeto sin voluntad de integración, un perdedor, un fracasado. Y allí lo que era percibido como picaresca o mera retórica se transforma en ofensa, en humillación. Lo que cuentan que en una reunión informal dijo un economista ligado a uno de los legisladores oficialistas durante la presidencia de Mauricio Macri y mientras se debatía una reforma previsional, acerca de que una persona jubilada de 70 años que cobraba 12.000 pesos recogía lo que había sembrado –“vivió como un fracasado, cobra como un fracasado”– podría ser la bandera que flamee expresando claramente la cultura del capital financiero. Pero es también la distancia que separa una cultura salvaje de ganadores y perdedores de la memoria de una sociedad integrada con movilidad social ascendente sobre la que se construye ese sentimiento igualitario. Es un límite significativo ante los avances de democracias sostenidas en técnicas de manipulación glorificadoras del *big data*, vaciadas de representación popular. Porque es posible que ese sentimiento, resultado de una sistemática acción político-cultural, se actualice bajo la forma de estigmatización del otro inferior excluido, en tanto esa mirada predominante lo construye como sujeto sin voluntad de integración, pero se niega a hacerse cuerpo en una mirada que humille a los que de hecho son parte, quizás la más castigada, de la memoria de una sociedad integrada. Ocurre en tanto las políticas del capital financiero se presentan en los hechos, más allá de los discursos publicitarios, crudamente transparentes, y habilitan la posibilidad de percibir como un despojo el desgranamiento de instituciones y de los agentes del viejo orden en vías de desmantelamiento, como así también las prácticas de solidaridad y de asistencia que proponían.

VI

En América Latina, por diversas razones para analizar, en las que probablemente se combinan tanto fortalezas y debilidades internas de los países en la realización concreta de las relaciones de dominación históricas como la manera en que ellas repercuten en zonas del mundo con capacidad de transformar hechos en noticias, las formas de intervención de la revolución neoconservadora son diferentes. De hecho, como nunca la hubo, no hay sutilezas con Haití. Y tampoco la hay con Honduras. Quizás la expectativa es que podría haberla en algunos países del Cono Sur, a menos que uno de los líderes regionales como Brasil, aun en el marco de aplicación de políticas económicas no tan disonantes con las predominantes ligadas al capital financiero, genere disrupciones políticas como las que supusieron su inclusión en el grupo BRICS, la asociación económico-comercial de las cinco economías nacionales emergentes (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), que en la década del 2000 habilitaban y reivindicaban la multipolaridad.

El llamado “lawfare”, concepto tomado en principio del mundo militar norteamericano que lo define como “un método de guerra no convencional en el que la ley es usada como un medio para conseguir un objetivo militar” (Holzer, 2012), se extendió a las estrategias de la lucha política internacional, y es así que a través de la financiación y capacitación de agentes locales se despliegan verdaderas campañas en asociación con los medios de comunicación. La forma agresiva que adquirió este procedimiento en Brasil, con el desarme del grupo Odebrecht, el encarcelamiento arbitrario del presidente Lula da Silva y la destitución impresentable de Dilma Rousseff y, sobre todo, la habilitación a actuar impunemente a partir de la pura relación de fuerzas favorables de algunos profesionales del Poder Judicial convertidos en figuras públicas positivas por los medios de comunicación, hizo que esos profesionales perdieran todo pudor y no se hayan cuidado en sus maniobras manipulatorias. Por eso están saliendo a la luz sus comportamientos venales y, así también, las lógicas implementadas, los aspectos ocultos detrás del procedimiento visible presentado como una apuesta jurídica purificadora de la corrupción. Procedimiento este que, al fin, desde este momento debe ser considerado en los análisis políticos como un recurso fundamental de la acción política de los *establishments* locales subordinados por la fuerza de la lógica imperial.

VII

La pregunta entonces es cuáles son los grados de libertad de las fuerzas políticas que realmente pueden ganar una batalla electoral y tienen una mirada diferente a la fuerza cultural predominante que expresa las lógicas del capital financiero para implementar un programa moderado de relativa reorganización de la economía que efectivamente resulte en una sociedad más inclusiva Es pertinente la pregunta para las asociaciones políticas con herencias distintas de centroizquierda en general, pero particularmente aquí se atiende a la experiencia argentina. Y en el caso de este país no es inconveniente hablar de realizaciones parciales y de resistencias. Porque en la historia reciente ciertas políticas destinadas a disolver instituciones que sostenían a una sociedad integrada han sido, en momentos particulares, fuertemente cuestionadas, y ha habido entonces intentos de recuperación en el marco de las debilidades estructurales dejadas por esas políticas agresivas. Intentos de recuperación que se sustentan en la memoria de esa sociedad integrada, que se expresa en lo que aquí se llamó un sentimiento igualitario. Sentimiento asentado, en verdad, en distintos momentos en franjas similares del electorado con distintos sentidos, que habilitan tanto a lograr empatía con la reelección de gobiernos kirchneristas como a adosarse a la ilusión republicana del macrismo, hasta que se transparenta que esta experiencia de gobierno quiebra la promesa de integración y de paso también la de la república. Y allí nuevamente aparece la expectativa por un proyecto de integración, que, en el marco de la debilidad estructural e ideológica, parece que no tiene otra opción que presentarse –y quizás realizarse– como un proyecto moderado.

La pregunta más concreta entonces es qué significa esa apuesta moderada por la integración y si esa apuesta tiene condiciones positivas para transformarse en una experiencia estable; si se cuenta con relaciones de fuerza, si no favorables, por lo menos que puedan dar pelea digna para la construcción de un proyecto que, tal como se propone en el mejor de los casos, es una democracia con un Estado ya no de bienestar, sino subsidiario, en el marco del capitalismo renano antes mencionado. La apuesta moderada por la integración social fue descrita claramente por un dirigente político cultural relativamente joven que participa de los grupos de intelectuales que acompañaron al presidente Alberto Fernández en su campaña y en el gobierno en una charla informal con quien esto escribe cuando triunfaron en

las elecciones. “No hay posibilidad de integración fuerte de un 25 o 30% de la población tal como están las cosas a nivel internacional en estos tiempos”, dijo. Lo afirmaba, claro, con una seguridad comprensiva asentada en las acciones de ayuda que implementaría un gobierno progresista, y a la par, estimaba que era posible integrar a un mundo productivo a otros sectores de la población que habían sido castigados. Quizás no sea fácil proponer un acuerdo explícito con lo dicho por los distintos compañeros de ruta de quien esto afirmaba, y nadie firmaría una declaración con ese diagnóstico, pero es una sensación que está muy presente en el sentido común progresista de la época que piensa en lo mejor dentro de lo posible. Y, por supuesto, que para lo inmediato no existe otra forma de actuar que no sea sobre el estado de cosas, reconociéndolo como tal.

El problema es que no hay proyectos a mediano, y menos a largo plazo, porque en verdad lo que se despliega es un cúmulo de actitudes defensivas. Actitudes defensivas de quienes tienen, en el mejor de los casos, un contundente respaldo electoral, pero que, producto de la disgregación de las asociaciones políticas tradicionales, no cuentan con partido organizado. Pueden recibir el apoyo (no orgánico) de movimientos populares fragmentados, apoyos retóricos de organizaciones obreras debilitadas por la reducción del mercado de trabajo y por la crisis de las grandes identidades políticas. Por supuesto, pueden valerse de los cada vez más débiles recursos económicos, dilapidados en la década del noventa, de un Estado que por ello ha perdido capacidad de negociación. Y lo que es fundamental: no hay propuestas concretas para que distintas organizaciones de la sociedad sean activadas por medio de debates que planteen los obstáculos posibles y la necesidad de resistencia, implicándolas en un proyecto colectivo. Porque la existencia de movilizaciones y de actos en torno a una propuesta ambiguamente común no necesariamente supone la construcción de una opinión colectiva, que es la que incorpora fuerza política al sistema de relaciones de fuerza.[5]

La ilusión de implementación y apuesta por la sustentabilidad de estos proyectos marcados por la moderación es que el apoyo dado por el resultado electoral y la habilidad para moverse defensivamente desde el gobierno frente a las olas internacionales agresivas bastan. Y frente a esto se puede responder que, en efecto, eso basta eventualmente para continuar en el gobierno. En términos analíticos se podría sostener que la idea de lo mejor dentro de lo posible en una situación desfavorable de relaciones de

fuerza es un proyecto que, de realizarse, hará de lo posible algo cada vez más estrecho sostenido en una ética de la responsabilidad, que sin ideología trascendente es apenas un recurso elegante de adaptación a las diferentes condiciones que plantea el statu quo.

Porque no se trata solo de un cúmulo de actitudes defensivas; la misma propuesta más trascendente, por llamarla de algún modo, posee una identidad defensiva. Porque si hay un ideal, más allá del reconocimiento y de la identificación con una experiencia anterior exitosa, que es observable no en un proyecto explícito sino en los intentos, en las apuestas, en algunas efectivas realizaciones, no es otra cosa que el capitalismo renano del que hablamos. Se trata de un Estado que deja actuar al mercado, pero que sin embargo interviene en algunas zonas relacionadas con algún bienestar ciudadano y claramente con políticas sociales de contención de los excluidos. Que eventualmente puede intervenir tímidamente en algún reacomodamiento del sistema impositivo si se presentan algunas condiciones favorables que trascienden al Estado y los gobernantes. Y en términos políticos logra la adhesión popular mediante acciones dirigidas a convencer a los electores de mantener el voto revalorizando políticas de gobierno que, aunque no resulten las esperadas, deberán ser entendidas en el marco de las limitaciones que los poderes imponen a ese modelo. Es por eso que las profesiones relacionadas con la ingeniería electoral se convierten en un espacio deseado por muchos jóvenes que son portadores de una sensibilidad política que construyeron en el marco de los límites del sentido común progresista de época. La apuesta trascendente, en fin, se desarrolla en una zona más presentable de lo que al fin y al cabo sigue siendo el Tercer Mundo y que, en función de las relaciones de fuerza pensadas en el marco de la lucha política internacional, no tiene garantizada su estabilidad y su permanencia.

La hipótesis que es posible formular tomando en cuenta lo analizado es que en el marco de la arrolladora fuerza político-cultural del capital financiero, que si es predominante a nivel internacional lo es más en una periferia de la potencia imperial –más allá de los vientos de la multipolaridad–, la propuesta no ya de redistribución igualitaria de la riqueza y democracia participativa sino de la mera existencia de una democracia con algunas preocupaciones inclusivas necesita de una importante fuerza política para lograr sustentarse. Y que esa fuerza no va a surgir de inexistentes burguesías nacionales, ni tampoco de partidos

nacionales que no están ni organizados ni movilizados sino en permanente estado de disgregación y relativa agregación, tampoco por iniciativa propia de sindicatos que en otro modelo de acumulación fueron poderosos y hoy actúan defensivamente desde sus cúpulas burocratizadas.

Pero sin lugar a dudas, junto con las formas que expresan el clima de época marcado por la reivindicación de trayectorias individuales alumbradas por una ética pragmática (que puede integrarse a diversos grupos circunstanciales compartiendo a veces efímeros y siempre acotados intereses grupales y desatenderse de los problemas que afectan en tanto comunidad humana), hay también una experiencia histórica acumulada de sociedad integrada y de movilidad social ascendente, que sobrevive en diversos espacios de la sociedad, en prácticas del presente que se actualizan en sindicatos, en los barrios, en la escuela, en los hospitales, en formas de resolución de problemas en zonas diversas del espacio social. Cada una de esas prácticas que en los hechos resultan formas de resistencia, aunque no sean percibidas como tales, se convierten indudablemente en un capital social relevante para una lucha política que se proponga alterar los principios de visión y división del mundo del orden presente.

Ese capital puede deslizarse por una pendiente de lenta y progresiva disolución o puede ser vitalizado y resignificado mediante una interpelación política que sea audaz en términos culturales y apunte a fortalecer el sentimiento igualitario. Pero es cierto que para transformar ese capital latente en el núcleo productivo de construcción de una fuerza político-cultural que incida en las relaciones de fuerza realmente existentes, es imprescindible crear condiciones que habiliten la construcción de la opinión colectiva y de su expresión. No hay otra posibilidad para los sectores dominados. Y eso supone una conmoción quizá sobre todo para los espacios políticos que conservan retóricas y, en algunos casos como el del kirchnerismo, experiencias recientes de fuertes intentos de inclusión a través de un liderazgo recomponedor, ya que debido a la ausencia de proyecto trascendente ven en la posibilidad de debate abierto en sus propias filas un peligro de disgregación. Es por ello que la opción menos problemática es quedarse en la adición mecánica de preferencias que produce el voto, en definir como aspecto central, de acuerdo con la tradición liberal, a la elección, en vez de considerar de esa manera la elección del modo de construcción colectiva de las elecciones, el modo de fabricación colectiva de la “voluntad general” por medio de la deliberación

libre, “por el acto comunicativo, como dice Habermas, que cambia los contenidos comunicados y las personas que comunican, por el *trabajo colectivo de búsqueda* de la opinión común” (Bourdieu, 2000).

En 1911, el escritor checo Jaroslav Hasek, contemporáneo de Kafka, fundó en una taberna de Praga, junto con un grupo de amigos cercanos al mundo libertario, un partido político que llamaron “Partido del progreso moderado dentro de los límites de la ley” (Hasek, 2015). Fue, sin ambigüedades, una burla a la política de la época. La mesura, la prudencia son, sin lugar a dudas, comportamientos que resultan productivos si se ejercen desde la libertad que otorga el poder cuando no es cuestionado, en tanto implican gestos de condescendencia. Cuando lo actúan grupos o personas que están en una situación desfavorable en las relaciones de fuerza, la moderación tiene el papel implícito o explícito de agradar o no ofender al poderoso, y de hecho lo que hacen es confirmar el lugar de subordinados en una relación de dominación. La situación es homologable a la política: con el “Partido del progreso moderado dentro de los límites de la ley” se puede, en el mejor de los casos, permanecer, sin haber alterado las relaciones económicas fundamentales, quizás evitando un empeoramiento de la situación de la población integrada y asistiendo a los excluidos. Pero ocurre que la condición de aceptación moderada de las relaciones de poder desde el lugar negativo de la desigualdad tampoco garantiza la sustentabilidad del proyecto, ya que los sectores que expresan la cultura predominante a nivel internacional pueden no tolerar pequeñas disidencias. La opción que supone el intento de rearmar relaciones de fuerza habilitando condiciones para la construcción colectiva de opinión y revitalizando un poderoso capital social y cultural que incluye el sentimiento igualitario es, por supuesto, problemática. Pero es verdad que la audacia es un componente irremediable de una política transformadora, y además, empática con el sentimiento igualitario argentino. Por otro lado, la experiencia no indica que en manos de los dominados la audacia haya sido menos eficiente que la mesura.

---

[2] En 1993, con el libro *Capitalismo contra capitalismo*, Michel Albert introdujo la noción de capitalismo renano. En ese trabajo sostiene que es erróneo pensar al capitalismo luego de la caída del Muro como un sistema que desarrollará un camino unívoco, sin alternativas, dado que no es un sistema monolítico. Sobre la base de experiencias concretas dibuja un modelo que llamará neoamericano y otro al que reivindicará, que nombrará como capitalismo renano.

Alemania es su ejemplo más claro de capitalismo renano. Pero no se trata solo de Alemania, que “es una encamación particular, de ese ‘otro capitalismo’, el modelo renano, mal conocido y mal comprendido, que va desde el norte de Europa hasta Suiza y con el que también está parcialmente emparentado Japón” (Albert, 1993).

[3] Los autores seleccionados en este texto tienen distinto grado de implicación con la política concreta y quizás modelos de sociedad también diferentes, pero comparten una teoría del conocimiento social común, en la que los puntos del espacio social se explican por relaciones que refieren a la totalidad, en la que se considera a los agentes sociales “no tomados en un aislamiento y rigidez fantástica, sino en su proceso de desarrollo real y empíricamente registrable, bajo la acción de determinadas condiciones” (Marx y Engels, 1959). Y, por supuesto, incorporan una sensibilidad en la construcción de sus objetos que implica la pelea con las doxas político-culturales de los propios espacios en los que se desenvuelven. Son formas, en fin, de actualización de una mirada materialista de la teoría social.

[4] Para Vilfredo Pareto, las clases selectas, las aristocracias, no son eternas, por lo que la historia es “un cementerio de aristocracias” (Pareto, 1980). La clase gobernante es restaurada, no solo en número, sino en calidad, por familias que vienen de las clases inferiores, que le aportan energía y le proporcionan elementos originales para mantenerse en el poder. De allí la noción de circulación de las élites como constante en la historia.

[5] Debatiendo con las formas liberales de representación, Bourdieu afirma que “la agregación de estrategias y de actos individuales no es colectiva”. En ese caso, dice, “los agentes están doblemente desposeídos del dominio de sus opiniones. En efecto, no siempre tienen los medios para producir una opinión conforme a sus intereses. Las condiciones de producción de la opinión como discurso no están igualmente repartidas”. Y refuerza esta idea sosteniendo que el principio esencial y el mejor escondido de la desposesión que implica este tipo de relación “reside en la agregación de opiniones. Con el sondeo, o el voto, como con el mercado, el modo de agregación es estadístico, es decir mecánico e independiente de los agentes. La puesta en relación de opiniones se hace fuera de los agentes. No son los individuos quienes combinan sus opiniones, quienes les confrontan dialécticamente, para acceder (idealmente) a una síntesis que conserve las diferencias y las rebase, para llegar a un todo, definido por sus conexiones más que por sus elementos. Son las opiniones individuales, reducidas al estado de votos enumerables mecánicamente, como piedras, que son adicionadas, pasivamente, sin que nada sea hecho a cada una de ellas” (Bourdieu, 2000).

4. Las puertas del cielo de la clase política

I

En el transcurso de un mes, entre los días que van de la madrugada del 29 de octubre hasta los últimos días de noviembre del año 2020, se produjeron en la Argentina dos hechos que son de utilidad en tanto se los puede considerar indicadores de procesos que parecen trazar un camino de consolidación, por parte de las fuerzas electorales más importantes del sistema político, de lo que puede llamarse una verdadera clase política. Entendemos por clase política de un régimen democrático liberal a un estado de las relaciones entre esas fuerzas y sus representados en el que estas se reafirman en su condición, para decirlo con Weber, de elementos activos de la política (Weber, 1999) en tanto se produce, por distintos motivos, una intensificación del papel pasivo de las mayorías. Hablamos entonces de una clase política a la Gaetano Mosca, quien se valió del concepto y, por un lado, apostó a conferirle rigor analítico valiéndose de comparaciones históricas para sostener la irremediable conformación de minorías organizadas que gobernarán sobre mayorías desorganizadas (Mosca, 1984), pero que, por otro lado, también desplegó su mirada ético-moral de "conservador impenitente", como lo llamó Norberto Bobbio (Bobbio, 1984), imaginando un deber ser de la democracia parlamentaria en la cual efectivamente las masas tuviesen un necesario papel pasivo.

Por supuesto que los elementos que se destacarán en el análisis de los hechos que se relatan en este capítulo no son suficientes para pronosticar que el trazado continuará firme sin que se desvíe o simplemente se disgregue; no obstante, es pertinente preguntarse si no señalan sus primeros tramos. Se refieren a decisiones políticas que atañen a la relación entre la comunidad de ciudadanos y la disponibilidad de tierras en el espacio en que habitan en función del bien común.

II

El primero de los hechos ocurrió en la madrugada del día 29 de octubre de 2020 en un campo de 100 hectáreas, propiedad, según se informó entonces, de una sociedad anónima que lo había dejado en estado de abandono durante cuarenta años. El campo está ubicado en el área de la ciudad de Guernica, partido de Presidente Perón, a 37 km de la ciudad de Buenos Aires. En el mes de julio de ese año, aproximadamente unas 2500 familias, la mayoría con niños y adolescentes, habían ocupado ese predio con la intención de construir allí sus viviendas. Se trataba de apostar por la realización de un barrio autoconstruido ya que la mayoría de los ocupantes eran trabajadores informales y desocupados que habían visto agravada su situación por la pandemia. En efecto, el cierre de la actividad económica y su condición de trabajadores informales los habían afectado particularmente, tanto que no podían pagar el alquiler y, en el mejor de los casos, permanecer en sus viviendas suponía endeudarse.

El gobierno de la provincia de Buenos Aires, encabezado por Axel Kicillof, realizó las intervenciones convencionales de las fuerzas políticas que adhieren a los programas inclusivos heredados de la tradición peronista de sensibilidad social. Se solicitaron prórrogas a la justicia para llevar a cabo el desalojo, y mientras tanto, el Ministerio provincial de Desarrollo de la Comunidad ofreció subsidios para que los pobladores se retiraran. Previamente también efectuó un censo aéreo de la cantidad de predios marcados y de viviendas precarias levantadas. “La mano izquierda del Estado”, como la denomina Pierre Bourdieu, realizó ese tipo de tareas y otras que distintos funcionarios del área social llamaron “de contención”. El gobernador sostuvo incluso durante una conferencia de prensa que detrás de la toma de terrenos había “una necesidad”, y que el gobierno debía dar una respuesta desde el Estado “con programas y planes”.

No obstante, ante la orden de un juez y la resistencia a retirarse de los pobladores, “la mano derecha del Estado” progresista, en este caso encarnada en el Ministerio de Seguridad, efectuó un desalojo con un despliegue de fuerzas que bien puede ser calificado con la expresión usada corrientemente para referirse a hechos espectaculares: de “características cinematográficas”. Fue en horas de la madrugada. A las 4.30 de la mañana se cortó la luz en las calles del lugar, y ya con las luces del día comenzó el ataque contra las alrededor de 1400 o 1500 familias que quedaban en el

lugar. Las fuerzas comandadas por Sergio Berni, el ministro de Seguridad, tenían todos los elementos para derrotar al enemigo: 4000 policías pertrechados con escudos y sus trajes preparados para disolver tumultos de la mayoría de las reparticiones, entre ellos los grupos especiales, como Halcón y la Dirección Unidad Táctica de Operaciones Inmediatas (UTOI); policías de Infantería; 50 motos "bitripuladas"; integrantes del escuadrón antibombas; helicópteros de la policía; ambulancias, médicos y enfermeros. Contando los niños podía haber unas 4000 personas en el lugar, así que se desplegó un policía por persona. Las topadoras destrozaron las casillas. La policía enfrentó con decisión a los más rebeldes y llevó la batalla a las inmediaciones de un barrio aledaño. El helicóptero de la policía albergó por invitación del ministro al camarógrafo y a una periodista del canal TN, del principal grupo mediático argentino (Clarín), para que lograse una vista aérea de la exitosa operación.

La batalla culminó aproximadamente a las dos horas. El resultado fue una clara derrota de los rebeldes: 30 personas detenidas (21 hombres y 9 mujeres), heridos, entre ellos también algunos efectivos de la fuerza pero sin consecuencias graves. El campo de la victoria lucía como estaba previsto en los objetivos que se habían trazado: los restos de las casillas destruidas junto a mantas y ropa embarrada, algunos juguetes de plástico flotaban en un charco, unas hornallas de cocina abolladas y una garrafa de gas pequeña, más otras cosas como utensilios de cocina, se veían esparcidos por el terreno que todavía continuaba barroso por las lluvias anteriores. Una gran nube de humo se elevaba sobre ese campo de 100 hectáreas que había sido imaginado por aquellas personas como un lugar para construir la casa que no podían adquirir ni alquilar. El fiscal a cargo del caso, Juan Cruz Condomí Alcorta, cual jefe de Estado Mayor, miraba a prudente distancia lo actuado por su mariscal de campo y las tropas. Contempló sonriente la escena y la inmortalizó con una *selfie* junto a dos de sus colaboradores.

El segundo hecho es una audiencia pública realizada en la ciudad de Buenos Aires el 28 de noviembre de 2020, que se convirtió en un llamado de atención para la sociedad sobre un proceso continuo y sistemático de privatización de tierras públicas que se viene desarrollando desde hace doce años. Fue la primera de una cantidad de audiencias que debería incluir a 7000 ciudadanos que se habían inscripto motivados por organizaciones y movimientos de la sociedad civil, lo que había generado una atención pública que no era corriente en otras audiencias. El motivo de la audiencia y

de la movilización popular era el proyecto de rezonificación de un área de la Costanera Norte de la ciudad de Buenos Aires, que abarca terrenos de propiedad estatal que suman unas 17 hectáreas, en el caso del predio conocido como Costa Salguero, y otras 14 hectáreas de un predio lindante, separado por la desembocadura del colector del arroyo Maldonado, nombrado como Punta Carrasco. El proyecto, impulsado por Juntos por el Cambio, el oficialismo de la ciudad, había sido votado afirmativamente el 8 de octubre de ese año en la Legislatura, con 37 votos afirmativos contra 23 negativos. La propuesta consistía en la construcción de diez edificios que podrían alcanzar una altura máxima de 29 metros y un espacio público parquizado que llegaría hasta la ribera del río. El Gobierno porteño había recibido la autorización para vender las tierras donde se ubicaría el emprendimiento inmobiliario en diciembre de 2019. La normativa obligaba a convocar un concurso nacional de ideas, que se llevó a cabo entre fines de 2019 y julio de 2020, organizado por la Secretaría de Desarrollo Urbano junto con la Sociedad Central de Arquitectos (SCA) y la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (FADU) de la Universidad de Buenos Aires (UBA), con el auspicio de la Federación Argentina de Entidades de Arquitectos (Fadea). El ganador, entre cien propuestas, fue el proyecto “Parque Salguero”, que apunta a crear un parque público y a urbanizar la franja situada sobre la avenida Costanera Rafael Obligado. El diseño fue presentado por el Estudio Franck-Menichetti.

Lo cierto es que el emprendimiento inmobiliario está destinado a grupos minoritarios de millonarios nacionales o internacionales que podrán pagar el metro cuadro más caro de toda la ciudad de Buenos Aires, cuyo valor oscilaría entre los 10.000 y 12.000 dólares. Así, aunque en el proyecto se prevé una zona nombrada como “parque público”, se convertirá en un área de hecho restringida a la mayoría de la población de la ciudad.

La privatización de tierras y propiedades públicas es una punta de lanza de Juntos por el Cambio tanto desde que se encuentra al frente del gobierno de la ciudad como cuando gobernó el país. Un informe preliminar elaborado por el Observatorio del Derecho a la Ciudad y la Cátedra de Ingeniería Comunitaria de la FADU afirma que entre 2008, primer año de gestión de Mauricio Macri como jefe de Gobierno porteño, y 2019, el último del primer período de su sucesor Horacio Rodríguez Larreta, se privatizaron un total de 473 hectáreas, el equivalente a cuatro veces la superficie urbanizada de Puerto Madero.

De acuerdo con el director del Observatorio, Jonatan Baldiviezo, la privatización de tierras en la ciudad “ha tocado su máximo histórico” en estos cuatro años, lo que terminó de configurar “una fractura espacial de la ciudad” a caballo de la especulación inmobiliaria. “Hay una ciudad ribereña y una ciudad mediterránea”, explica.

> En la ciudad ribereña se venden tierras para la construcción de torres suntuosas con mirada al Río de la Plata, abundan los espacios verdes, se ha desarrollado conectividad vial adecuada a través de autopistas, no hay colapso de servicios públicos y solo podrán gozar de la costanera los que tengan dinero, mientras los barrios populares (villas) son expulsados por el mercado inmobiliario. En cambio, la ciudad mediterránea seguirá creciendo de espaldas al río, con escasez extrema de espacios verdes, en emergencia habitacional y ambiental, con barrios populares que crecen día a día, todos los servicios públicos colapsados y una normativa urbanística que permite la sobreconstrucción.[6]

III

¿Cuál es el significado de cada uno de estos hechos y de qué manera influyen sobre lo que aquí se ha llamado “proceso de probable consolidación de la clase política”? ¿Cuáles son las características que permiten enlazar estas dos iniciativas distintas de las dos asociaciones políticas con más capital electoral de la Argentina? Es verdad que ambas iniciativas consideran a las tierras como un recurso en el que se interviene con políticas públicas. Pero más allá de esta cuestión obvia, parecen presentarse algunos obstáculos para entender el sentido de cada una de las acciones, sobre todo porque ambas fuerzas políticas están invadidas, cínica o resignadamente, por una actitud de extremo pragmatismo. No enarbolan programas que permitan evaluar las acciones que se realizan como parte de una cosmovisión integral que vaya más allá del inmediatismo.

No obstante, aunque no existan programas, ni tampoco propuestas de campaña que refieran a temas conflictivos para el poder económico (en un

caso por afinidad ideológica y en los otros por mesura), lo que sí es posible evaluar son las experiencias de gobierno y cada una de estas fuerzas ha tenido la oportunidad de ejercer el gobierno nacional en tiempos recientes. Y entonces no hay que hacer demasiado esfuerzo para ver las diferencias.

Aunque ambas fuerzas están decididamente marcadas por la cultura de época del capital financiero, cada una tiene miradas diferentes en relación con ella. Juntos por el Cambio está impulsada por la fuerza de la cultura de época que ha debilitado a los estados nacionales y a las viejas instituciones contenedoras de lo social asociadas a formas que remiten al Estado de bienestar, y que ha revalorizado, como núcleo central de esa mirada, la noción de ganadores y perdedores. Quienes conforman esa asociación política son su expresión políticamente exitosa. Por otro lado, el Frente de Todos y, sobre todo, el sector ligado a Cristina Kirchner, es el que en su historia inmediata y en lo que pueda referir a su historia mítica debe tensionar con esta cultura de época. La memoria de los gobiernos kirchneristas y su genealogía vinculada con la experiencia más amplia del primer peronismo lo obligan a proponer irremediablemente políticas inclusivas. No obstante, hay que reconocer, que una forma sublimada en la que aparece la cultura predominante en quienes dicen confrontarla es la aceptación de una manera de pararse frente al mundo que se expresa en la frase de Margaret Thatcher “no hay alternativa”. Como desarrollamos en el capítulo 3, la idea de que se es parte indudable de algo así como una tradición preocupada por la inclusión de los olvidados, pero que su actualización está limitada por relaciones de fuerza adversas, por los límites a lo posible, forma parte del sentido común de gran parte de las asociaciones políticas de distintos lugares del mundo que pueden ser llamadas de centroizquierda. También podrían llamarse “aquellos que quieren (actualizar sus tradiciones), pero no pueden”. Y quizás pueda asignarse esta caracterización a la asociación política que nos ocupa.

Eso da como resultado que se hagan evaluaciones que se podrían explicar con la expresión, también propia de esa tradición, “desensillar hasta que aclare”. Ocurre que como tarda mucho en aclarar, la necesidad de sobrevivencia se convierte en el objetivo primordial. Y allí, entonces, el objetivo con el electorado es, a la par que convencerlo de los límites de lo posible, evitar formas organizativas que promuevan la deliberación porque pueden surgir demandas fuertes que superen aquellos límites. En cambio, la propuesta, no necesariamente hecha de manera explícita pero reforzada por

los hechos, para el elenco de funcionarios y profesionales de la política del propio espacio es la defensa a toda costa de esa dimensión superestructural. Propuesta que se transforma, o debería transformarse, en una sensibilidad común a todos ellos.

No es extraño que, actuando la cultura predominante del aventurerismo del capital financiero, Juntos por el Cambio haga todo lo posible por beneficiar a los grandes grupos empresarios amigos con megaproyectos que dejan de lado al 99% de la población. No es extraño que puedan valerse de los recursos que fueren para vender todas las tierras y los bienes públicos que quedan como patrimonio del Estado de la ciudad. Lo que sí puede aparecer como al menos llamativo es que la oposición peronista en doce años de venta a privados de bienes y tierras públicas no haya convertido esa situación en bandera que le permita seducir al electorado propio en la ciudad para salir del papel de eternos segundos. Muchas de esas ventas se hicieron con la anuencia, o en todo caso, con el modesto voto contrario perdedor, pero sin ninguna intención de agitar a la población. Y allí entonces es que la fuerza de oposición de tradiciones inclusivas va a la cola de iniciativas de organizaciones de arquitectos preocupados por la cuestión urbana, de ambientalistas, de jóvenes, de ciudadanos independientes. Y solo así alguien de esa fuerza se acerca a la causa.

Y es así que, con esos gestos mesurados y elegantes para con el cuerpo de legisladores y el elenco gobernante, la oposición peronista de la ciudad de Buenos Aires adquiere el estatus de clase política. Porque estima que los límites de lo posible son muchos y uno de ellos es que nunca podrán ganar elecciones en la ciudad, entonces se apuesta a sobrevivir como colegas que no obstruyen al ganador. Ellos allí abrieron las puertas de lo ilegítimo, el pacto implícito con los gobernantes que además son la expresión de los grupos de poder, y cerraron la puerta legítima, que es la de plantear los problemas a sus votantes y generar espacios deliberativos para dignificar su condición de representantes.

En lo que hace al primer caso, la situación es todavía más problemática. En principio porque el desalojo de noviembre de 2020 fue una decisión política clara, contundente, pero sobre todo porque la acción fue llevada adelante por Sergio Berni, un personaje que, si bien presenta características singulares, es ministro de Seguridad de la provincia de Buenos Aires, conducida por la fracción más progresista del Frente de Todos. Y no se trata de un aliado incómodo de ese frente, sino que es un cuadro orgánico de esa

asociación política y tiene además relación directa con Cristina Kirchner, la jefa de ese frente. El pragmatismo de la cultura predominante se extiende como una mancha de aceite por distintas instituciones y espacios sociales más allá de su débil pertenencia a una u otra tradición política. Pragmatismo, es verdad, reforzado por otro elemento arrollador de la cultura de época, que es el extremo deterioro de las instituciones republicanas, incluidos los partidos políticos, que en esas condiciones resultan en la generación de situaciones relativamente anómicas, donde seguramente se deteriora toda autoridad que permita inhibir dentro de un espacio político gestos contrarios a su historia. Es ese pragmatismo el que permite cualquier acción, aun aquellas que ofenderían a las tradiciones en términos concretos si estas no estuvieran en extremo deterioradas, aunque se esgrimiera la excusa de que no había otra posibilidad. Claro que esta acción no es el tímido callarse la boca o hablar en voz baja de la oposición peronista de la ciudad de Buenos Aires, sino que tiene dimensiones operísticas. Y la verdad es que no importa cuál sea el motivo puntual por el que esa fracción –la que dentro del propio frente que conforma reivindica una mayor empatía con las poblaciones populares– profirió un castigo a esas poblaciones. Lo cierto es que esos hechos, por su dimensión, se propusieron claramente como ejemplarizadores hacia otras potenciales experiencias similares, aunque habilitaran un problemático sentido simbólico para la cultura política que contiene a quienes los llevaron adelante.

La pregunta de si el desalojo fue un guiño hacia clases medias que fueron votantes de esa fracción, y a sectores bajos integrados que pueden tener miradas descalificadoras hacia sus vecinos no integrados, y la sospecha de que esa decisión fue tomada en función de los resultados surgidos de alguna tecnología de evaluación y manipulación de la opinión pública como las encuestas, puede ser pertinente. Pero el supuesto más productivo tiene que ver con intentar desentrañar el sentido objetivo de estas acciones y sus posibles decodificaciones en el sistema político. Lo que es indudable es que las puertas que se cerraron tienen que ver con la apuesta por atender de manera concreta los problemas de las poblaciones desposeídas. Y esa apuesta forma parte de la cultura del peronismo, y también de la retórica y la práctica de las experiencias kirchneristas. Cerrar esas puertas tiene un valor simbólico que el pragmatismo del presente (y esta es la opción más ingenua) no alcanza a comprender o, en el más racional de los casos,

comprende pero estima que se está actuando sobre tierra arrasada en términos políticos y culturales y que eso habilita gestos que con las tradiciones vitalizadas se vivirían como un oprobio generador de rechazo en los seguidores. Seguidores, por otra parte, que en este marco, como ya he dicho citando a Weber, son pensados como elementos políticamente pasivos. La verdad es que si hubiese un sistema político consolidado, con instituciones fuertes, un gesto como el de la represión a los ocupantes de tierra en Guernica sería visto por las fuerzas poseedoras de un poder político asociado al poder económico como una bandera de aceptación del orden propuesto. Y por supuesto entonces otorgarían a la fuerza, que por su adscripción a la tradición peronista es portadora potencial de elementos disruptivos para el orden de la cultura predominante, una credencial de oro para ingresar a la clase política y desplegarían una alfombra roja en la ceremonia de entrega.

En las condiciones del presente en que la cultura del capital financiero actúa sobre las instituciones de la política cual si fuera una escenografía de cartón; en un momento en el que puede, de acuerdo con las circunstancias, tomar cuerpo el directo aventurerismo con voluntad de “atrapalotodo”, no hay garantías de que esa credencial de clase política sea otorgada o, por lo menos, que otorgue impunidad. La lógica de cerrar las puertas a una simbología cara a la tradición puede habilitar que las puertas que se abren al orden dominante sean las puertas del cielo de sobrevivencia de la superestructura con la promesa de que el juego se jugará en los estrechos límites propuestos por la cultura triunfante. En situaciones de relativa anomia, efectivamente no hay garantías de que ello ocurra.

Insistiendo sobre el supuesto planteado, se podría sostener que, en el caso de la ciudad de Buenos Aires, el ingreso del peronismo a la situación definida como clase política se produjo más bien por omisión, y fue distinto en el hecho relatado de la provincia de Buenos Aires, en el que ese ingreso fue solicitado por el peronismo bonaerense con el sonar de clarines y una escenografía operística. En la ciudad, el estilo de incorporación sostenido en una estética de la mesura y la moderación produjo la creencia sincera en quienes conforman Juntos por el Cambio en CABA –que además están preocupados por un salto a la institución nacional como parte de una carrera de muchos años–, y entonces la clase política efectivamente se conformó. Por su tradición disruptiva, el pedido de ingreso –que es un pedido de ingreso a la clase política nacional– de la fracción que produjo el hecho en

la provincia tuvo que ser sobreactuado, y sus resultados, como se dice coloquialmente para reafirmar la incertidumbre, están por verse.

IV

La política en su sentido más denso puede pensarse, citando a Bourdieu, como luchas por la imposición de principios de visión y división del mundo. Luchas por la definición de lo que es y lo que debe ser la vida en sociedad, por imponer un sistema clasificatorio que propone ordenar al mundo de determinada manera. Es evidente que esas luchas no necesariamente aparecen visibilizadas con claridad para los distintos sectores de la sociedad, porque en las democracias republicanas se delegan en actores e instituciones considerados legítimos para dar esa batalla en tanto en su diversidad expresan al conjunto de la sociedad. Esas instituciones y actores que se mueven en un espacio social relativamente autónomo, cuanto más se autonomizan de sus bases, más permiten la cruda y ya mencionada calificación de Weber entre “elementos políticamente activos”. Estos son los que cuentan con los instrumentos de producción de visiones políticas y que pueden ser, además de los propios agentes de la política profesional, aquellos ligados a los medios de la comunicación, y los consumidores de esas visiones, a los que llama “elementos políticamente pasivos” (Weber, 1999: 1081). Claro que esa relativa autonomía está tensionada de manera explícita y constitutiva –conformando en verdad la legitimidad de ese espacio relativamente autónomo– por los representados que, cuando logran organización fundada en identidad colectiva, pierden ese carácter de elemento pasivo y transforman al representante, en el sentido más fuerte, en portavoz. Así, pueden intervenir más eficazmente en la lucha contra otros agentes del sistema político propiamente dicho y también contra poseedores de instrumentos de producción de visión política.

El otro elemento de tensión siempre presente es el de los grupos con poder económico, pero también con poder cultural que, por supuesto, tienen la voluntad y a veces mayor capacidad para imponer sus demandas o al menos influenciar a los representantes de la ciudadanía en el sistema político. Entonces esas demandas aparecen sublimadas y condicionadas por esa

representación que no solo debe atender a ellas, sino también a la lógica del propio sistema político. En ese marco ideal la tensión que irremediablemente existe no amenaza la autonomía. Pero cuando dentro del sistema político la expresión política de sectores importantes de la población que no tienen poder económico no está fundada en organización e identidad colectiva, y cuando esa construcción tampoco se intenta, esa autonomía relativa directamente se agujerea. Por una doble razón. En principio, porque la fuerza principal que tienen los representantes que levantan banderas inclusivas y que, por lo tanto, se deberían expresar en políticas redistributivas que afecten los intereses de los grupos con poder económico y sus asociados con poder cultural, pierden la única fuerza que puede hacer factible el cumplimiento de ese mandato más o menos implícito, más o menos explícito, con sus votantes. Pero a la vez también, esta autonomía se agujerea porque los sectores con mayor poder económico pueden, entonces, introducir más crudamente sus demandas (y eventualmente sus propios agentes) en el sistema político. No solo a través de sus expresiones legítimas, sino valiéndose de la presión directa, que resulta más efectiva sobre sectores que están en ese sistema político sosteniendo posiciones que, aunque dotadas de la ambigüedad de grandes partidos (además deteriorados), se proponen como diferentes al orden convencional.

Este doble movimiento de pérdida de autonomía se debe entonces a unas puertas ilegítimas que se abren y a otras puertas legítimas que se cierran. El elemento políticamente pasivo, al decir de Weber, se confirma, para esta mirada de clase política, en esa definición. Al no disponer ni existir propuestas de construcción de organización popular fuerte que resulten afianzadoras o refundadoras de identidad, la relación a entablar entre representantes y representados queda librada al agrupamiento de individuos con opinión similar, ya sea en el acto electoral o en algún acto público, y no a colectivos portadores de opinión socialmente construida. Los representantes de estas visiones ligadas a miradas inclusivas, a algún tipo de atenuación del sistema desigual de redistribución económica, dentro del sistema político, quedan así más libres en relación con su electorado y, a la vez, más condicionados a los distintos sectores que cuentan con (o disponen de) instrumentos significativos de producción de visiones políticas y a los poderes económicos y políticos transnacionales.

Ese movimiento de puertas le impediría a ese sector político, cuya identidad deshilachada se sostiene en el acuerdo con sus electores, intentar caminos efectivos que se dirijan básicamente a recuperar y afianzar alguna forma de sociedad relativamente inclusiva; pero, por el contrario, lo convertiría en el fundador de una forma de estabilidad, especialmente ansiada por las fuerzas del statu quo nacional e internacional, que es la conformación de una clase política que desvitalice la relación con sus representados. Una clase política que confíe esa relación a las técnicas de manipulación de la opinión pública y, por supuesto, a los actos electorales. Y en el caso del sector que no forma parte explícita de la cultura predominante, la tarea de hecho es la formación de cuadros pragmáticos capaces de promover algún gesto que permita el recuerdo de que se está allí en nombre de la que ahora es una debilitada tradición; y también, otra central para la sobrevivencia, que es la de militar e imponer el sentido común sobre el estado adverso de las relaciones de fuerza y los límites de lo posible. Disimulando, por supuesto, y no necesariamente como un comportamiento cínico, sino que probablemente llevando a la práctica el sentido común de época, el hecho de que la idea de lo mejor dentro de lo posible en una situación de relaciones de fuerza desfavorable hace de lo posible algo cada vez más estrecho; la actuación de una ética de la responsabilidad, que, sin ideología trascendente, es apenas un recurso elegante de adaptación a las condiciones del statu quo.

Este es, ni más ni menos, el escenario que se dibuja luego de abrir las puertas del cielo de la clase política. Un cielo duro para los conversos que la garantizan, quizás porque siempre contarán con la desconfianza de los que autorizan el ingreso; y porque algunos de ellos, relevantes entre los que autorizan, tampoco se esforzarán en caso de crisis por mantener el estatus de clase política, la sobrevivencia de ese espacio como tal. Porque ni siquiera son demócratas de derecha. Se trata de aventureros del capital financiero asociados a la patria contratista que tienen entonces otros espacios a los que volver. Es un cielo duro para los conversos, además, porque las poblaciones fragmentadas social y culturalmente que sostienen con ilusión una espera debido al militado sentido común de los límites de lo posible pueden hartarse de esa espera permanente, e intentar ellos mismos encontrar, y eventualmente abrir, las puertas de su propio cielo.

[6] “En un solo mandato Rodríguez Larreta vendió más tierras que Macri en dos”, *El Grito del Sur*, 21/11/2019, disponible en <www.elgritodelsur.com.ar/2019/11/inmobiliaria-pro.html>.

5. ¿Cuáles serán las derivas de un Estado sin nación? Notas sobre dos postales

> Oh, mia patria sì bella e perduta!
> **Temistocle Solera**, en “Va, pensiero”, de *Nabucco*, de Giuseppe Verdi

I

El proceso de progresiva extensión de los cambios económicos políticos y culturales producidos por la revolución neoconservadora que, con avances y retrocesos, lleva más de cuatro décadas ha afectado centralmente al Estado. La intención de este capítulo es formular algunos interrogantes sobre los alcances de esos cambios y específicamente atender, en el caso de los estados periféricos, a los cambios en el orden simbólico y en la construcción de identidades colectivas, dos procesos que fueron imprescindibles para la constitución de los estados nación modernos.

Porque esta visión del mundo predominante actúa produciendo significativas reconfiguraciones sobre la idea de Estado moderno tal como aparece descrita en Max Weber.

> Lo que actualmente estimamos como funciones básicas del Estado –el establecimiento del derecho (función legislativa), la protección de la seguridad personal y el orden público (policía), la defensa de los derechos adquiridos (justicia), el cuidado de los intereses higiénicos, pedagógicos, políticos-sociales (las diferentes ramas de la administración) y especialmente la enérgica protección organizada dirigida hacia afuera (régimen militar)–, todas estas

> cosas no han existido antes en absoluto o no han existido en forma de disposiciones racionales (Weber, 1999: 664).

Este es el Estado que se debilita o se reconfigura. Este Estado que, para decirlo en términos de Bourdieu, es el sector del campo de poder que puede identificarse como campo de la función pública y que, por ello, en tanto objeto analítico se piensa como un espacio en el que intervienen fuerzas que luchan por definir prerrogativas y prioridades y en particular por deslindar qué son los "problemas sociales", cuáles merecen atención y cómo deben ser tratados (Bourdieu, 2015; Wacquant, 2012). Este Estado es el que, para completar la definición weberiana, posee el monopolio de la violencia física legítima, pero también (y es una rectificación hecha por Bourdieu) el monopolio de la violencia simbólica legítima. Y este es un aspecto fundamental en la definición, porque, según este autor, "el monopolio de la violencia simbólica es la condición de la posesión del ejercicio de la propia violencia física". Este será un componente central del sistema de dominación, ya que los "sistemas simbólicos" cumplen su función de

> instrumentos de imposición de legitimación de la dominación que contribuyen a asegurar la dominación de una clase sobre otra (violencia simbólica) aportando el refuerzo de su propia fuerza a las relaciones de fuerza que las fundan, y contribuyendo así, según la expresión de Weber, a la "domesticación de los dominados" (Bourdieu, 2000).

Lo cierto es que para las visiones del mundo que apuestan por la realización de la utopía neoliberal, y que han alcanzado un predominio cultural extraordinario, no hay otra libertad que no sea la libertad económica, que es en lo concreto la libre circulación sin barreras de las corporaciones, y no consideran legítimas otras instituciones que no sean las del mercado globalizado. Y estas son banderas, pero también proyectos concretos, que en América Latina, favorecidas por algunas históricas debilidades institucionales y por el crecimiento electoral de las derechas, se llevan adelante atropellando sin inhibiciones obstáculos que pueden ser hasta los mismos gobiernos democráticos, y en el caso de que los gobiernos sean aliados, alentando feroces represiones a las protestas que confrontan –quizás sin grandes banderas políticas, pero sí desde un sentido práctico–

contra la visión del gasto público como una carga. Pero, además, su actuación agresiva sobre el conjunto de la institucionalidad pública genera consecuencias más graves que el atemperamiento de formas que actualicen tradiciones inclusivas. Sobre todo, porque para estas visiones del mundo gran parte de la misma identidad del Estado moderno como repositorio de todos los valores universales asociados con la idea del reino de lo público se convierte en un enemigo al que se debe destruir (Bourdieu, 2015).

Uno de los elementos centrales que, si no directamente destruye, por lo menos deteriora, son, como señalamos, las identidades colectivas, los órdenes simbólicos que permitían a las distintas poblaciones de un mismo territorio reconocerse como parte de un algo en común y, por supuesto, también disputar por el sentido de ese algo en común. Esa identidad colectiva, ese orden simbólico que fue la nación se constituyó en un elemento central del sistema de dominación, y por decirlo así, habilitó el funcionamiento del Estado. En este contexto es que es pertinente preguntarse, para decirlo simplificadamente, si es posible un Estado sin nación. Este capítulo propone, más que respuestas, argumentos sobre la relevancia de esta pregunta recurriendo para ello a dos situaciones históricas bien diferentes en las que hubo ausencia o debilidad de ese orden simbólico. Dichos argumentos se sostienen en dos postales que expresan de manera condensada esos momentos distintos.

II. Primera postal

La escena transcurre en un lugar de la provincia de Córdoba, en 1865, y está narrada en el libro *Entre nos. Causeries del jueves*, de Lucio V. Mansilla (Mansilla, 1964). En una galera en viaje desde Mendoza junto con otros tres pasajeros iba Lucio V. Mansilla, quien cinco años después escribiría, en el diario *La Tribuna*, *Una excursión a los indios ranqueles*. Amigo de Dominguito Sarmiento, sobrino de Rosas, hijo del general Mansilla (oficial de San Martín en las campañas libertadoras y héroe de la Vuelta de Obligado), encarna claramente lo que es parte sustantiva de una tradición en construcción. Mansilla cuenta que cuando la galera se detuvo en el Río IV, el general Emilio Mitre les dio la noticia de “la primera agresión de López”[7] y que eso había generado en los pasajeros una

impaciencia febril por llegar a Córdoba para así obtener más noticias. Cuando la galera paró en una posta del Molle, Mansilla le preguntó al viejo dueño de casa qué noticias tenía.

> –Ningunas –me contestó.
> –Pero, hombre –agregué asombrado–, ¿no sabe usted que los paraguayos han invadido la provincia de Corrientes con cuarenta mil hombres, que nos han apresado unos vapores, que han robado, incendiado y cautivado muchas familias?
> Por toda contestación exclamó, con la tonada consabida:
> –¡Lo bueno que por aquí no han de llegar!

Mansilla culmina así el relato con comprensión paternal y alarma:

> ¡Qué consoladora ingenuidad! ¡Pero qué bien pinta el estado moral de un país!

El hombre que respondía probablemente había militado en alguna fuerza provincial y podía sentirse cordobés, o acaso su identidad fuerte era la de ser federal y hombre de un caudillo menor. No entendía demasiado por qué debía alarmarse por lo que estaba pasando en Corrientes. Allí eran otros los gobernadores y otros los caudillos, ese no era su territorio. La debilidad moral, como sugiere Mansilla, era la de un país en constitución que no había creado lazos simbólicos fuertes entre un puestero del Molle y el seguidor de un caudillo catamarqueño, entrerriano o correntino; no la de ese hombre que tenía su propia moral y bien sustentada. El viejo podía haber sido hombre de compromisos con una causa y probablemente sabía emocionarse cuando un gesto, un olor o una sensación lo remitían a algunos de los hechos intensos que habían tenido que ver con su implicación. En sus recuerdos probablemente estuvieran Manuel López en la lucha con los Reynafé y, a través de él, la memoria de Facundo. También quizás algunas de las acciones que habían sido parte de la campaña de San Martín. Pero, aunque no había pasado mucho tiempo, esos sucedidos escuchados en una ranchada de la boca de un viejo soldado tenían el encanto de la épica guerrera, pero desempeñaban un papel menor en cuanto a la posibilidad de conformar un relato canónico que incluyese a la totalidad de una nación. Y

algo de eso ocurría también con el 25 de Mayo, que podía acercarse a lo mítico trascendente, aunque todavía no resultaba claro con quiénes se compartía esa celebración, en qué colectivo social debía incluirse el festejo mentado como “el nacimiento de la independencia”.

Ninguna idea de nación encarnaba, hasta aquel momento, la fortaleza cultural (que en realidad de a poco se iba apagando) de, por ejemplo, saberse y ser reconocido como federal. El viejo todavía no podía percibirse enteramente como argentino. Aun cuando ya se había promulgado una constitución, todavía no existían con fuerza instituciones estatales desparramadas por todo el territorio que produjeran o eventualmente reforzaran la sensibilidad de sentirse parte de un algo en común, de pertenecer a una comunidad. Se podría decir que en ese momento existía un Estado que había elaborado la ley fundamental, pero una porción importante de los que habitaban ese territorio, aun compartiendo una lengua claramente predominante aunque no la única, no se reconocían como parte de un orden simbólico común. Había un Estado, pero todavía no se había conformado la nación.

Esa guerra que el puestero del Molle consideraba un hecho extraño sería resistida individualmente, por empatía cultural con los atacados, por algunos grupos sin organicidad política, provocando deserciones y amotinamientos en las filas de lo que se llamaba la Guardia Nacional. En grupos con una clara definición política, ligados al Partido Federal, generaba acciones concretas, rebeliones a la autoridad del Estado como la llamada “Revolución de los Colorados”, que se desató a fines de 1866 en las provincias de Mendoza, San Juan, San Luis, La Rioja y Catamarca, y que estuvo a punto de extenderse a otras provincias. En esa rebelión participaron varios caudillos provinciales como los hermanos Saá en San Luis, Carlos Rodríguez y Juan de Dios Videla, de Mendoza, y Felipe Varela con relación histórica con las provincias de La Rioja y Catamarca. La rebelión terminó con la derrota de los alzados, aunque Varela continuó su resistencia unos años más en el norte hasta que debió exiliarse en Chile, donde murió en 1870 (Garavaglia, Pro Ruiz y Zimmerman, 2012). El gobierno del presidente Mitre tenía para esos años tres frentes de guerra. El de la Guerra del Paraguay y dos guerras internas: la citada Revolución de los Colorados y las fuerzas heterogéneas acaudilladas por el cacique Calfucurá en el sur. En ese contexto, en 1866 se produjo una reforma de la Constitución dirigida básicamente a establecer impuestos a las

exportaciones conocidos como retenciones, y se remarcaba que la facultad de establecerlos le correspondía exclusivamente al Congreso de la Nación. El naciente Estado reforzaba su poder de aduanas.

Es posible sostener que la resistida Guerra del Paraguay produjo efectos que contribuyeron al reforzamiento del Estado. En principio, a costos altísimos, modernizó y profesionalizó un ejército nacional. Fracciones de ese ejército con recursos modernos y experiencia de combate fueron las que derrotaron a los caudillos federales. Además, las jóvenes generaciones de la élite unitaria vieron en la guerra la posibilidad de continuar una tradición bien cercana percibida como honorable, que era la que valoraba desempeñarse en un ejército y en combates concretos del mismo modo que lo habían hecho sus padres. El citado Lucio V. Mansilla participó en esa guerra y en sus brazos murió el hijo de Domingo Faustino Sarmiento. Julio Argentino Roca, quien sería presidente de la República y encabezaría la guerra contra Calfucurá, peleó en el frente paraguayo donde murieron su padre y dos hermanos. En la batalla de Curupaytí se reafirmó como soldado y obtuvo el grado de coronel. Sin lugar a dudas, entonces, esa experiencia consolidó una herramienta crucial para el establecimiento del Estado moderno, una fuerza que le posibilitase efectivamente disponer del monopolio de la violencia legítima. Pero también la implicación de las jóvenes generaciones de las élites porteñas y provinciales en esa guerra trágica creaba una sensibilidad que conformaría, junto con otros elementos político-culturales, un entramado. Este haría surgir una clase que formaría parte de la generación del ochenta, la que se propondría como clase dirigente nacional y podría ser reconocida en tal carácter.

Se consolidaban instituciones del Estado, se armaba una sensibilidad común en los jóvenes que formarían la generación del ochenta, pero no existía todavía esa sensibilidad común entre los habitantes de las distintas provincias, entre los simpatizantes y seguidores de distintos caudillos. La tarea de construir la nación quedaría en manos de dos grandes proyectos homogeneizadores de la población. El primero: la implementación de un gran proyecto educativo que podría tener como momento fundante la creación de la Escuela Normal de Paraná, la primera de una serie de instituciones educativas que se crearon en cada capital de provincia y en diferentes ciudades del país destinadas a formar maestros. La consolidación de ese proyecto fue la promulgación en 1884 de la Ley 1420 de educación común, gratuita y obligatoria. A partir de esa ley se continuó con la

construcción de escuelas y colegios normales, y en treinta años se duplicó el número de alumnos. El otro proyecto nacionalizador fue el servicio militar obligatorio, implementado por una ley nacional en 1901. El proyecto lo había presentado el ministro de Guerra teniente general Pablo Riccheri, y allí confluían propósitos higienistas, educativos y, evidentemente, aquellos que perseguían fomentar el patriotismo en los hombres provenientes de distintos sectores sociales, muchos de ellos primera generación de argentinos. Tanto el proyecto educativo público como el servicio militar obligatorio tenían el recurso fundamental de la nueva historiografía argentina que habían iniciado Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre y que se consolidaría como una disciplina de vital importancia para el proyecto de nacionalización.

El otro aporte significativo que va de la mano con el proyecto de nacionalización de la población del Estado argentino no surgirá de políticas públicas, sino de un hecho producido por el recién nacido campo cultural argentino. Leopoldo Lugones es el primer escritor moderno, es decir, un profesional que se dedica a escribir poemas y novelas; no es un político que escribe, o un militar que escribe. Es un escritor, que no casualmente será llamado “el escritor nacional”. No solo porque sus versos celebran el nacimiento de la nueva Argentina próspera y novelan a un héroe de la independencia que expresa una singularidad nacional, sino porque producirá una reflexión que se convertirá en un verdadero acto de invención simbólica, de construcción de un mito nacional popular, a través de la canonización del folleto gauchesco *Martín Fierro* escrito por el simpatizante federal José Hernández. Estas reflexiones quedan escritas en el libro *El payador* (Lugones, 1972), pero se realizan como un verdadero acto ritual en una serie de seis conferencias que Lugones dictó en 1913 en el Teatro Odeón y a la que asistieron gran parte de los miembros de la élite política y de la naciente élite cultural. Lugones presiente que el fortísimo sistema educativo y la experiencia del servicio militar obligatorio quizás sean insuficientes para construir un orden simbólico fuerte, un espíritu nacional que posibilite homogeneizar el mundo de una babélica heterogeneidad cultural que se evidenciaba con fuerza en las grandes ciudades de la Argentina de principio de siglo con la llegada de la inmigración europea. Es imprescindible que una nación para ser tal tenga su Homero, dice Lugones, y encuentra en ese folleto con el que se relacionaba

la población rural con tanta intensidad una materia prima poderosa para construir la obra nacional, porque empatizaba con la sensibilidad popular.

III. Segunda postal

En 2009, la artista visual Nuna Mangiante realizó una muestra llamada “Corralito” en la galería Zavaleta Lab de la ciudad de Buenos Aires, y también allí presentó un libro con el mismo nombre, que reproducía alguna de las obras de la muestra acompañadas de textos de distintos autores, incluida la artista (Mangiante, 2009). Tanto la muestra como el libro contaron con la producción de León Ferrari. Las obras de Nuna Mangiante eran fotografías intervenidas con grafito por la artista de los edificios bancarios de la zona de la ciudad de Buenos Aires conocida como la City porteña, tomadas en el verano de 2002. Mostraban los imponentes edificios de grandes bancos que tenían valladas, tapadas, sus entradas para protegerlas de la indignación de los ahorristas que en aquellos meses habían llegado allí en estado de desesperación, porque, debido a una medida del gobierno de entonces, conocida previamente por los grandes inversores que pudieron fugar sus fondos, no podían retirar sus ahorros.[8]

Los que protestaban indignados eran pequeños y medianos ahorristas. Los sobrevivientes integrados de una sociedad que había vivido conflictivamente un poderoso proceso de movilidad social ascendente desde fines del siglo XIX y hasta los primeros años setenta. Hacía ya un par de generaciones que no necesitaban reafirmar su condición de argentinos, y un elemento muy potente que sostenía esa identidad común era el de sentirse parte de una sociedad que posibilitaba el progreso, si se quiere, el mejoramiento de las condiciones de vida creciente intra- e intergeneracional. Los vericuetos de la sociedad argentina hacían que la confianza que estos sectores dispensaban a algunas instituciones, como la justicia o la policía, no fuera ciega ni mucho menos. Tampoco el sistema político, que en medio de golpes militares y proscripciones tenía momentos cortos de expresión, podía ser pensado muy seriamente, aunque existían adhesiones fuertes a dos grandes partidos nacionales. La educación y quizás también la salud pública recibían el respeto de la mayoría de la población. Las fuerzas armadas o, para ser más específicos, un sector de las fuerzas

armadas, habían cometido un hecho que tempranamente podía haber sido un indicador de quiebre con la moral que los reconocía como parte de un todo: el bombardeo a la población civil del 16 de junio de 1955, en un intento de derrocar al entonces presidente Juan Domingo Perón. Pero la lógica de la disputa peronismo-antiperonismo cobijó ese hecho inmoral en los brazos de amplios sectores medios que veían en el furioso antiperonismo una manera de reafirmar su condición integrada.

Los que protestaban ante los bancos en 2002 portaban esa memoria, y habían mantenido su ilusión de integración en medio de mares agitados. Ellos habían atravesado el inicio del proceso de reconfiguración del Estado bajo la visión neoliberal impuesta a sangre y fuego desde los años 1970, cuando el Estado cometió extraordinarios actos de ilegalidad: la creación de campos de concentración clandestinos, los secuestros y las torturas de los revolucionarios civiles y la apropiación y el cambio de identidad de sus hijos. La sociedad integrada comenzaba a deshilacharse a partir de esa oscura experiencia, pero el grado de integración había sido tan poderoso y se había mantenido con idas y vueltas por tantos años que los cambios encontraban resistencias y no se podían implementar de manera brutal. Fue la década del noventa la que reestructuró, en sintonía con la cultura del capital financiero y sin ambigüedades, el Estado argentino. Y fue dejando enteras franjas de poblaciones afuera del mercado de trabajo o en precarios trabajos informales. Pero es cierto que la ilusión de integración pareció revivir en una porción de la población de sectores medios que pudo disfrutar por unos años la paridad peso argentino-dólar. Esos sectores medios integrados trataban de mantener su condición atendiendo solo a su situación particular o, si se quiere, a cualquier signo que les permitiese reconocer que no estaban afuera del mapa social y económico.

En 2001 muchos de esos ahorristas habían sufrido una situación que decididamente era anómica. La adopción del plan de convertibilidad en 1991 había resultado en la restricción de una capacidad estatal básica, la emisión monetaria. Esta debilidad quedó manifiesta cuando, a mediados de 2001, el Estado no pudo garantizar el circulante en moneda nacional y habilitó la emisión de bonos provinciales, que se pusieron en circulación en diversas jurisdicciones hasta alcanzar una magnitud considerable. En efecto, a principios de 2003 existían en la Argentina 16 monedas provinciales diferentes, que en total representaban casi el 50% de circulante (Obradovich, 2006).[9]

Los ahorristas que dejaron las marcas en los vallados de los bancos como el indicador trágico de la desesperación de esos sectores medios en la obra de Nuna Mangiante venían de esa experiencia que había afectado la posibilidad de implementar algún tipo de racionalidad en la vida cotidiana. Sin embargo, la memoria de integración se sobreponía a esas situaciones y al abandono de opciones políticas que les permitiese imaginar una solución colectiva. Eran creyentes, querían creer, y por eso la desesperación manifestada frente a esos templos imponentes del mundo financiero. Porque pese a esas experiencias inmediatas, los bancos aparecían como un lugar de confianza.

En las obras de Nuna Mangiante no está directamente mostrada la muchedumbre indignada ni tampoco los banqueros, no hay seres humanos. Son imágenes de edificios imponentes, monumentales, cercados con vallas de metal, intervenidos además con zonas geométricas grafitadas: metal, cemento, grafito; predominio entonces de grises, negros y algún dorado. Siempre las instituciones bancarias expresan arquitectónicamente su centralidad en la sociedad, su poder, en la manera en que despliegan sus edificios por la ciudad. En las grandes ciudades hay zonas enteras pobladas por estos edificios monumentales. Son un símbolo magnífico del sistema imperante de relaciones económicas. Es la institución, aparte de las agencias policiales y de seguridad y de las cárceles, en la que la demostración de fuerza disuasiva es más evidente: guardias armados, muros y portones imponentes, sofisticados sistemas de vigilancia y alarma. En las obras, esas referencias se transforman en verdaderas fortalezas. En una de ellas, la esquina monumental con una gran puerta de hierro, coronado por tres escudos de cemento, con la intervención de grafito que acentúa esa punta, puede verse casi como una máquina de guerra. Las fortalezas preparadas para defenderse ante quienes, quebrando la legalidad mediante el despliegue de destrezas o el uso de la pura fuerza, se apropien del bien custodiado tienen en estas imágenes un plus: las vallas de metal que las protegen de estos nuevos atacantes que son ciudadanos convencionales, habitualmente respetuosos de la ley, clientes depositantes, bases sociales activas de ese sistema de dominación. Ellos no están en las obras, solo las marcas de su ira: el metal abollado y la presencia distraída del grafiti casi borrado sobre una columna de cemento que dibuja la palabra “chorros” en una letra apurada de aerosol.

Los que perdieron la compostura son aquellos que no están acostumbrados a perderla, sobre todo frente a autoridades tan imponentes como un banco, y menos a hacerlo en grupo como los manifestantes que el año anterior habían poblado plazas, calles y rutas de la Argentina. ¿Qué había pasado para que una señora de clase media habitualmente mesurada golpease enloquecidamente las vallas que protegían la entrada del banco con un martillo mientras gritaba todo tipo de insultos? ¿Qué había pasado para que el expropietario de un comercio mediano, vestido, de acuerdo con los patrones convencionales para un adulto mayor de una manera correcta, con ropas de buena calidad y colores austeros, actuara como un desaforado sin importarle las cámaras de los noticieros que lo enfocaban? Las obras tienen potencia política. Porque presentan en soledad esos templos que imponen cotidianamente su relación de autoridad sobre esos sectores que se saben obedientes a sus reglas y que han dejado sus marcas allí, porque no fueron ellos, los obedientes, los que quebraron las reglas. La obra posee potencia política porque muestra sin ambigüedad la fortaleza arbitraria de los poderosos y, en ausencia, la desolación de los buenos ciudadanos. Tiene potencia política porque no traza una simple continuidad histórica con otras luchas, porque no existe esa continuidad; ni tampoco diseña el germen de un futuro camino que estaría ya trazado, porque no lo está. Porque es la lucha no de un grupo, de algún colectivo, por más ambiguo que este fuere. Es la protesta de los individuos, de estos individuos que son creyentes en tanto individuos, y por ello la estafa del Estado y los bancos los deja en la desolación. Estas obras con contundencia, casi con agresividad, dicen, o parecen querer decir algo, sobre la opresión descarnada, la impotencia y por qué no también sobre el desconcierto de quienes constituyen una base subordinada privilegiada de ese nuevo orden. Esa base subordinada privilegiada incorporaba en ese ritual vivido como trágico un saber para los nuevos tiempos: la idea de que en el darwinismo social parece no haber reglas sagradas para los exitosos que no sean las que posibilitan su éxito. Es decir, en esa lucha que deja ganadores y perdedores no hay reglas universales. O mejor, no hay reglas universales excepto aquella que dice que el mundo es de los ganadores.

Quizás el orden simbólico que integra este sistema de dominación que se inaugura míticamente en estos hechos, pero forma parte de un proceso anterior que generó y genera resistencias, no precise que la mayoría de la población pueda sentirse parte de algo en común que no sea una desigual

línea de partida en una carrera destinada a que se salven los mejores. Quizás el trabajo con las expectativas efímeras en una relación intensa generada entre una sociedad fragmentada y los medios de comunicación, y la relativa y coyuntural satisfacción de esas expectativas fragmentadas, sea parte de la rutina de ese orden que ya no precisa de la idea de nación.

IV

¿Es posible entonces que un Estado con un sistema democrático en una sociedad con una gran experiencia de integración como la Argentina pueda sostenerse con puras estrategias punitivas y filantrópicas dirigidas a los que quedan fuera del mapa? ¿Y que la noción de responsabilidad individual en la lucha de todos contra todos para que se reconozcan derechos sea el lazo simbólico que proporcione legitimidad al Estado? ¿Es posible que este elemento simbólico que produce acuerdos pero no genera colectivos sociales adherentes pueda constituirse en legitimador del orden? ¿Es posible que exista el Estado sin nación? Pero ya no el Estado sin nación como el de 1865, ejemplificado en la primera postal, que es acompañado por fortísimos procesos generadores de conflictos y de nuevas opresiones, en los que se apuesta por la construcción de un proyecto de nación, sino el Estado sin nación de la segunda postal, el que destruye progresivamente y de diversas maneras las posibilidades de construcción de lazo social en distintos sectores sociales.

Ni los cuadros medios internacionalizados ligados a las corporaciones, que no aspiran a formar parte de una élite administrativa nacional, ni las clases trabajadoras fragmentadas que se reconocen en el mejor de los casos como sector pero ya no como clase, encuentran motivaciones fuertes para sentirse parte de ese todo debilitado simbólicamente que alguna vez se llamó nación.

Y estas preguntas no surgen solamente en el inicio de la segunda década del siglo XXI desde un país periférico. En 1991, apenas caído el muro de Berlín, un economista y sociólogo norteamericano, Robert Reich, quien luego sería secretario de Trabajo de Bill Clinton, escribió un libro que llamó *El trabajo de las naciones. Hacia el capitalismo del siglo XXI* (Reich, 1991). Reich celebraba allí la llegada del nuevo mundo de la globalización,

el de la ruptura de hecho de las fronteras nacionales para el mundo de la economía y significativamente para los cuadros técnicos culturales del nuevo orden mundial que llamó analistas simbólicos (agentes sociales sin nacionalidad dedicados a la resolución de problemas con distintos saberes aplicados al mundo corporativo empresarial). Pero también advertía sobre algunos de los problemas que podrían surgir de este nuevo orden, con una sensibilidad analítica que podía ejercer no más allá de los límites de su condición de funcionario de una potencia imperial. Uno de esos problemas, al que atiende particularmente, es la cuestión nacional.

Decía Reich:

> Las naciones se han convertido en "regiones" de una economía mundial; sus ciudadanos, en trabajadores de un mercado internacional. Las compañías nacionales se están transformando en redes mundiales, cuyas actividades de producción estandarizada (de alto volumen) se emprenden en cualquier parte del mundo donde la mano de obra sea más barata, mientras sus actividades más rentables se llevan a cabo en aquellos lugares donde el personal capacitado y talentoso pueda conceptualizar mejor los nuevos problemas y sus soluciones. Bajo tales circunstancias, el sacrificio y las restricciones económicas que se impongan dentro de los límites de una nación es menos probable que alcancen a todos como sucedía en una economía más cerrada (Reich, 1991: 294).

Y entonces concluía:

> El problema reside en si la conciencia ciudadana es suficientemente fuerte para contrarrestar las fuerzas centrífugas de la economía mundial. A pesar de eso, ¿hay suficiente lealtad para hacer sacrificios –cumplir con los deberes cívicos genuinos– sin el objetivo del interés propio?

Reich abordaba el problema de la "lealtad nacional" y en su lenguaje sostenía que en algunos países donde ese concepto era más fuerte este vínculo resultaba suficientemente poderoso

> para motivar a los ganadores a seguir ayudando a los perdedores. El principio nacionalista de “estamos todos juntos en esto” que caracteriza a esos pueblos se fundamenta no solo en el “interés propio bien entendido”, sino además en un arraigado sentido de las herencias compartidas y del destino nacional (Reich, 1991: 295).

Reich se pregunta si se debería alentar esos sentimientos en los Estados Unidos, y por supuesto argumenta sobre los peligros del nacionalismo que, como miembro del mundo académico liberal progresista de su país, sabe que debe enunciar y con fuerza. No obstante, ve en la desnacionalización un problema y hace propuestas para encontrar un nacionalismo positivo que acá no interesa analizar, porque lo significativo es el reconocimiento del problema.[10] La relevancia del problema hace que irremediablemente la pregunta sobre las características de este Estado conformado o a conformarse bajo el predominio de la cultura del capital financiero sea significativa.

Y para dar cuenta de las características específicas de ese Estado, Loic Wacquant se vale en un trabajo de 2012 de una metáfora que resulta muy pertinente. Lo llama “Estado centauro”, porque

> muestra rostros opuestos en los dos extremos de la estructura de clases: es edificante y “liberador” en la parte superior, donde actúa para aprovechar los recursos y ampliar las opciones de vida de los poseedores de capital económico y cultural, pero es castigador y restrictivo en el fondo, cuando se trata de gestionar las poblaciones desestabilizadas por la profundización de la desigualdad y la difusión de la inseguridad laboral y la ansiedad étnica. El neoliberalismo realmente existente ensalza el *laissez faire et laissez passer* para el dominante, pero resulta ser paternalista e intrusivo para el subalterno, y especialmente para el precariado urbano cuyos parámetros de vida restringe a través de la malla combinada de supervisión del sistema laboral y el control judicial (Wacquant, 2012).

Para Wacquant, este Estado está lejos de ser un Estado minimalista:

> regula activamente –en vez de “desregular”– la economía a favor de las corporaciones y se involucra en extensos procesos “correctivos” y medidas “constructivas” para apoyar y ampliar los mercados y para lograr el disciplinamiento del mundo del trabajo (Wacquant, 2012).

La reingeniería neoliberal, dice, está sostenida en cuatro lógicas institucionales:

1. la que considera al mercado o mecanismos similares al mercado como medios universalmente óptimos para asignar recursos y recompensas;
2. la de la política social disciplinaria, que es una asistencia condicionada a la sumisión a un empleo flexible y conlleva mandatos de comportamiento específicos;
3. la de la política penal expansiva, dirigida a frenar los desórdenes difundiendo la inseguridad social en las zonas urbanas impactadas por el trabajo flexible; y
4. el tropo de la responsabilidad individual como discurso motivador y pegamento cultural que une estos diversos componentes de la actividad estatal (Wacquant, 2012).

Si el orden de lo simbólico es fundamental en la estabilización de un sistema de dominación, el tropo de la responsabilidad individual es central para esta cultura del capital financiero construida como proyecto político internacional y puede actuar como aglutinante cultural tanto de los diversos componentes de la actividad estatal como de la entera sociedad. Ahora bien, claro que para la construcción de un proyecto político es posible valerse de la noción de individuos librados a sí mismos, que reniegan de cualquier tipo de intromisión que no sea la que garantiza su seguridad personal y les brinda servicios elementales, tanto como de la noción de individuos en una competencia por la maximización del lucro individual, o de la de la lucha por la vida en la que legítimamente hay ganadores y perdedores, o de la idea de los seres humanos hechos a sí mismos. Pero, para no ser un elemento disgregador, necesita estar anclada en algún mito colectivo que

permita a los individuos sujetos a la autoridad de ese Estado seguir creyendo en él, sentirse parte de algo en común.

No es que no sea posible. Los Estados Unidos tienen un núcleo cultural individualista expresado de múltiples maneras que funciona como constructor de lazo social, de colectividad, en tanto elemento simbólico trascendente. Desde los pioneros, la conquista del Oeste, el individualismo puritano de Henry David Thoreau y la poesía de Walt Whitman, hasta el héroe de Hollywood que lucha por la libertad y es producido como bien de consumo masivo, son todos elementos de una realidad simbólica socialmente construida que se expresa en una identidad colectiva que se nombra como nación. Se trata de que exista algún tipo de identidad colectiva. La construcción nacional de los estados nación modernos, dice Bauman,

> se llevó a término teniendo en el patriotismo –una disposición inducida (enseñada/aprendida) a sacrificar los intereses individuales en aras de los intereses compartidos con otros individuos dispuestos a hacer lo mismo– su materia prima principal (Bauman, 2010: 219).

Esa identidad colectiva, se la nombre como se la nombre, que posibilita que los individuos compartan elementos que los hagan sentir parte de un algo en común, es fundamental para la existencia del Estado. Porque, como dice Bourdieu, “el Estado es una ilusión bien fundada, ese lugar que existe esencialmente porque creemos que existe”. Es una “realidad ilusoria, pero colectivamente validada por el consenso”. Y entonces resulta válido preguntarse si es posible la existencia de un Estado sin nación.

Por supuesto que, aun en ese contexto, podrá disciplinarse a las distintas franjas de sectores de las clases subalternas con las nociones de éxito y fracaso entendidos como resultados puramente individuales, con las expectativas de consumo como un sentido de pertenencia, con la profundización de la fragmentación producto del crecimiento del sector informal del mercado de trabajo y el desempleo. Pero el Estado de un país periférico no tiene la misma capacidad que un Estado imperial de desplegar violencia disuasiva y efectiva, y también violencia simbólica implementada gracias a los recursos de una poderosa industria cultural que puede generar la ilusión de que se forma parte de una comunidad de valores.

Sobre todo, cuando estas visiones predominantes –para el mundo periférico– cuestionan la misma tradicional idea de soberanía definiéndola como un obstáculo para integrarse a la nueva economía mundial, y entonces resquebrajan uno de los pilares del orden simbólico que permitía el reconocimiento de la población de ese país como parte de un colectivo con algunos elementos culturales fuertes en común, y entonces capaces de implementar proyectos en autonomía. La pregunta más específica, al fin, es cómo puede sobrevivir el Estado de un país periférico como la Argentina con el deterioro de ese orden simbólico que actúa como lazo de esa población heterogénea y que pudo ser llamado nación. O en todo caso, si la combinación de políticas punitivas y filantrópicas, de estrategias publicitarias difundiendo el ideal de ganadores y perdedores, junto con el disciplinamiento de la clase política que se asienta en la continuación de la reestructuración regresiva de la legislación laboral, y la profundización de la fragmentación socioeconómica y cultural resultan exitosas, ¿cuáles serán las derivas de este Estado sin nación?

---

[7] Mansilla se refiere a los hechos ocurridos el 13 de abril de 1865, cuando un grupo de buques paraguayos atacó a dos vapores argentinos e invadió la ciudad de Corrientes. El gobierno del mariscal Francisco Solano López respondió así a la negativa del gobierno argentino, presidido por Bartolomé Mitre, de que sus tropas pasaran por Corrientes para apoyar al Partido Blanco uruguayo en el poder, amenazado por la invasión de los colorados de Venancio Flores. Pero, sobre todo, la acción se relaciona fuertemente con lo que López evaluó como la concreta alteración de lo que llamaba el equilibrio del Plata tras el derrocamiento de las fuerzas del Partido Blanco, que finalmente en febrero tomaron Montevideo con ayuda brasileña y argentina. Para más información, véase Baratta (2019).

[8] Se trataba concretamente de una serie de medidas dictadas por el gobierno nacional entre diciembre y febrero de 2002, por las cuales se restringía el acceso al efectivo depositado en las cuentas bancarias (el denominado “corralito”), se diferían los vencimientos de los plazos fijos (el “corralón”) y se pesificaban todos los depósitos bancarios nominados en dólares a un tipo de cambio inferior al del mercado (la “pesificación”) (Luzzi, 2008).

[9] Un muy buen trabajo de sociología analiza el desconcierto de las personas en una provincia como Entre Ríos, en la que convivían tres bonos provinciales distintos. Ese trabajo recordaba, pensando en el Weber del Estado moderno, que un territorio nacional que combina “la existencia de 16 cuasi monedas diferentes con una disminución de la circulación en moneda nacional refleja una crisis estatal de enorme magnitud” (Obradovich, 2006).

[10] El reconocimiento del problema es tan fuerte que en el epígrafe de su libro el demócrata Reich cita la frase del republicano Calvin Coolidge, trigésimo presidente de los Estados Unidos: “El patriotismo es fácil de entender… Significa ocuparse de uno mismo al velar por su propio país” (Reich, 1991).

6. El homo resignatus

I

Hace poco más de doscientos años, se desplegaron en varias sociedades de Occidente experiencias de transformación poseídas por un espíritu universalista que produjeron sensibilidades extendidas en el tiempo y en el espacio. La Revolución Francesa y su radicalizada hermana americana, la Revolución Haitiana, son los símbolos más potentes de esta efervescencia creadora. Las banderas de libertad, igualdad y fraternidad se levantaron con fuerza y entusiasmo alumbrando diversas causas, algunas de las cuales, aunque pudieran ser solo parcialmente exitosas a la luz de aquellos ideales, tuvieron, no obstante, la potencia de los hechos palpables y visibles. Se realizaron. Y lo hicieron, al decir de Lord Macaulay, como se realizan las transformaciones en esos confusos momentos iniciales, con sufrimientos, con arbitrariedades, con graves errores de quienes nacían como nuevos dirigentes de esos procesos emergentes, e incluso con crímenes atroces. Pero, como reafirma Macaulay, aunque en esos momentos surja "la sonrisa despreciativa de los enemigos de las revoluciones que se preguntan: ¿dónde está la magnificencia y la belleza prometida?" (Macaulay, 1903: 45), se impusieron las diversas prácticas concretas, herederas de esos hechos y expresión de una sensibilidad que habilitó a pensar otras formas de vida entre los seres humanos, aunque fuera desordenadamente.

Se impusieron, y conformaron, claro, distintas concepciones del mundo, sistemáticas y sostenidas en discursos racionales, organizaciones sociales, políticas, económicas y culturales y, por supuesto, maneras de actuar y de percibir la realidad que convivieron y se transformaron, ya fuera manteniendo una relación conflictiva o una relación empática, con viejas miradas activas, a su vez también resignificadas. Las nuevas definiciones de justicia e injusticia en relación con las formas de organización de las sociedades surgidas en aquellos procesos revolucionarios deben mucho a

los debates de la filosofía política y de la economía política, pero también es cierto que se asientan sobre experiencias populares amalgamadas en las luchas. Estas se expresan muy claramente en obras literarias que le otorgaron centralidad a la vida y al sufrimiento de las masas desheredadas, y que en parte también fueron posibles gracias a esas experiencias. Y allí están entonces los relatos sobre la desigualdad sin ambigüedades de la sociedad victoriana, con la humanización idealizada de los personajes de Charles Dickens, en los arrabales de Londres; y también la sensibilidad ante la arbitrariedad que la sociedad integrada y sus instituciones desplegaban frente a los desposeídos en Victor Hugo; quizás en gran parte de su obra, pero sobre todo en *Los miserables*. En esta novela corporizó su mirada general empática, con sentidos comunes populares que tensaban, flexibilizaban, y entonces vitalizaban la perspectiva iluminista al enlazarla con la fuerza inconmensurable del espíritu romántico.

Esas poderosas sensibilidades conformaron horizontes luminosos, alboradas salvadoras que imaginaban de distintas maneras sociedades inclusivas. La redención, portadora, es verdad, de sentidos diversos, no sería para unos pocos sino para el conjunto de los seres humanos o, por lo menos, para la totalidad de los que habitaban la sociedad concreta en la que se desplegaba la esperanza y la lucha. Como dijo Aníbal Quijano, esas esperanzas tuvieron muchos nombres: “progreso, identidad, liberalismo, nacionalismo, socialismo” (Quijano, 2002). Y no es que no haya habido derrotas, las hubo, pero, aun en esas situaciones el horizonte continuaba brillando. Y ese brillo se hizo más intenso y aceptado globalmente a raíz de la victoriosa lucha antifascista, lo que posibilitó que en los años posteriores a la segunda posguerra los sistemas de dominación incorporasen elementos de esas sensibilidades y generaran procesos modernizadores que resultaron en el mejoramiento en las condiciones de trabajo, en el acceso a salud, a la educación, a la vivienda y al consumo de grandes franjas de población. Por su parte, en las zonas del mundo más desfavorecidas, casi el 80% de la población mundial, se retomaron no solo las banderas democráticas de la lucha antifascista, sino también las referencias de esas sociedades concretas que se conformaban como relativamente integradas. Y, desde ese final de posguerra hasta los años setenta del siglo XX, en países sometidos a dominación colonial o neocolonial, se generaron las que, sin lugar a dudas, fueron experiencias heterogéneas, pero que bien pueden ser nombradas con las palabras de Alcira Argumedo como “la revolución del Tercer Mundo”

(Argumedo, 2020). Una afirmación quizás problemática en términos analíticos, pero que se sustenta en la común posición geopolítica de espacios sujetos a las arbitrariedades y en ocasiones a la directa humillación ejercida por los centros mundiales, pero sobre todo donde indudablemente se desacomodaron, aunque de distintos modos y con intensidades diferentes, los órdenes nacionales e internacionales convencionales.

Y efectivamente estos movimientos, que encontraron su primera asociación en la Conferencia de Bandung en 1955 y que luego se ampliarían y consolidarían como el Movimiento de Países No Alineados, pueden analíticamente pensarse como parte de un proceso más o menos común no solo en términos de sus decisiones políticas internacionales, sino en cuanto a las sensibilidades rebeldes sobre las que de algún modo se fundaron y que a la vez pudieron reforzar. Y es en función de ese algo en común que, como quiere Alcira Argumedo, es posible incluir como germen de dicho movimiento al primer peronismo de la Argentina, debido a su posición frente a las dos grandes potencias, pero, sobre todo en lo que aquí interesa, por sus acciones de integración de la clase trabajadora que en términos político-culturales están sintetizadas contundentemente en la frase de Eva Perón “donde hay una necesidad nace un derecho”. Y allí estuvieron esas sensibilidades rebeldes alentando y siendo alentadas por cada uno de estos movimientos que se fueron sucediendo en poco más de un par de décadas. Como señala Argumedo, “Gandhi alcanza la independencia de la India en 1947; Ho Chi Minh vence a los franceses en Indochina-Vietnam; y Sukarno, a los holandeses en Indonesia en 1948; Mao Tsé Tung proclama ‘China se ha puesto de pie’ en 1949. Nasser llega al poder en Egipto, Mossadeq en Irán y la revolución nacionalista boliviana en 1952. En 1959 triunfa Fidel Castro en Cuba y se aceleran los procesos de descolonización del África subsahariana, liderados entre otros por Patrice Lumumba en Congo, Kwame N’Krumah en Ghana, Mandela en Sudáfrica, Jomo Kenyatta en Kenia, Léopold Senghor en Senegal y en 1962 triunfa la Revolución de Argelia” (Argumedo, 2020). Cada uno de estos casos resultan en verdaderas conmociones político-culturales, en principio en sus propias sociedades nacionales, algunos con repercusión regional y otros decididamente internacional.

La actitud de no resignación frente a la arbitrariedad imperial que imponía y sostenía dictadores, ante sociedades que se modernizaban sin solucionar desigualdades extremas, ante la imposibilidad de participación de la política

real, se había extendido por distintos lugares del planeta. Las demandas por mejores condiciones de vida y mayor participación en las decisiones colectivas se desplegaban incluso en aquellas sociedades que habían logrado altos niveles de integración de sus poblaciones, tanto en el este como en el oeste de Europa, y también en los Estados Unidos. Las expectativas favorables al cambio, las apuestas por la construcción de sociedades mejores, en fin, recorrían indudablemente el mundo, y se expresaban en acciones concretas, en formas organizativas y en proyectos que los grupos que los llevaban adelante, asumiendo los potenciales costos, veían como efectivamente realizables.

II

Indudablemente las restricciones estructurales para producir o reinventar visiones del mundo que presenten alternativas al tiempo presente y a la cultura predominante que le da sentido son fuertes. También, a la fragmentación social se le suma el extraordinario peso de la cultura predominante en la política. Ni la fragmentación del conocimiento ni el abandono de miradas universalistas son simples posturas intelectuales, sino reordenamientos fuertes sobre las directas formas de organización de la ciencia y la cultura en sus distintos aspectos referidos tanto a la formación de los agentes en los distintos campos como a la producción y distribución de bienes culturales y científicos. Básicamente son formas que restringen la deliberación, el debate, la confrontación de ideas; dimensiones básicas de la politicidad, imprescindibles para la generación de visiones cuestionadoras. No obstante, es pertinente insistir en que los límites estructurales no son paredes infranqueables, porque aun en ellos hay grietas, intersticios; y, además, está la historia. La contracultura siempre es histórica. Porque allí, en la biblioteca universal a la que, por lo menos, todavía se accede frecuentemente en las ciencias sociales y humanas, están esperando ser reinventadas las tradiciones que fueron cuestionadoras en otros momentos históricos. ¿Por qué entonces tenemos la impresión –relativamente fundada– de que esta forma de dominación, que no porta banderas trascendentes y que, por lo tanto, se expresa como un rayo vertical sobre el

presente, logra una gran productividad también en franjas importantes de aquellos que se identifican con miradas alternativas?

Quizás la posibilidad de pensar en lo que podría caracterizarse como un doble proceso de eufemización pueda permitir algún acercamiento. Doble proceso porque en él participan victoriosos y derrotados de distintos modos. Dicho rápidamente, por diversos motivos ligados a lo que desde esos lugares se nombra como "gobernabilidad", los vencedores no pueden elevar con orgullo la pura bandera de la victoria, porque implica, entre otras cosas, considerar que los perdedores no tienen capacidad de conflicto, que son simplemente poblaciones desechables o que, en el mejor de los casos, pueden ser objeto de parciales acciones filantrópicas. Entonces quienes expresan activamente la cultura predominante asumen en términos directamente políticos un discurso democrático republicano sin contenido sustantivo. Discurso que resulta contenedor de una heterogeneidad cultural en la que pueden convivir la reivindicación de las dictaduras en tanto lucha anticomunista, gestos homófobos y machistas, pero también alguna mirada liberal clásica sobre la diferencia sexual, sobre los derechos de la mujer y, a la vez, posiciones religiosas cuestionadoras firmes del derecho al aborto. La relativa unidad en la heterogeneidad no es el republicanismo democrático, sino la libertad del mercado, y la expresión cotidiana es la realización práctica del individualismo pragmático.

Como es obvio, aunque el discurso liberal democrático sostenido superficialmente pueda mentar formas de integración social, la filosofía política que guía el conjunto de las acciones de esta cultura predominante no tiene entre sus preocupaciones atender a cuestiones ligadas a aspectos sociales inclusivos como garantía de crecimiento económico. Todo lo contrario, lo que hay es una teoría económica deshistorizada que piensa el mundo a partir de modelos matemáticos. El encuentro real entre la Escuela de Chicago y la filosofía de Von Hayek imagina la libertad económica como libertad superior, y no hay inhibiciones ideológico-culturales para utilizar diverso tipo de recursos si se trata de derribar los obstáculos que la impidan. El sistema democrático es, para estas perspectivas, apenas una –a veces necesaria, pero no imprescindible– escenografía de cartón.

Por su parte, los derrotados, aquellos que reivindican tradiciones inclusivas en la política y perspectivas críticas en la cultura, y que a la vez despliegan estrategias adaptativas valiéndose de alguna reflexividad o bien dejándolas fluir de manera "natural", encuentran una habilitación para no

arriar la bandera, aunque sus prácticas sean ya menos consecuentes con ella que con formas resignificadas de la cultura predominante. Porque, claro, en este caso se trata de una bandera que tímidamente lleva, para quienes tengan la voluntad de recurrir a la comparación histórica, las marcas de la derrota sobrepuestas en la suavidad de los colores que supieron ser muy firmes en otros tiempos.

En lo que hace al campo político, las asociaciones políticas con peso electoral que no son parte de los conversos están delineadas y motivadas no solamente por las causas hoy debilitadas en extremo que en algún momento les dieron productividad, sino básicamente por apuestas electorales. Se trata de retomar elementos de esa tradición inclusiva porque sencillamente forman parte de su posición diferencial en el sistema político. Pero es cierto que los agentes que sostienen esa posición encuentran fuertes limitaciones para no generar otras políticas que no sean, en el mejor de los casos, las de defensas frente a un estado de cosas que ven como muy difícil de transformar. Creen que ser fieles a la historia argentina de integración es atender con programas asistenciales seguramente eficientes a un 30% o más de población excluida. No hay planteos explícitos sobre proyectos de integración reales de esas poblaciones, porque el realismo político ha impuesto que esa apuesta no es posible. Este pragmatismo de época es la aceptación de lo posible creado por el otro, que entonces supone la anulación de la voluntad política de transformación.

En el campo cultural, espacios centrales en la producción de conocimiento como los mundos universitarios y científicos se han reorganizado a nivel internacional a tono con el clima de época. En el primer caso, extendiendo algunos niveles de la educación superior a mayores franjas de población con formaciones acotadas, reduciendo y simplificando los niveles de grado con claras orientaciones a puntos específicos del mercado y dando un lugar cada vez mayor a las instituciones privadas en esa formación. En la realización ideal del modelo, la formación de excelencia estaría restringida a pequeños núcleos de élite. Tanto en la educación universitaria como en el campo científico, aunque con distinta intensidad, formando en destrezas y habilidades, relegando entonces a un papel absolutamente secundario los aspectos referidos a la responsabilidad en la historia del conocimiento y al papel público del profesional. En el ámbito científico se produce una extraordinaria fragmentación del conocimiento debido a la hiperespecialización que irremediablemente resulta en una pérdida de vista

de la totalidad y, consecuentemente, en la inexistencia de debates sobre el papel de la ciencia en la sociedad. El panorama que en 2003 presentaba al respecto el científico argentino Rolando García era contundente:

> Los investigadores hoy están tan metidos en su tema que obtienen un doctorado o un posdoctorado, pero son analfabetos en ciencia. Yo escuché decir a un científico distinguidísimo que hacía treinta años que no leía un libro que no fuese de su especialidad. […] Conocen técnicas, teorías, conocen su campo a la perfección y hasta pueden sacar el premio Nobel, pero jamás han pensado en qué es la ciencia, el método científico, no entienden qué está pasando (García, 2003).

García afirmaba sin ambigüedades que "quien rige hoy lo que se hace en ciencia no es la Unesco, como debería ser, sino el Banco Mundial". Y se preguntaba qué conocimiento apoya el Banco Mundial, para responder: "el que va dirigido a la empresa, al mercado" (García, 2003).

En el marco de estos condicionamientos aceptados como los límites efectivos de lo posible, hay en el presente diversos trabajos de ciencias sociales y humanas que logran un importante reconocimiento en el campo académico y en el mundo cultural más amplio reivindicando activamente y con honestidad intelectual las legítimas luchas de las minorías, recurriendo a referencias de tradiciones críticas, pero que lo hacen subestimando teóricamente la relación con la totalidad social. Lo mismo ocurre con aquellos impregnados de elementos de lo que se llamó posmodernismo y que construyen sus objetos analíticos con diversas preocupaciones temáticas y diferentes adscripciones disciplinarias. Ese reconocimiento se logra, desde ya, por las virtudes específicas de los trabajos, pero también, y quizás sobre todo, por lo que hay en ellos de abandono de lo universal, lo que resulta en la pérdida de productividad política. Porque es así que generan, de algún modo u otro, afinidades electivas con elementos de la cultura predominante. Afinidades que se tornan más intensas, independientemente de las intencionalidades de los agentes sociales concretos, cuanto más fuerte sea la reafirmación de la fragmentación cultural y política.

De este modo, con el empuje de estos vientos favorables, los elementos pragmáticos crecen con fuerza inficionadora también al amparo de

ornamentos y retóricas que remiten a tradiciones inscriptas en diferentes visiones universalistas y que supieron ser cuestionadoras en distintos grados de los órdenes productores de desigualdades. Ese crecimiento, que es persistente, y el consecuente sentimiento de inevitabilidad que despierta son los que configuran un peligroso tipo ideal para el pensamiento, como el que Daniel Bensaïd, quien fue un viejo luchador tras haber sido un joven del 68, nombraba con ironía como el “homo resignatus”.

Posfacio

La incomodidad con un orden y la acción política

> A veces me entra tristeza
> y otras veces, rebelión.
> **Héctor Roberto Chavero / José Razzano**, “Milonga del peón de campo”

I

En las situaciones de subordinación que viven las sociedades contemporáneas hay, sin lugar a dudas, sentimientos de inevitabilidad. No obstante, distintas experiencias de contestación al orden de los últimos ciento cincuenta años, como hemos descripto en capítulos anteriores, que son parte de la cultura común y que pueden pervivir bajo distintas formas, aunque se traten de murmullos distorsionados, irremediablemente tiñen esos sentimientos de inevitabilidad con sensaciones de incomodidad por el lugar que se ocupa. Y las causas de esas incomodidades no siempre se atribuyen al destino individual. Sobre ese suelo trabaja la acción política que no se conforma con el mundo en que se vive y llama a imaginar otros. Pero claro, si bien no hay emancipaciones individuales y los gestos de algunas personas que resultaron de un cierto aire colectivo e ineluctablemente, por solitarios, fracasaron, pasaron a formar parte, no obstante, y quizás con más fuerza que las causas surgidas de luchas circunstanciales, de los símbolos de la lucha por esa emancipación.

II

Siempre que un gobierno afianza situaciones de desigualdad con consecuencias negativas en términos estructurales para las poblaciones de clases subordinadas, y tiene apoyo electoral de parte de esas poblaciones, se reactualizan preguntas acerca de la complejidad de la acción humana influenciada, determinada, constreñida y habilitada por diversos elementos del mundo social (que es cultural, político y económico). La pregunta inmediata y más simple es: ¿por qué se vota al opresor? Y en verdad allí hay un mundo particularmente interesante, si es posible hacer andar algo de una sensibilidad analítica capaz de apropiarse de las experiencias complejas de la acción social y de los recursos conceptuales que intentan dar un sentido a esa heterogeneidad que puede aparecer a primera vista como caótica.

Se trata, por supuesto, de diversas formas de dominación, y otras tantas formas de respuesta, de resistencia, a esa dominación. Pero en tanto extremos de un continuo en el que se encuentra una mayoría de situaciones, los diversos elementos no necesariamente conforman un corpus orgánico: se acompañan, se mezclan, se confunden, y generan situaciones ambiguas en las que no hay trayectorias irremediables. El problema entonces es dar cuenta de lo que ocurre en la relación entre prácticas que expresan visiones del mundo construidas históricamente, en las que conviven elementos predominantes, residuales y emergentes que son parte de la mochila cultural, que están a mano para informar acciones cotidianas, y las acciones concretas en situaciones que no son exactamente las de la experiencia, y que implican mínimas decisiones sobre un orden en un agente social de clases subordinadas.

A mediados del siglo XIX, Marx daba cuenta tanto de la capacidad creativa de la acción humana (“los seres humanos hacen su propia historia”) como de los constreñimientos de esa acción dado que no se realiza en condiciones ideales (“la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”). En las primeras décadas del siglo XX, Max Weber se preguntaba: “¿Cuándo y cómo obedecen los seres humanos? ¿En qué justificaciones y en qué medios externos se basa esta dominación?”. Cuarenta o cincuenta años después, un buen lector de Weber, Barrington Moore, definía el otro costado del objeto analítico al sostener que la tarea “consiste en determinar cómo los seres humanos […] vencen el

sentimiento de inevitabilidad y cómo puede tomar su lugar un sentimiento de injusticia". Y reafirmaba con una buena pregunta: "¿Qué es lo que les da el coraje para romper parcial o totalmente con el orden social y cultural en el que están insertos?" (Moore, 1996). Quizás sea necesario remarcar que estas últimas son preguntas y planteos dirigidos a dar cuenta de situaciones que han resultado de acumulaciones un tanto azarosas, que tienen que ver, o pueden tener que ver, con el germen de un proceso cuestionador del orden y no con el acto espectacular del cambio –una revolución, por ejemplo– que resultare de la culminación de ese proceso.

Y si hay un momento mítico de este problema, que –vale insistir– no es sobre la figura clara y bien delineada del orden o del cambio, sino sobre el desacomodamiento primigenio y sutil del orden, es la historia de Tersites, el oscuro y grotesco soldado griego que aparece en el canto II de *La Ilíada* y que llamó la atención de diversos analistas clásicos y contemporáneos. Tersites, "el hombre más feo que llegó a Troya", aparece descrito como bizco y cojo de un pie, con hombros encorvados que se contraían sobre el pecho, y con una cabeza puntiaguda cubierta por rala cabellera. La antítesis de la belleza griega de cuerpos armónicos es la figura que reclama la vuelta a la patria y se manifiesta a toda voz contra el absurdo de esa guerra por una mujer. Interpela y descalifica a Agamenón, el jefe, descendiente de dioses. El plebeyo habla del sufrimiento de sus iguales y de los exagerados privilegios del jefe y llama a volver a las naves. Es el único momento en *La Ilíada* en el que hay un parlamento de un vulgar soldado. Situación primigenia, porque es la novedosa contestación a un orden claro, contundente, casi natural; un desafío no solo a la autoridad de Agamenón, sino a la misma estructura de autoridad.

Pero claro, el relato de este desafío no tiene (y no puede tenerla), por las características del protagonista, una forma clásica y legítima de gesto heroico. Es una situación que puede ser objeto de burla, grotesca en un sentido literal. Y sobre todo, por el fin de la historia, que es descrita en unos pocos versos cuando Tersites es "puesto en su lugar" por Ulises, quien, luego de increparlo duramente por charlatán y por atreverse a disputar con los reyes, lo castiga con el cetro de Agamenón en la cabeza y en la espalda, y advierte que lo castigará con más fuerza si continúa con sus delirios. Tersites, dolorido por el golpe, vuelve a sentarse, turbado mientras seca unas lágrimas. Algunos de sus compañeros se muestran afligidos, pero el

resto ríe con ganas, y no falta quien celebra el castigo de Ulises para que en el futuro no se repitan esas situaciones de desobediencia.

Y aunque no puede ser ni siquiera una derrota heroica, se atiende a esa escena quizás para dar cuenta de la significación de un gesto de mínimo desacomodamiento. Del mismo modo que ese gesto tampoco es el resultado de una locura individual, sino la expresión de rostros de dolor e insatisfacción, de alguna maldición casi secreta de guerreros aqueos que extrañan su tierra, de murmullos temerosos, de un malestar colectivo que no puede ser nombrado ni transformado en práctica, el sentido que expresa la actuación de Tersites acrecentará ese sentimiento de incomodidad que trasciende lo individual, y quizás en algún momento, encontrará formas que posibiliten una actualización práctica con fuerza cultural y política.

III

Porque en verdad no hay sentimientos en abstracto, etéreos. Se trata de memoria, de experiencias, de prácticas concretas. Y las maneras que tiene la memoria, no de manifestar su decidida actualización en prácticas, sino su latencia, es en la frustración de agentes sociales a los que les llega el eco de un mandato que no pueden realizar, debido a la inexistencia de una comunidad de iguales, de grupos organizados reivindicadores de causas que de algún u otro modo remitan a ese mandato de contestación al orden. Algunas expresiones del arte, de la literatura, de las literaturas populares, pueden construir objetos que suponen condensación de experiencias, resignificación de lugares comunes, que posibilitan decir algo sobre las formas que asume esta rebeldía refugiada en la intimidad. Formas que, a fin de cuentas, resultan difíciles de apresar si no hay un proceso de indagación etnográfico en una comunidad.

En la “Milonga del peón de campo”, situada en un momento en que se está abandonando la cosecha levantada a mano, y, por lo tanto, se va perdiendo el aglomerado cuantioso de trabajadores temporales llamados golondrina, el que narra es peón de una gran estancia en la provincia de Buenos Aires (“Soy peón de la Estancia Vieja / Partido de Magdalena”). En esos grandes establecimientos se comenzaba a necesitar cada vez menos mano de obra. No hacía falta mucha para mantener ganado bovino, y la

irrupción de alguna tecnificación para levantar cosechas de maíz o trigo hacía que se fuera perdiendo aquel evento con la llegada de cientos y cientos de braceros que alteraban la tranquilidad pampeana. La condición de trabajador solitario en esta canción se remarca describiendo la casa principal (“Y allá, en el fondo, un chalé / Lo recibirá un valet / Que anda siempre disfrazao) y la vivienda del peón, alejada de la casa principal y modesta, a la que se podrá acceder si el encargado de la recepción en la casa principal habilita la entrada (“Ni se le ocurra decir / Que viene pa’ visitarme / Diga que viene a cobrarme / Y lo han de dejar pasar / Allá le van a indicar / Que siga los ucalitos. / Al final, está un ranchito / Que han levantao estas manos / Esa es su casa, paisano / Ahí puede pegar el grito”). No tiene propiedades (“nunca tuve tropilla, siempre montao en ajeno”), y el relato de sus condiciones de vida dan a estos versos una impronta alejada de lo panfletario y respetuosa del punto de vista de un hombre que no tiene una mínima comunidad de iguales. Lo interesante es que en la construcción de ese punto de vista hay, a la vez que una noción calma y apacible de disconformidad, quizás excitada de cuando en cuando por algún hecho del pasado, por relatos, por alguna copla, también una percepción que transforma la resignación en un apego por el entorno, familiar a los ojos. Los últimos versos de la milonga son los siguientes:

> ¿Qué puede ofertarle un pión
> que no sean sus pobrezas?
> A veces me entra tristeza
> y otras veces, rebelión…
> En más de alguna ocasión
> quisiera hacerme perdiz
> para ver de ser feliz
> en algún pago lejano…
> pero a la verdad, paisano,
> ¡me gusta el aire de aquí!…

La fetichización de la figura del gaucho, influencia quizás indirecta de la sacralización del *Martín Fierro* por parte de Leopoldo Lugones, que ya mencionamos, y de la difusión vía el teatro popular de formas superficiales de lo que se llamó el “moreirismo”, hizo que, a medida que se acercaba el

fin de la primera mitad del siglo XX, se fuera extendiendo una mirada que atendía lo exótico de los personajes que se veían como herencia del gaucho en el mundo pampeano. Vestimentas, pertrechos y color de los caballos, habilidades, sobre todo ganaderas del hombre de campo, cuando, por otro lado, crecía la importancia de la agricultura. Mirada, en fin, costumbrista y parcial seducida por ese mundo considerado típico.

No obstante, no hay en el personaje de esta canción una celebración costumbrista de los objetos cotidianos, no hay énfasis etnocéntrico del color local a los que pueden ser afectos gran parte de los intérpretes y compositores de ese género de los últimos sesenta o setenta años. Hay, si se quiere, una descripción tranquila, pero no celebrada, de la austeridad. Sus acompañantes ("Allá le voy a mostrar / Mi mancarrón, mis dos perros") y algunos elementos no son detallados en sus características como lo haría una mirada seducida por lo *folk*, ni siquiera cuando hay algo a lo que se le otorga valor ("Unas espuelas de fierro / Y un montón de cosas más. / Si es entendido, verá / Un poncho de fina trama").

No hay satisfacción con el lugar subordinado. Pero tampoco debe esperarse que siempre exista rebelión ante la subordinación. La situación de subordinación, si se quiere, de explotación, no necesariamente se acompaña de sentimientos activos de injusticia por parte de los subordinados. Barrington Moore dice que la

> respuesta del sentido común es que el sufrimiento termina por provocar, tarde o temprano, un acto de desesperación; pero esta no es una respuesta muy satisfactoria, ya que por sí mismos el dolor y el sufrimiento no proporcionaban una explicación adecuada (Moore, 1996).

Los sentimientos de injusticia construidos históricamente son los que provocan la "tristeza" de la canción, no es la tristeza producto del sufrimiento la que genera el sentimiento de injusticia.

Es ese sentimiento el que habilita a pronunciar la palabra "rebelión". Y es un sentimiento tranquilo, en el que se mezcla la tristeza y el impulso de rebeldía, en el marco de un contexto de soledad. No hay iguales que posibiliten que ese sentimiento se convierta por lo menos en un murmullo. No obstante, no surge *ex nihilo*, no es el resultado de las elucubraciones de ese individuo concreto. Hay experiencias sociales detrás de ese gesto de

incomodidad, de suave resentimiento. Experiencias sociales probablemente potenciadas por distintas formas del arte, sobre todo de la literatura popular y también de alguna obra popular canonizada. Está el relato mítico del gaucho detrás del cual hay experiencias concretas y cuyo núcleo central es la desconfianza y, si se quiere, el desprecio de la autoridad.

IV

En el centro de ese mundo simbólico está la figura literaria de Martín Fierro. El folletín de José Hernández se había convertido en las tres últimas décadas del siglo XIX en un sorprendente consumo de poblaciones iletradas, que buscaban quien pudiera leerlo, aprendían de memoria gran cantidad de estrofas y convertían algunos versos en cita popular. Pero también está Juan Moreira, de existencia real y más cercano en el tiempo, convertido en figura literaria por el folletín de Eduardo Gutiérrez y el teatro criollo de los hermanos Podestá. Puede que esta tradición, con sus particularidades, se relacione con el análisis de Eric Hobsbawm sobre el bandolerismo social, que

> es poco más que una protesta endémica del campesino contra la opresión y la pobreza: un grito de venganza contra el rico y los opresores, un sueño confuso de poner algún coto a sus arbitrariedades, un enderezar entuertos individuales. Sus ambiciones son pocas: quiere un mundo tradicional en el que los hombres reciban un trato de justicia, no un mundo nuevo y con visos de perfección (Hobsbawm, 2001).

El gaucho Martín Fierro y los gauchos rebeldes con sus variantes viven tranquilos en sus tareas de campo (dice el *Martín Fierro*: “Y atiendan la relación / que hace un gaucho perseguido / Que padre y marido ha sido / Empeñoso y diligente, / Y sin embargo la gente / Lo tiene por un bandido”) hasta que la arbitrariedad de la leva, o de un juez o comisario local hace que se alcen contra la autoridad.

Tienen algo de los personajes analizados por Hobsbawm, pero no son bandoleros. Se rebelan contra la autoridad, pero su particularidad no es el robo a los ricos, sino la muerte en pelea contra aquellos que los quieren aprehender, o contra cualquiera que los desafíe, porque se han plantado doblemente contra el Estado. Martín Fierro es un soldado desertor y, antes, quien ha desafiado a la autoridad local. Es el puro culto al coraje, y lo que se respeta no es que roba a los ricos como los personajes que analiza Hobsbawm, porque no lo hace, sino que desafía valeroso a la autoridad arbitraria. Como dice el *Martín Fierro*: "Y sepan cuantos escuchan / De mis penas el relato, / Que nunca peleo ni mato / Sino por necesidá". Y aunque haya una parte de la obra que contradiga esta afirmación, ya que una borrachera de hombre solitario atormentado y perseguido le hace desplegar su destreza de peleador en un baile y provocar una muerte decididamente arbitraria, esa escena de algún modo lo humaniza y hace más poderoso el mito. Así pues, se inserta en una tradición que reivindica lo moralmente justo del alzamiento individual contra la autoridad que se abusa de la población indefensa.

La habilitación a alzarse contra la autoridad está allí como un sueño campesino reforzado por la literatura pero, además, el peón de los años treinta, cuarenta, cincuenta, el personaje de la "Milonga del peón de campo", tiene memorias casi directas de otras rebeliones ya no individuales, sino colectivas, y además alentadas por apóstoles valerosos que definieron la injusticia, pero que también elaboraron estrategias colectivas para combatirlas. Y como si no bastara, auguraron que mediante esa lucha sobrevendría un nuevo mundo libre de los sufrimientos y las arbitrariedades presentes. Entre los braceros, estibadores y acarreadores que participan de huelgas rurales entre 1918 y 1922, hay población inmigrante y también población nativa. La agricultura se había convertido en un recurso de crecimiento de la ganancia en los campos de la pampa húmeda, y las extensiones de pura ganadería eran reemplazadas por el cultivo de maíz, trigo, cebada, avena, girasol. Peones o expeones de estancia participaban de las cosechas como braceros, tanto como la población nativa migrante de distintas provincias. La tradición del gaucho alzado no solo era portada por los nativos, sino que el culto del coraje y el desafío a la autoridad despertaban simpatías en muchos de los inmigrantes transatlánticos que llegaban. Por supuesto, también en los propagadores de ideas sobre un mundo nuevo, principalmente los anarquistas, que tenían, por su impronta

romántica inserta en su visión iluminista, una simpatía con las historias de los “rebeldes primitivos”.

Entre 1918 y 1922, el mundo rural experimenta distintas formas de conmoción, en varias zonas de la provincia de Buenos Aires, en el sur de Santa Fe y en el sur de Córdoba. Hay masas de braceros que reclaman mejores condiciones de trabajo. El diario *La Prensa* del 17 de diciembre de 1919 (Sartelli, 1993a) describe con alarma que 2500 braceros se pasean por Tres Arroyos sin trabajar, y provocan situaciones de tensión con la policía local. Las policías locales piden refuerzos que llegan de La Plata y Bahía Blanca. Panfletos, oradores apasionados, huelguistas que recorren los pueblos solicitando y exigiendo dinero para fondos de huelga, trashumantes llamados “linyeras” que traen noticias de los distintos lugares y reparten folletos y periódicos libertarios. Unos días después, en la zona de Tres Arroyos y Coronel Dorrego, se producen enfrentamientos con fuerzas de seguridad, militantes presos y braceros muertos por balas policiales (Sartelli, 1993a). Entre los días 19 y 25 de diciembre, el diario *La Prensa* publica alarmados artículos en los que se mencionan huelgas y enfrentamientos en Pergamino y pequeños pueblos de alrededor, como Manuel Ocampo y El Socorro; llamados a quemar las cosechas si no se accede a los reclamos; la quema efectiva de parvas en la localidad de Todd cercana a Arrecifes y un asalto de la comisaria de Arrecifes por un grupo ácrata en diciembre de 1919 (Sartelli, 1993a). Ese mundo también produce sus narradores y sus juglares.

En 1920 la editorial anarquista La Protesta publica un folleto llamado *Carta gaucha* (Crusao, 1920). Allí, en un castellano cercano al lenguaje coloquial campesino, y quizás a la escritura popular (está escrito con faltas de ortografía quizás exagerando el origen popular del que escribe), se llama a la rebelión. El primer párrafo define a quien habla, y como injusticia el trabajar para otros: “Paisanos, hijos d’esta tierra, gauchos trabajadores; paren l’oreja y escuchen lo que les v’a contar este gaucho andariego, que no se ha pasao la vida entre la cenisa del fogón, sino trabajando, y trabajando pa que coman otros que no trabajan, q’es lo pior”. Lo firmaba Juan Crusao, que era el nombre adoptado para este folleto por Luis Woollands, hijo de holandeses, trabajador picapedrero y rural, militante libertario. Algunos periódicos libertarios mencionan que el folleto circulaba entre los trabajadores, sobre todo del sur de la provincia de Buenos Aires, y era leído en los fogones. Puede haber tenido mayor o mejor recepción, pero lo cierto

es que las publicaciones anarquistas circulaban por las zonas rurales en las que en esos momentos podían verse cientos y cientos de trabajadores. Es también el variopinto movimiento anarquista que había logrado una gran fortaleza en distintas luchas obreras de la Argentina de las primeras décadas del siglo XX el que producirá juglares que, sin lugar a dudas, lograban empatía con las poblaciones. Tal es el caso de algunos payadores, improvisadores bajo formas poéticas y musicales de la tradición gauchesca, como Martín Castro, llamado "El payador rojo", cuyas intervenciones despertaban la simpatía de las que se habían convertido en heterogéneas poblaciones rurales, una adhesión que trascendía la identificación con el mundo anarquista. Sus improvisaciones y canciones hablaban del sufrimiento humano en términos familiares y compatibles con estéticas del mundo popular. Allí había huellas del Victor Hugo de *Los miserables*, de folletines románticos y libertarios, del primer *Martín Fierro* que había despertado las simpatías tempranas del mundo cultural anarquista que tituló con ese nombre el suplemento cultural del diario *La Protesta*, y de los relatos de acciones individuales heroicas que formaban parte de la cultura presente en ese espacio político-cultural.

En relación con conflictos rurales como los relatados, Martín Castro decía en una copla de una de sus milongas llamada "La cosecha":

> Hermano obrero del campo
> Una obra grande y bien hecha
> Es boicotear la cosecha
> Dejar podrirse el trigal
> Que lo recoja el burgués
> Que lo alce la policía
> Ya que en ella se confía
> Y se afirma el capital.

V

Ya a fines de la década del veinte y claramente a partir de los años treinta, crece un proceso de tecnificación que irá cambiando las formas de

producción en el mundo rural de la provincia de Buenos Aires y otros sectores de la pampa húmeda.[11] A mediados de los años treinta y especialmente en los cuarenta, no es posible encontrar las masas de braceros ni tampoco los apóstoles del nuevo mundo. Los juglares que recuperan formas de la gauchesca construyen mayoritariamente una visión costumbrista de ese mundo. Pero lo cierto es que hubo momentos y objetos culturales significativos que produjeron una definición fuerte de lo que es justo e injusto, confrontadora con la moral predominante, y que tuvo gran circulación e influencia en franjas efervescentes de las poblaciones trabajadoras. Hay una tradición que ha perdido productividad social y política, pero cuyos restos sobreviven bajo la forma de incomodidades, de disensiones relativamente íntimas. Así lo refleja la frase del epígrafe de este capítulo.

Y quizás también algo de eso hay en un trovador más contemporáneo llamado José Larralde. Bajo formas musicales y poéticas que se inscriben en esos géneros familiares a la cultura rural pampeana, este artista se convierte en éxito popular desde fines de los años sesenta y toda la década del setenta del siglo XX. En una milonga titulada “Sin pique”, el peón se ha quedado sin nada después de un trabajo que “poco dejó”, y se encamina a la estancia “con hambre y con ansias, de ver al patrón”. Cuando llega nadie responde a su presencia (“Ave María, ande anda el patrón, / Ave María, ni un perro salió”). No insiste más y se retira (“Me acuerdo de la sopa de ajo, / mastico un barajo y dispacio me voy”), pero no hay una resignación tranquila frente a esa inhibición. Esos mundos que ya no existen en términos materiales, pero parecen sobrevivir bajo la forma de secretos sentimientos, como la vergüenza (“Por miedo a que el rico se enoje, / mi lengua se encoge, que maula que soy”). Y claro, no es la vergüenza producto de la violación de normas establecidas en la concreta interacción social. No hay iguales en esa acción que puedan presenciar su retirada inhibida, son los restos de una tradición, de una moral que fue una construcción histórica y que se encarnó en agentes sociales reales, la que produce la vergüenza. Y es verdad que, si esos restos que son también potenciales humus no logran encarnarse en cuerpos sociales, eso puede quedar en latencia o sencillamente desaparecer. Pero es cierto que las tradiciones se reinventan sobre elementos nuevos y los restos de lo anterior. La canción transforma en presencia pública lo que puede ser una disidencia

relativamente privada, y de algún modo es la mínima reactualización de elementos de esa tradición.

Cuando Raymond Williams se refiere a las “estructuras del sentir”, dice algo que vale para la significación de lo que aquí se ha llamado sensibilidades:

> No se trata solamente de que debamos ir más allá de las creencias sistemáticas y formalmente sostenidas, aunque siempre debamos incluirlas. Se trata de que estamos interesados en los significados y valores tal como son vividos y sentidos activamente; y las relaciones existentes entre ellos y las creencias sistemáticas y formales en la práctica son variables (incluso, históricamente variables) en una escala que va desde un asentimiento formal con una disensión privada hasta la interacción más matizada existente entre las creencias seleccionadas e interpretadas y las experiencias efectuadas y justificadas (Williams, 2000).

Y el interés por ese mundo preideológico no es irrelevante para la acción política.

Las empatías que producen algunos dirigentes con sus bases, o la fuerza popular de alguna cultura política, no necesariamente están asociadas exclusivamente a las estrictas formas de argumentación de las ideas orgánicas que se proponen y a su recepción exitosa, sino más bien a la manera en que algunos gestos significan, algunas palabras, algunas formas de pronunciar esas palabras, y sobre todo, a las maneras de enfrentar situaciones concretas que reafirman un modo de actuar. Los modos en que se producen estos encuentros son una afinidad electiva entre sensibilidades. Esas sensibilidades subalternas pueden implicarse en una u otra visión orgánica del mundo, aunque seguramente serán más potentes con aquellas en que las afinidades electivas resultan mayores.

Las sensibilidades heredadas de experiencias rebeldes pueden permanecer, como algunas flores en la noche, con sus pétalos contraídos hasta que hechos que permiten reconfigurar prácticas y experiencias diversas otorgándoles sentido (la luz, el amanecer en las flores) habiliten su despliegue y vitalización bajo nuevas formas. Es cierto que las noches de las sociedades pueden ser muy largas y que en el presente nos hallamos inmersos en una selva oscura. Pero lo que resulta incontestable es que esa

luz, ese amanecer, estos hechos otorgadores de sentido no serán otra cosa en estas situaciones que procesos de religamiento del lazo social entre las heterogéneas poblaciones oprimidas, así como de construcción, al fin, de algún tipo de identidad colectiva que deberá ser irremediablemente abarcadora.

---

[11] “En 1937 el número de cosechadoras alcanza a 40.000, un crecimiento de 100% en diez años, lo que indica que la mayor incorporación de tales máquinas se produjo fundamentalmente en la década del veinte. No es casual que el personal temporario descienda del 67% en 1908 al 37% en 1935” (Sartelli, 1993b).

Bibliografía

Albert, M. (1993), *Capitalismo contra capitalismo*, Buenos Aires, Paidós.

Alvarado Franco, M.; Godoy Lemus, R. y Mena, A. (2015), "Genocidio en Ruanda", *Revista de la Segunda Cohorte del Doctorado en Seguridad Estratégica*, Guatemala, Universidad San Carlos de Guatemala.

Amin, S. (2010), "La economía política del siglo XX", en *Escritos para la transición*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Argumedo, A. (2020), "El peronismo y una nueva edad de la historia", *Grandes Alamedas*, 12, octubre, disponible en <www.grandesalamedasblog.wordpress.com>.

Bagú, S. (1997), *Catástrofe política y teoría social*, Madrid, Siglo XXI.

Baratta, M. V. (2019), *La guerra del Paraguay y la construcción de la identidad nacional*, Buenos Aires, SB.

Bauman, Z. (2000), *Modernidad líquida*, Buenos Aires, FCE.
— (2010), *Mundo consumo. Ética del individuo en la aldea global*, Buenos Aires, Paidós.

Beck, U. y Beck Gernsheim, E. (2003), *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Barcelona, Paidós.

Beinstein, J. (2016), "Lumpenburguesías latinoamericanas", *Maíz*, 6, La Plata, Universidad Nacional de La Plata.

Bobbio, N. (1984), “Introducción”, en M. Gaetano, *La clase política*, México, FCE.
— (1993), “Las promesas incumplidas de la democracia”, *Zona Erógena*, 14.

Borges, J. L. (2005), “La creación y P. H. Gosse”, en *Obras completas*, vol. 2, Buenos Aires, Emecé.

Bourdieu, P. (1999), “El neoliberalismo, utopía (en vías de realización) de una explotación ilimitada”, en *Contrafuegos*, Barcelona, Anagrama.
— (2000), “Formas de acción política y modos de existencia de los grupos”, luego incluida en *El campo político*, La Paz, Plural.
— (2001), *El campo político*, con una presentación sobre las intervenciones políticas de Pierre Bourdieu, por Franck Poupeau y Nicolás Caron, La Paz, Plural.
— (2006), *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama.
— (2007), *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI.
— (2013a), “Efecto Manet. ¿Qué es una revolución simbólica?”, *Le Monde Diplomatique*, diciembre.
— (2013b), *Manet, une révolution symbolique. Cours au Collège de France (1998-2000)*, París, Seuil.
— (2015), *Sobre el Estado. Cursos en el Collège de France (1989-1992)*, Barcelona, Anagrama.

Crusao, J. (1920), *Carta gaucha*, Buenos Aires, La protesta.

Dahrendorf, R. (2006), “La cuadratura del círculo. Bienestar económico, cohesión social y libertad política”, en *El recomienzo de la historia. De la caída del muro a la guerra de Irak*, Buenos Aires, Katz.

Durkheim, É. (1991), *Las formas elementales de la vida religiosa*, México, Colofón.
— (2000), *Juicios de valor y juicios de realidad en sociología y filosofía*, Madrid, Miño y Dávila.

Elena, S.; Pichón Rivière, A. y Ruival, A. (2013), “La brecha de implementación del decreto de acceso a la información en las

empresas públicas", *Documento de Políticas Públicas / Análisis*, 125(noviembre), Buenos Aires, Cippec.

Ferrari, M. (2019), "En un solo mandato Rodríguez Larreta vendió más tierras que Macri en dos", *El Grito del Sur*, 21 de noviembre, Buenos Aires.

Fraser, N. (1998), "La justicia social en la era de las 'políticas de identidad'. Redistribución, reconocimiento y participación", *Apuntes de investigación del Cecyp*, 2-3, junio, Buenos Aires.

Fukuyama, F. (1993), "El fin de la historia", en *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta.

Garavaglia, J. C.; Pro Ruiz, J. y Zimmerman, E. (2012), *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado. América Latina, siglo XIX*, Rosario, Prohistoria.

García, R. (2003), "Hay que hacer un país distinto", entrevista de Nora Bär, *La Nación*, 8 de julio.

— (2009), *¿Hacia dónde van las universidades?*, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, Universidad de Buenos Aires.

Hasek, J. (2015), *Historia del Partido del Progreso Moderado dentro de los Límites de la Ley*, Barcelona, La Fuga.

Hobsbawm, E. J. (2001), *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Crítica.

Holzer, M. W. (2012), "Offensive Lawfare and the current conflict", *National Security Journal, Harvard Law School*, 10 de abril, disponible en <www.harvardnsj.org/2012/04/offensive-lawfare-and-the-current-conflict>.

Lipset, S. M. (1963), *El hombre político*, Buenos Aires, Eudeba.

Lugones, L. (1972), *El payador*, Buenos Aires, Huemul.

Luzzi, M. (2008), *La institución bancaria cuestionada: las relaciones entre los bancos y sus clientes en el contexto de la crisis de 2001 en Argentina*, IX Congreso Argentino de Antropología Social, Posadas,

Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Misiones.

Macaulay, T. (1903), *Estudios literarios*, Madrid, Librería de Perlado, Paéz y Cía.

Mangiante, N. (2009), *Corralito*, Buenos Aires, Patricia Rizzo.

Mansilla, L. V. (1964), *Entre nos. Causeries del jueves*, Buenos Aires, Eudeba.

Marín, J. C. (2007), *Los hechos armados, Argentina 1973-1976. La acumulación primitiva del genocidio*, Buenos Aires, La Rosa Blindada / Picasso.

Marx, K. (1975), *Cartas a Kugelmann*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Marx, K. y Engels, F. (1959), *La ideología alemana*, Montevideo, Pueblos Unidos.

Mbembe, A. (2011), *Necropolítica*, Madrid, Melusina.
— (2017), "La era del humanismo está terminando", *Diálogos del Sur*, 12 de febrero.

Moore Jr., B. (1996), *La injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, Universidad Autónoma de México.

Mosca, G. (1984), *La clase política*, selección e introducción de Norberto Bobbio, México, FCE.

Obradovich, G. (2006), "Cuando muere el peso", *Apuntes de investigación del Cecyp*, 11, Buenos Aires.

Oszlak, O. (1997), *La formación del Estado argentino. Orden, progreso y organización nacional*, Buenos Aires, Planeta.
— (2003), "El mito del estado mínimo", *Desarrollo Económico*, 42(168).

Pareto, V. (1980), *Forma y equilibrio sociales*, Madrid, Alianza.

Quijano, A. (2002), "Un nuevo imaginario anticapitalista", entrevista de Ivonne Trías, *Semanario Brecha*, 8 de febrero, Montevideo.

Reich, R. (1991), *El trabajo de las naciones. Hacia el capitalismo del siglo XXI*, Buenos Aires, Javier Vergara.

Sartelli, E. (1993a), "De estrella a estrella, de sol a sol… Huelgas de bracero en Buenos Aires 1918-1922", en W. Ansaldi (comp.), *Conflictos obreros rurales pampeanos, 1900-1937*, Buenos Aires, CEAL.
— (1993b), "Santa Fe y las huelgas de braceros de 1928", en A. Ascolani (comp.), *Historia del sur santafesino*, Rosario, Platino.

Sidicaro, R. (2001), *La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos predominantes*, Buenos Aires, Libros del Rojas.
— (2010), *Los tres peronismos. Estado y poder económico*, Buenos Aires, Siglo XXI.
— (2015), "Las anomias argentinas", *Apuntes de investigación del Cecyp*, 26, Buenos Aires.

Streeck, W. (2014), "¿Cómo terminará el capitalismo?", *New Left Review*, 87: 18-68.

Tilly, C. (1997), "La globalización amenaza los derechos laborales", *Apuntes de investigación del Cecyp*, 1, junio, Buenos Aires.
— (2000), *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Manantial.

Valencia Triana, S. (2010), *Capitalismo Gore*, Madrid, Melusina.

Wacquant, L. (2012), "Three steps to a historical anthropology of actually existing neoliberalism", *Social Anthropology/Anthropologie Sociale*, 20(1): 66-79.

Wallerstein, I. (1996), *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI.
— (1998), *El moderno sistema mundial*, vol. 3, México, Siglo XXI.

Weber, M. (1999), *Economía y sociedad*, Buenos Aires, FCE.

Williams, R. (2000), *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península.

Zamora, D. y Behrent, M. (comps.) (2017), *Foucault y el neoliberalismo*, Buenos Aires, Amorrortu.